

13 11-6 10-3-1935

# CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA

*Este número  
contiene*

UN REPORTAJE DE  
LESTER ZIFFREN

♦  
UN CUENTO DE  
ANTONIO PORRAS

♦  
UNA CRONICA  
ILUSTRADA DE SANCHA

♦  
UN SONETO DE  
PEDRO DE REPIDE

♦  
LA EXPOSICION "BILLIKEN"  
POR E. B. A.

♦  
UN REPORTAJE DE  
E. AVILES RAMIREZ

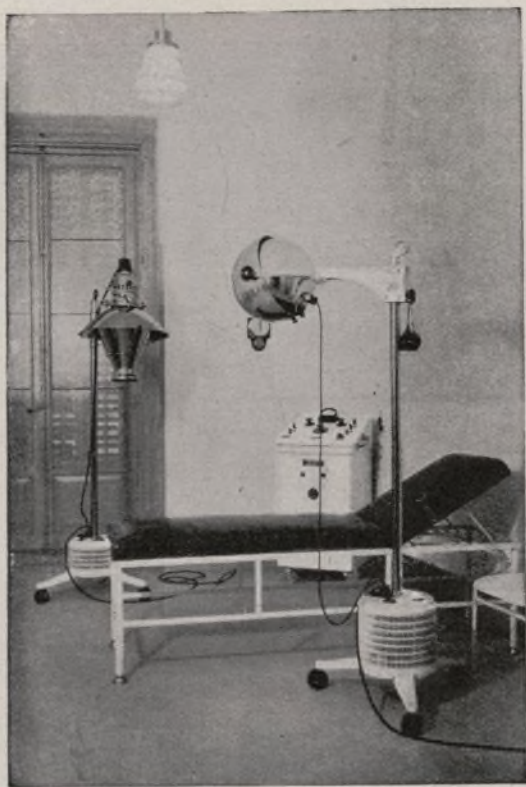
20 CENTIMOS





# "HERMES"

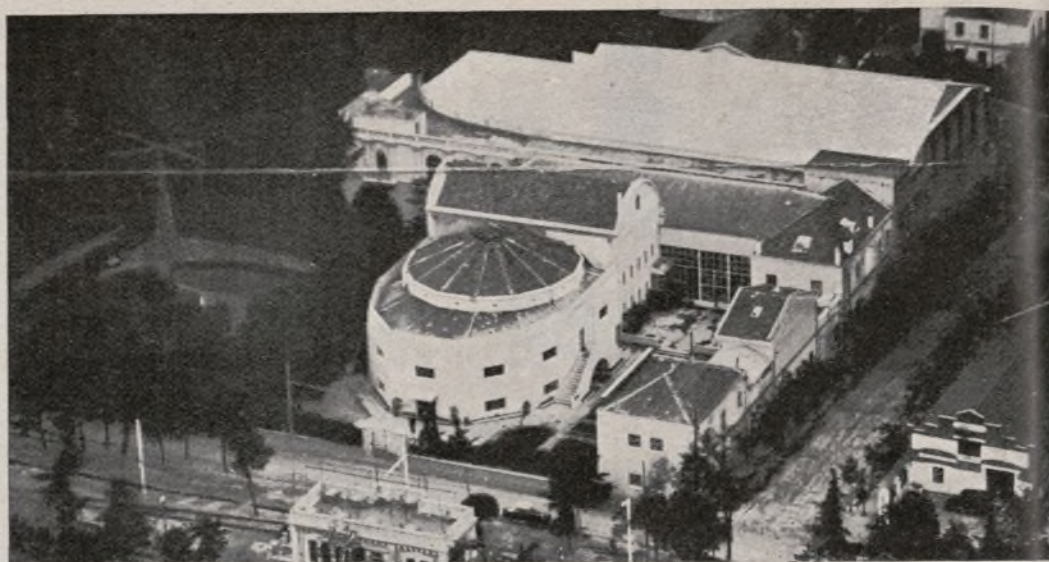
MUTUALIDAD INDUSTRIAL Y MERCANTIL DE  
SEGURO CONTRA ACCIDENTES DEL TRABAJO



Vista de la Sala de Electricidad Médica del Consultorio de "Hermes"

Marqués de Valdeiglesias, 8

TELEFONOS { Oficina: 27916-17  
Dirección: 27914  
Clínica: 27915



## LOS ESTUDIOS de la CEA en CIUDAD LINEAL

han producido en su primer año de actividad cinematográfica **OCHO GRANDES PELÍCULAS**: «El Agua en el suelo», «La traviesa molinera» (en tres versiones: español, francés e inglés), «Una semana de felicidad», «La Dolorosa», «Crisis mundial», «Vidas rotas» y «La bien pagada», más numerosos films de corto metraje, documentales, culturales, de propaganda, etc., y gran cantidad de sincronizaciones y doblajes de películas mundialmente célebres ♦ En junto, cerca de **CUARENTA FILMS** al terminar el año.

Los **ESTUDIOS DE LA CEA** están equipados con aparatos de sonido Tobis-klang film y cámaras Super-Parvo y Eclair, uno de los cuales va montado sobre dos magníficos camiones para exteriores sonoros.

La producción que se prepara para el año próximo excederá en mucho a la ya realizada, para lo cual se está construyendo un nuevo Estudio.



Cinematografía Española Americana  
S. A.

Oficinas: Barquillo, núm. 10.—Teléfono 16063  
Estudios: Arturo Soria, núm. 350.—Teléfono-  
núms. 53287 - 61329 - 61838



# COÑAC DOMECCO

# AMONTILLADO DOMECCO

## PEDRO DOMECCO

## JEREZ DE LA FRONTERA

Ayuntamiento de Madrid



# CIVIDAD HOY...



Don Pedro de Répide,  
autor del soneto que  
publicamos en este  
número.



Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:

PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID

Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II.

20 de Marzo de 1935

Núm. 13

## LA SEMANA

### La primavera de 1935

**L**A primavera se anuncia con albas marciales. Rojas albas, pues. De la tierra en que a la primavera se le dedican mayores ternezas ha salido de pronto una piedra que ha ido a dar en la superficie quieta del lago de la paz. El espléndido e inútil montaje de Ginebra ha saltado hecho añicos. Andan recogiendo los restos unos buenos señores enlevitados y con gafas de oro. Y con unas grandes carteras de cuero, en las que se decía que guardaban papeles muy importantes para la paz del Mundo, pero que se ha averiguado que guardaban unos "sandwichs" de ese jamón cocido que no hace daño a los diabéticos.

Han empezado a ametrallarse las cancillerías con notas diplomáticas. La gente empieza a temblar con el recuerdo de otros días como éstos en que un metralleo de notas se convirtió, de la noche a la mañana—terrible noche y trágica mañana—, en un bombardeo cuya memoria aún sonroja a la Humanidad.

Pidamos al Dios de la Paz, al que nos la dejó como prenda de su paso sobre la Tierra, hecho hombre, que este color marcial de la primavera de 1935 se trueque en cándido color.

### "La Niña Boba"

**M**ARÍA Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza en un teatro de la Gran Vía. "La Niña Boba" en escena. ¿Estamos en los días de 1910? ¿No ha pasado un cuarto de siglo? Ha pasado, efectivamente. Pero como si no. Quien tiene por juro de heredad y por imperio de la sangre el secreto señorial del bien andar por el mundo, la altísima dignidad del arte y el gusto, enciende de nuevo el recuerdo de los días mejores, actualiza el pasado y coloca el presente sobre el paisaje de la Historia.

Pero, ¡ay! Esta pareja de muchachos inteligentes y artistas pueden tener en sus manos el antiguo secreto. Pueden oficiar con elegancia y respeto en la vieja ara de la

EL AMOR DE HERMINIA, MI AMANTE, es un cuento contemporáneo que firma Felipe Morales Rollán. Al decir contemporáneo, fijamos la filiación de su autor y la dirección de su estética: prosa ágil, un poco arbitrario el relato, e intrusión, no exenta de humorismo de buena ley, de lecturas y sucesos que se enlazan con naturalidad a lo íntimo de la anécdota.

—Diego San José, que tantísimo sabe de estas cosas, nos recuerda, con motivo del Centenario del Romanticismo, que por estos días hace un siglo se estrenó el DON ALVARO o LA FUERZA DEL SINO; en cierto modo, nuestro «Hernani» cronológico. Si no nos equivocamos, es CIUDAD, por medio de la pluma de su ilustre colaborador, la primera publicación periódica donde este hecho se consigna.

—LA ESQUINA es una glosa de la ciudad, que firma Clemente Ciorra, buen conocedor de sus intrínsecos, a lo que se advierte en esta prosa avezada y de finos matices.

—Con un artículo titulado: ¿SUFRIMOS UNA CRISIS ECONOMICA O UN ATASCAMIENTO DE RIQUEZAS?, se incorpora a la colaboración de CIUDAD Isaías Taboas; gran estudioso de estos apasionantes temas, los trata dentro de un propósito de divulgación para ser fácilmente entendidos por todos. Colaborará asiduamente en estas páginas, y con ello añadiremos un rasgo más a nuestro propósito de traer a esta publicación temas totalitarios de nuestro tiempo, dentro de una norma general de cultural.

—«Hesperia» firma una nota de arte sobre Rosario Velasco, e ilustra con varias muestras fotográficas su breve discurso acerca de la exquisita pintora.

—DE MALAGA A MADRID EN VEINTICUATRO HORAS... Tratándose de Málaga, no hay más remedio que esperar la firma de Sancha, quien continúa desentrañando sus recuerdos de niñez malagueña con gracia literaria y plástica—prosa y dibujo—de excelente calidad.

poética dramática. Pero ¿quién les hará el coro? Nadie. Porque las cien personas que seguimos con angustia la carrera de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza mozos no somos nadie. La gente que da dinero es la que va a ver esas comedias ñoñas, todas iguales, todas igualmente malas, en que, indefectiblemente, una solterona andaluza muy guapota y buena moza, que mantiene a su madre y a su hermano calavera, se casa con un señor maduro que paga las trampas del hermano golfo. También es gente la que va a aplaudir a esa especie horrenda de histriones que destrozan la pobre poesía española vociferándola, cantándola con música de fandanguillos por los tablados, y haciendo llorar a las señoras menopáusicas.

¡Pobre teatro español! ¡Pobre "Niña Boba"! ¡Pobre Lope de Vega!

Si del espectáculo que ofrece el teatro Fontalba, sin gente, no sale ahora la creación del teatro nacional subvencionado por el Estado, no saldrá ya nunca.

### La exposición "Billiken"

**N**UESTRO "Chuchumeco", el Benjamín de CIUDAD, ha inaugurado una exposición de sus cuadros en el Círculo de Bellas Artes. Supongo que mis lectores me agradecerán un pequeño "sketch" de la persona de "Chuchumeco", como llaman sus íntimos a Ramón B. Muñiz Lavalle.

Muñiz ha dado su primera vuelta al mundo a los veinte años. Perteneció a una familia patricia y fundadora de la mayor ciudad de lengua castellana: Buenos Aires. Pinta, escribe, boxea, juega al "rugby", es piloto aviador, tiene un alma simple de niño, trabaja infatigablemente, llora por amor, desprecia la fortuna, no conoce el miedo ni ha creído jamás hallarse en peligro. Lo mismo le da hacer una información de guerra en Manchuria, que dirigir un film en Hollywood, que pasarse los días en la imprenta confeccionando CIUDAD. Es un magnífico "crío" con la mejor sangre de patricios españoles en las venas y con un sentido primitivo de la vida. Es un Quijote rubio que arremete contra todas las injusticias con un ardor de caballero

andante; que dice siempre la verdad, dulce o amarga, y que se juega una situación brillante cien veces por servir a la justicia.

Los que le conocemos bien, solemos decirle: "Cuando seas Presidente de la República Argentina..." Y él se ríe como un bendito, contesta una de esas deliciosas frases porteñas y rompe a cantar una canción en japonés.

Ahí están sus cuadros, maravillosas viñetas recogidas bajo cien meridianos, con una gracia sorprendente. Porque la gracia, en el sentido clásico de la palabra, es la categoría dominante de este espíritu cándido y valiente que se muere de impaciencias en el cuerpo espigado de nuestro "Chuchumeco".

### Una carta

**N**O suelen recibir cartas los periodistas. Digan ustedes que esas "numerosas cartas" que se reciben en la redacción de los periódicos son pura filfa. Así, pues, yo me veré muy comprometido, después de esta declaración, para demostrar que efectivamente he recibido una carta. Es de un viajero de autobús, y me denuesta. Dice que soy hombre injusto, y esto me deja desolado. Bastante tenía yo con que un historiador de la nueva literatura me llamase, en un largo capítulo de un famoso diccionario enciclopédico, "inconforme y atrabiliario escritor". Bastante tenía, para que ahora me llamen injusto.

Dispuesto a reparar este estropicio, declaro que el servicio de autobuses me parece, como servicio, tan malo o peor que el de tranvías, y estoy conforme con mi corresponsal en que es intolerable que en una ciudad de un millón de habitantes no haya servicio de autobuses a partir de las primeras horas de la noche. Declaro igualmente que los autobuses de Madrid, como unidades dedicadas a la traslación del semoviente humano, me parecen magníficos. Como conjunto dedicado a ejercer una función traslaticia, son malos.

Espero que mi comunicante me retirará el inquietante calificativo de "injusto", que es motivo de grandes claros en mis noches.



# MOTIVOS DE LA CIUDAD

## DOR

# MAESE BUSCON

### El reloj epiléptico.

EN todas partes, los relojes de los edificios públicos son, actualmente, los reguladores oficiales de la hora que rige a los ciudadanos. Asimismo, en las antiguas ciudades y pueblos, eran las agujas y campanas del reloj catedralicio o de la torre conventual quienes dictaban su ritmo a los burgos de casas arrodilladas. Y más antiguamente todavía, los pueblos, encintados por la cota de malla de sus muros, oían la voz protoestatal de las campanas de los Cabildos y Concejos o de las torretas castellanas que anunciaban, tanto al honrado menestral como al finchado hidalguelo, que la hora de queda había sonado y que era el momento de dejarse de cuchilladas y picospardos, para meterse en su cámara o tabuco, acogerse al amparo del historiado lecho y dormirse sobre la tibieza del conyugal y gótico seno de su piadosa señora. (Y esto es para que digan que uno carece de erudición.)

CON el avance de los tiempos las cosas fueron a mayor perfección. Y hoy nos encontramos con que un reloj de la estación del ferrocarril de Caldelas de Túy marca exactamente los mismos segundos que su colega de Pica-

de las 15 h. 17' y 33". Alza los ojos hacia el reloj del edificio que representa oficialmente la puntualidad —puntualidad oficial de tanta prosapia histórica como hemos visto en la culta disertación que precede—, y se encuentra con que son los dos en punto. Como usted tiene el suyo en las tres y pico, presa de la más inquietante confusión, busca usted otro de los cuatro relojes que tiene la torre del edificio, y encuentra que son las once y media en el segundo, y que en el tercero tiene las doce, y que el cuarto no tiene esfera. Y en medio del más insano delirio, se dirige usted al guardia más inmediato y le inquiriere:

—Dígame usted, señor agente, ¿cuál de esas horas es la cierta?

El susodicho, haciendo pantalla con la mano, mira hacia el sol, y luego la extiende con los dedos abiertos y haciendo con ella esos vaivenes de garrotín que tan acertada expresión dan al cálculo mental, dice:

—Deben ser, más o menos, las cuatro, con una marcada tendencia a ser las cinco, si no me equivoco.

—Pero, entonces—repite usted—, esos relojes deben sufrir alguna interrupción ocasional.

—Sí, alguna pequeña avería. Por lo menos, yo, desde que llegué a esta esquina, siempre los he visto así.

—¿Y hace mucho que llegó usted aquí?

El guardia balancea otra vez la diestra, y concluye:

—¡Pchs! Unos tres años...

### Miss Klatte, ofendida.

LA ilustre corresponsala del "Presbyterian Bulletin" me ha hecho el honor de invitarme a compartir su té el pasado miércoles, que lo era de Ceniza. Miss Klatte tiene el rostro abatido y los contornos de la boca llenos de rasguños. Para mayor dolor, se le terminaron los "Gold Flake", y como no quiere darle el gusto al Monopolio de Tabacos de pagar por esos cigarrillos una suma equivalente a noventa veces su verdadero valor, se ve obligada a fumar esa hedionda boñiga que nos vende la Tabacalera envuelta en un papel color peste.

MI distinguida compañera está que brama. Una vez que estuvimos instalados en uno de esos tabernáculos seudoelegantes que, por tener unas cortinillas de cretona, se encuentran con derecho a cobrar once duros por la consumición—¡ni que uno se bebiese las cortinas!—, Miss Klatte me gritó, roja de ira:

—Dígame: ¿qué clase de trágica burla es ésta?

—¿A qué se refiere usted, mi respetable señorita?

—A esa indecencia de Carnaval que acabamos de soportar. Carecen ustedes de vergüenza en un grado increíble. Me quejaré a las autoridades de mi país.

—¡Pero, señorita, le aseguro a usted que yo no tuve la culpa de nada! Tanto es así, que los días de Carnaval me los pasé en Fontiveros, provincia de Avila.

—Pero, por lo menos, ustedes los periodistas deberían avisar a tiempo a las gentes de los países cultos, para que se pusieran a salvo antes de la catástrofe.

—Creo que no es para tanto, mi digna colega...

—¿Cómo! ¡Cómo!... Mire, amigo: he viajado por el corazón del Africa salvaje cazando panteras; estuve en el Far West cazando pieles rojas, y en la Sierra de Gredos cazando liebres. En las orillas del Brahamaputra pernocté en tribus de fanáticos, y estuve perdida en los bosques de Birmania un mes, guiada por un disforme gorila... y nada me ocurrió. Y aquí, a diez horas de Londres, mire usted cómo me han puesto... (Miss Klatte separa las ropas que cubren su casto seno apergaminado y me muestra las intimidades de su piel, llena de sellos de tela emplástica, esparadrapo y tafetán. Parece una carta certificada.)

—¿Qué disparate!—exclamo yo, ruborizado por tan honrosa confianza—. ¿Y eso cómo ha sido?

—No me lo pregunte usted, "my dear fellow", porque todavía no acierto a explicármelo. Figúrese usted que el Domingo de Carnaval, no bien salgo de mi

hotel para gozar de los pintorescos regocijos populares, cuando se abalanzan sobre mí media docena de fornidos jovencuelos, que me sujetan de brazos y piernas y se dedican a llenarme la boca de papeles picados, mientras la gente de aspecto respetable, en vez de auxiliarme, se reía de la escena. Apenas me veo libre de estos "gangsters" carnavaleros, caigo en las manos de otros, y así todo el tiempo, hasta que pude alcanzar de nuevo el hotel, en cuyo "hall" caí desvanecida, con los labios destrozados y la boca llena de basura.

—¡Qué vilipendio! ¡Qué extraño suceso!—exclamé hipócritamente, para decir algo.

—¡Ah, pues eso no es nada! Por la noche, siguiendo las indicaciones de una Guía de Madrid, cuya primera edición, del año mil ochocientos cuarenta, tengo la dicha de poseer, me aventuré a salir "de trapillo", como aconseja sagazmente el autor, a pasear por el Salón del Prado, a fin de sorprender algún idilio entre veladas duquesas y majos de rumbo. Y cuando iba, cauta y subrepticia, deslizándome por entre los altos árboles, surgen de la obscuridad unos seres ensabanados, blandiendo escobas y sartenes, los cuales, sin serme previamente presentados, se lanzaron sobre mí y se dedicaron a acariciarme con tan subido entusiasmo, que de ahí vienen los esparadrapos y vendajes de mi seno, que usted acaba de contemplar con tan caballeresco rubor.



moixons, en el principado autónomo de Cataluña. El ferrocarril pasó a ser el símbolo moderno de la exactitud, y de él nació la exactitud del correo, que se rige mediante normas cronométricas inexorables.

Llega usted al Palacio de Comunicaciones, sección de "Última hora", y le dice al amable empleado que algunas veces suele andar por allí:

—Señor, ¿sería usted tan fino que quisiese recibirme esta carta para Feces de Abajo?

—¡No puede ser!

—¿Sería usted tan condescendiente que me dijese las causas?

—Pasan nueve décimas de segundo de la hora.

—¡Hombre, me parece una exageración esa puntualidad!...

Si el empleado es de natural adusto, le da a usted con la portezuela en las narices y sanseacabó. Pero si es de tendencia humorística, le contestará:

—Pues si le parece a usted exagerado, váyase a la competencia y échela en el correo de enfrente.

Y sanseacabó también.

YA en la calle, usted se entrega a la más profunda meditación, y concluye por recordar que le habían dicho que su carta llegaría a tiempo echándola antes



—¿Qué desatino, qué vergüenza, triste patria mía! ¿Y usted qué hizo?

—Lamentarme de no haber seguido su consejo de ir a Mallorca a ver florecer el primer almendro, en lugar de quedarme aquí esperando el Carnaval. Menos mal que yo soy mujer precavida y, por lo que pudiera ocurrir, había ya pedido al señor Embajador que interpusiese su valiosa influencia a fin de que los almendros mallorquines retardasen un mes su floración. Y eso se ha hecho. Así que me voy a las islas de oro, que ya los pobres arbolillos deben estar impacientes por mostrar sus galas nuevas.

—Me parece muy bien, Miss Klatte. Y perdónenos usted, si puede. Ya ve usted que en España tenemos algunos brutos, pero tenemos también almendros galantes, que se someten a las exigencias de las Embajadas y esperan por las señoras para su fiesta de pétalos...

—Y compañeros tan galantes y tan finos como usted, que dicen cosas tan lindas.

Y me miró con gran ternura. Y yo derramé una furtiva lágrima.



# EL FOLKLORE ITALIANO

Por C. B.

## S O N E T O

ESPECIAL PARA "CIUDAD"

Gracias te doy, Señor, que al fin has hecho,  
vergel del yermo despoblado y triste.  
Gracias, pues que ya sé por qué les diste,  
la luz al sol y el corazón al pecho.

Tú que logras hacer lo ya deshecho,  
me enseñas a saber por qué se existe.  
Por Ti, en la noche de ilusión, se viste  
de ensueño y de verdad el mismo lecho.

Ya me puedo morir, pues tu divina  
llama tan claramente me ilumina  
y su fulgor en mis altares arde

al mismo tiempo que el vivir declina.  
Que no en vano la estrella matutina  
es también el lucero de la tarde.

Por PEDRO DE REPIDE



Al echar una mirada sobre el mapa de los principales trajes populares se reconocerá fácilmente, sin estar iniciado en los secretos del «folklore» de la Península, los trajes típicos. El artista los ha agrupado en general de dos en dos: un hombre y una mujer. Ningún hombre solo; en cambio, nueve jovencitas sueñan con el «Príncipe Encantador» que ha de venir a hacerles compañía. Es mucho más simbólico y más real de lo que el dibujante pensaba, porque en un país donde abundan las mujeres hermosas, donde los más grandes pintores de todas las épocas y de todas las escuelas han buscado sus modelos de Madonas, en un país en que la belleza femenina ha inspirado a todos los poetas que han cantado el amor, es muy natural que el artista haya querido colocar a la mujer, en su mapa, en el sitio de preferencia.

Pero hay otra razón más poderosa aún, y es que, por su naturaleza, la mujer es la conservadora del hogar, y se siente ligada, más que el hombre, a los usos y costumbres populares. También se debe tener en cuenta, en lo que se refiere a los trajes, que la mujer, siendo coqueta por temperamento, ha seguido siendo fiel a las vestimentas originales de las abuelas lejanas. La Italia fascista gusta organizar de vez en cuando, al lado de las Exposiciones de alta costura italiana, «cortejos-revistas» de trajes de tiempos pasados. Estas exhibiciones generalmente son regionales, pero también algunas veces adquieren un carácter nacional.

Algunos de estos trajes femeninos son sobrios y severos, aun siendo muy característicos. Pero la mayor parte son admirables por la riqueza de sus encajes y bordados, artes delicadas que han estado siempre en primer lugar en muchas provincias italianas. El Véneto, la Lombardia, la Umbría, la Cerdeña, los Abruzzos, han adquirido en esta rama del arte decorativo fama universal. Los adornos de cabeza son igualmente variadísimos, desde el sencillo pañuelo doblado de la Ciociaria y el elegante y flexible sombrero de paja de Toscana hasta esas construcciones complicadas, hechas de cintas, flores y encajes, que se encuentran en Piamonte. Se han ingeniado los artistas para trabajar el oro y la plata crean-

do joyas de todas clases, que tanto gustan a las mujeres italianas y, a veces, también a los hombres, porque unos bellos botones de oro cincelado realzan en verdad la gracia de un justillo obscuro de paño o de terciopelo. Algunos pendientes, algunas pulseras y collares o agujas para el cabello son verdaderas obras de arte. Se inspiran en todos los estilos, sobre todo en el árabefénico, muy extendido en la Italia meridional.

Si las regiones llanas, como el valle del Po y el Véneto, nos ofrecen algunos trajes interesantes, es sobre todo en los valles de las altas montañas y en las islas—Sicilia y Cerdeña—, donde se conserva mejor la tradición y donde se ven los trajes más pintorescos.

Desde luego, salvo raras excepciones, el modernismo ha invadido los pueblos con sus americanas y trajes de «sport», los cabellos cortados a la «garçonne» y las medias de seda, haciendo guardar los trajes regionales en los armarios o en las grandes arcas de madera tallada que se heredan de generación en generación. Pero en ciertas ocasiones, sobre todo con motivo de fiestas locales o de peregrinaciones a los santuarios célebres, los armarios y arcas se vuelven a abrir, y se visten, siempre con orgullo, los trajes originales de corte extraño, de colores vivos, de encajes policromos; las faldas amplias y plisadas, los corpiños cargados de encajes y arabescos sabiamente combinados, que hacen la felicidad de los pintores y la alegría de los aficionados al «folklore».

El «folklore» italiano es tal vez el más rico y más variado que existe. Abarca todo: la música (cantos populares), el baile, la mesa (ciertos platos regionales, preparados en algunas circunstancias, dejan un recuerdo que no se borrará jamás del paladar), las fiestas aldeanas, las religiosas o profanas, paganas o guerreras, en los grandes acontecimientos de la vida: nacimiento, boda o funeral.

Si la Italia actual ha sabido encauzarse en la vía de los progresos modernos, las gentes no han renunciado por eso al culto del pasado, del que tienen derecho a enorgullecerse. Por eso se ha conservado la costumbre de celebrar casi to-

das las fiestas, a veces antiquísimas, que las generaciones anteriores habían instituido para exaltar la Fe y la Patria, las virtudes de los santos y los heroísmos guerreros, fiestas cuyo rito y carácter varia según las épocas y las circunstancias. No hay pueblo en Italia, por muy insignificante que sea, que no tenga su fiesta local, religiosa o civil para conmemorar un milagro, un hecho de armas glorioso o una leyenda aureolada de poesía por el tiempo.

Muchas de esas fiestas derivan en línea recta de las representaciones sagradas: los «Misterios», creación de la Edad Media. Otras proceden de los juegos gímnicos del Renacimiento. Y otras aún, a veces muy pintorescas, evocan antiguas glorias navales. Las hay cuya alegría recuerda el loco entusiasmo de sus abuelas, las fiestas carnalescas, que las fastuosas Señorías de otros tiempos gustaban proteger. Se puede observar a veces un fenómeno curioso. Algunas fiestas de origen muy antiguo, que se remontan a la época romana y hasta más allá, y que, por consiguiente, son puramente paganas, se han conservado hasta nuestros días, modificando únicamente el rito. Nacidas la mayoría de las veces de creencias populares fuertemente arraigadas, han resistido la caída de la civilización pagana y se impusieron al cristianismo triunfante, que tuvo que incorporarlas a sus propias ceremonias, transformándolas. Así hallaremos un fuerte olor de paganismo a la sombra de la cúpula de San Pedro con motivo de las fiestas de la Epifanía, de la «Befana» o de San Juan, y en gran número de santuarios, sobre todo los más venerados.

Algunas de esas fiestas y regocijos populares son verdaderas instituciones, como el «Palio», de Siena; el «Milagro de San Javier» y la fiesta de «Pedigrotta», en Nápoles; la «Palombella» y el «Corpus Domini», en Orvieto; el «Divino Amor», la «Befana» y «San Juan», en Roma; el «Redentor», en Venecia; «Santa Rosalia», en Palermo, y «Santa Rosa», en Viterbo; la procesión de «San Vicente», en Caglione, Piamonte; el «Scoppio del Carro», en Florencia; la carrera de «Ceri» y el concurso de los «Arbaletreros», en Gubbio. La lista completa sería demasiado larga, y hay que terminar, sobre todo si se quieren mencionar algunas fiestas que las organizaciones fascistas, convencidas de la fuerza de las tradiciones, han ayudado a resurgir, como, por ejemplo, una multitud de «Palio», las fiestas de Carnaval, las «Sagras» diversas, uvas, trigo, etc., y el «Calcio Fiorentino», cuyos orígenes remontan a un glorioso hecho de armas, siendo la nobleza florentina su admirable heroína.

Entre las creaciones del talento popular de una raza hay una que siempre es característica, y que a veces se eleva a las más altas cimas del arte. Quiero hablar de las labores del pueblo. Son demasiado variadas y demasiado ricas en Italia para citarlas a la ligera en este relato. Los encajes de Venecia, las tallas de la Valgardera y de Bolzano, los hierros forjados de Toscana, de Umbría y de Cerdeña, los mosaicos de Roma y de Florencia, los tapices de Cerdeña, los «carros» sicilianos, los corales y conchas de Nápoles, las filigranas de Liguria, las cerámicas de Faenza, Gubbio, Deruta y otros lugares; los vidrios de Venecia, toda una serie de producciones artísticas, que merecen un estudio detenido y que son famosas en el mundo entero.



# EL HOMBRE DE LA MANDIBULA SALIENTE

Un retrato de Juan Belmonte, la figura más legendaria del toreo, que ha rehabilitado la fiesta de los toros



Mr. Lester Ziffren es uno de esos periodistas norteamericanos que están en todo y todo lo saben. Sencillo, bonachón, expresión risueña y ánimo jovial, sus ojos no dejan pasar nada, ni su percepción auditiva, tampoco. Corresponsal de la United Press en la actualidad en Madrid, ha desempeñado importantes cargos de índole similar en Buenos Aires, Río de Janeiro, Nueva York y Washington. Mantiene en los Estados Unidos una activa propaganda de España, dando a conocer nuestras

costumbres, personajes, arte y las noticias de la vida diaria que telegráficamente remite a las poderosas oficinas de la United Press. Hispanófilo sincero, todos los días, por la estación E. A. Q., de onda corta, de Madrid, transmite a todo el mundo las novedades cotidianas de España en inglés. Colaborador de los grandes periódicos y magazines de su país, es el autor de este interesante reportaje sobre Belmonte, publicado en *Esquire*, una de las revistas más selectas de los Estados Unidos, por la presentación magnífica de sus páginas, el plantel de colaboradores de primera fila y su tiraje, de 200.000 ejemplares. CIUDAD, al presentar a este periodista norteamericano al público español, cumple un deber de agradecimiento por la tarea que Mr. Lester Ziffren realiza en el extranjero sobre nuestra vida.

R. M. L.

Por LESTER ZIFFREN

Traducción especial para "CIUDAD" por MANJEL COELLO

APUNTES DE BELMONTE POR ARTECHE

que murió en los cuernos de un toro llamado "Bailaor", hace quince años.

Hace quince años, Belmonte recorría las plazas de toros de España, Méjico y Perú. Sobrevivió a Joselito y amasó una fortuna. Adquirió un cortijo, y se retiró. Después de siete años de ganadero y granjero, abandonó su vida de holganza para volver a los toros. ¿Por qué?

Hice esa pregunta muchas veces, pero la contestación no me satisfacía. ¿Por qué buscó él mismo verse en brazos de la muerte en dos corridas esta temporada? En casi cada corrida que ha toreado este año ha sido rozado o achuchado por algún toro, escapando de verdadero milagro. En Nimes estuvo dos veces entre los cuernos. En Málaga sufrió una ligera contusión en la cabeza después de haber sido lanzado por los aires. Pamplona le vio arrastrado por un toro falso. Y así ha sido corrida tras corrida. Determiné tener la contestación y tenerla directamente de él mismo.

Desde que llegué a España y mostré interés por las corridas de toros, los aficionados me decían que había sido una verdadera fiesta, como ellos la llaman, en los días del gran Joselito y Belmonte. Muchos no habían vuelto a las corridas desde que murió Joselito y desde que Belmonte se había retirado. Dicen que las corridas habían decaído y se había perdido el interés. Belmonte volvió y revivió la fiesta.

Fué en Pamplona donde recibí mi primera impresión de él toreando. Una ligera sonrisa que mostraba unos dientes blancos sobre la mandíbula fuertemente pronunciada. Las piernas arqueadas no parecían muy firmes al hacer el paseo con su viejo amigo Rafael Gómez, "el Gallo", el hombre de las grandes espantadas, y Victoriano de la Serna, un joven matador. La multitud le aplaude. Belmonte sonríe y saluda con su montera. Imposible ver un sitio vacío en la plaza.

Se planta delante de un toro y da al hermoso animal negro seis lances magníficos con la capa, en un espacio menor de diez pies de distancia. Siempre terminaba el animal rozándole. Después, con la muleta—ese trazo rojo que parece hipnotizar al bicho—le trastea tan cerca de los cuernos, que la multitud permanece algún tiempo sin aliento.

Entonces embiste el toro. El ídolo sale despedido por los aires y cae sentado. La parte trasera de sus pantalones de plata muestra una abertura rajada por los cuernos, pero él no se da cuenta, porque está atontado. Vuelve en sí. Hay un silencio y, furioso, se acerca al toro, de rodillas, y le desafía, insultándole.

Yo estaba asustado ante una demostración tan salvaje de valentía. Parecía ver en el animal al mayor enemigo que tuviese del género humano en general, y para él en particular, y sólo estuviese allí para desembarazarse de la bestia. Seguía arrodillado, retándole, con la mandíbula agresiva, los brazos cruzados a la espalda y los ojos centelleantes de odio, mirando los ojos del toro. Otros matadores suelen tomar sus corridas en una forma más comercial, pero Belmonte está intoxicado de furor. Es un furor fundido con la gracia andaluza innata que hace de sus corridas de toros una obra maestra de arte mezclada a una bravura trágica.

Pregunté a Belmonte por qué él, millonario, volvía a arriesgar su vida. Sonrió a la pregunta y me explicó:

—No me ha costado nada hacerlo. Me gusta torear toros. ¡Es mi vida! Sé que mucha gente se extraña de que haya vuelto a torear pudiendo vivir tranquilamente el resto de mis días, pero resulta que estaba cansado de la vida ociosa. Todo el que está cansado del trabajo se retira cuando puede, y luego, cansado de descansar, vuelve a trabajar. Así me ha pasado a mí. Me gustan las emociones fuertes de la vida, y la emoción de una corrida sólo dura unos minutos. En una tarde se despachan los toros en unos treinta minutos, quince para cada uno. Es breve, pero es algo grande. ¡Es toda mi vida!

Si me llegase a suceder algo, tengo dinero suficiente para dejar asegurada mi familia. Estoy más tranquilo ahora frente al peligro, porque sé que mi familia no carecería de nada. Lo que me indujo a volver a los toros no sabría decirselo a usted. Es el arte y la muerte.



72 BELMONTE

Es el dominio de la muerte. Y, como le digo, ¡es mi vida!

Tenía, además, una razón menor para volver a los toros: su apoderado, Eduardo Pagés, empresario de la plaza de toros de Madrid, sostenía una discusión con la Unión de Criadores de Toros de Lidia, que le boicoteó, porque se había negado a su imposición de adquirir únicamente toros de su exclusividad. Pagés pensó que el prestigio de Belmonte induciría a muchos ganaderos retirarse de la Asociación. Y una de las razones por la que Belmonte ha vuelto a exponer su vida ha sido para ayudar a un amigo. Pero todo fué en vano: la Unión se resistió, y Pagés tuvo que abandonar la lucrativa plaza de toros de Madrid.

Viendo a Belmonte en la calle no reconoceréis en él jamás al torero. El rico agricultor, ganadero y cosechero de aceituna y remolacha, es un transeúnte pacífico, siempre sonriente, tranquilo, amable y excesivamente modesto. Es difícil representárselo como un hombre que ha visto la muerte frente a más de dos mil toros. En la plaza es un artista inflamado por la furia sagrada. Allí se le ve en su magnífico traje rojo, todo bordado en oro. Es la estampa clásica de los que imaginamos bajo el título de "Sangre y arena". El ha traído a los toros una escuela que, aunque no haya podido ser esculpida ni en lienzos ni en mármol, es tan grande a su manera como fueron las que aportaron a todas las artes las más grandes figuras del universo.

—Ir a la plaza no crea que es un sedante para los nervios—me decía un día—. Uno empieza por pensar que hay que estar loco para ir a una fiesta tan brillante a jugarse la vida. Pero una vez que uno ha impuesto su voluntad al toro y le ha matado con limpieza, se emborracha con los aplausos de la multitud y es imposible retroceder. Es un peligro fascinador.

A Belmonte no le gusta hablar de sus sentimientos sobre las corridas, pero al hacer estas curiosas observaciones demostró plenamente no ser un héroe sanguinario:

—Todo el tiempo permanezco alerta en la plaza—continuó—, y siento, digan lo que digan, una especie de desconfianza. Sin cesar pienso en algo que me va a suceder. Cuando estoy contento, soy el primer sorprendido, pero no creo nunca en la posibilidad de verme herido. Es duro describirle a usted mis sensaciones, pero si lo que siento es miedo, es un miedo que sobrepasa todos los detalles imaginables.

El cosechero de aceitunas, hombre pequeño y algo tartamudo, es muy sencillo en sus gestos y costumbres. Sus amigos le admiran por su inteligencia y modestia. D. Ernesto Hemingway dice que alterna entre intelectuales, y no cabe duda alguna que siente una gran admiración por ellos si son dignos de serlo, pero esa admiración es recíproca. Ese respeto mutuo le ha rodeado de verdaderas y entrañables amistades. Entre sus mejores y más íntimos amigos debemos citar al embajador de España en Inglaterra, Pérez de Ayala, y a Zuloaga;



ARTECHE



ARTECHE

Ayuntamiento de Madrid





Fernando Gillis, antiguo torero, empresario, autor y propietario teatral; Julio Camba, escritor; Juan Cristóbal, escultor; Félix del Valle y Luis de Tapia, poeta y escritor.

Belmonte habla poco si no está entre amigos. No tiene el prurito de darse importancia. ¡Hay que ver otros toreros! Hablando de su vuelta a los toros, dijo:

—Supongo que casi todo el mundo cree que he vuelto al ruedo para amasar un montón de dinero. Como querrán ver por el valor de lo que pagan, lo tendrán, y nunca podrán decir que Belmonte les ha robado.

Hace hoy día las mismas cosas que hacía hace veinte años, de valentía, arte y arrojo. Rehusa hacer la selección de los toros antes de las corridas:

—No puedo hacerlo, porque la gente diría que elijo los más pequeños y menos peligrosos.

Gregorio Corrochano, que es, sin duda, el crítico taurino de mayor influencia hoy día en España, cree que Belmonte está este año tan bien como siempre... “¿Toreando, es hoy tan bueno como era en aquellos tiempos, o es mejor?”, se pregunta el mismo después de haberle visto torear en Valencia. Encuentra que tiene “la misma serenidad, tranquilidad y la misma plástica escultural”. No se “ve” a Belmonte, hay que “sentirle” torear. ¡Qué tranquilidad, qué naturalidad, qué valor sin afectación, qué soltura! Grande es su responsabilidad por lo que fué y por la época que representa. Pero no ha esquivado esa responsabilidad; parece como si la hubiese incrustado a su muleta para no olvidarla. Tiene pleno conocimiento de lo que supone ese valor tranquilo, porque su traje nuevo cubre antiguas cicatrices.

Belmonte es una gran figura de los toros. Su vida, tan distinta de lo que sabemos en América, merece ser relatada. Hela aquí:

Nació en Sevilla, cuna de toreros, el 14 de abril de 1892. Al igual que otros chicos, jugaba en la calle a los toros. Sentía un interés fanático por ellos, y cuando cumplió trece años le permitieron torear un becerro en una escuela de tauromaquia llamada “La Venta de Carancha”, donde demostró una habilidad poco común. Siguió aumentando sus conocimientos en las dehesas de los alrededores de Sevilla.

Me decía que “una noche de luna nadé a través del Guadalquivir hacia una dehesa, llevando mi traje sobre la cabeza. Había cogido un traje viejo de mi padre. Era demasiado grande para mí, pero era lo más viejo que había encontrado en casa. El chaleco me colgaba como una americana, y ésta me faltaba. Cuando empecé a lidiar los toros con un capote improvisado, se acercaban tanto, que cada vez me arrancaban un botón del chaleco, hasta que no quedó ninguno”.

Se dice que la señora Belmonte se casó con Juan, teniendo la oposición de su aristocrática familia, que no sentía gran estimación por los toreros. Pero las relaciones familiares les ha hecho variar después de opinión. La encantadora esposa peruana de Belmonte ha estado enferma algún tiempo, y recientemente tuvo que ingresar en un sanatorio en Suiza. El matrimonio tiene dos hijas.

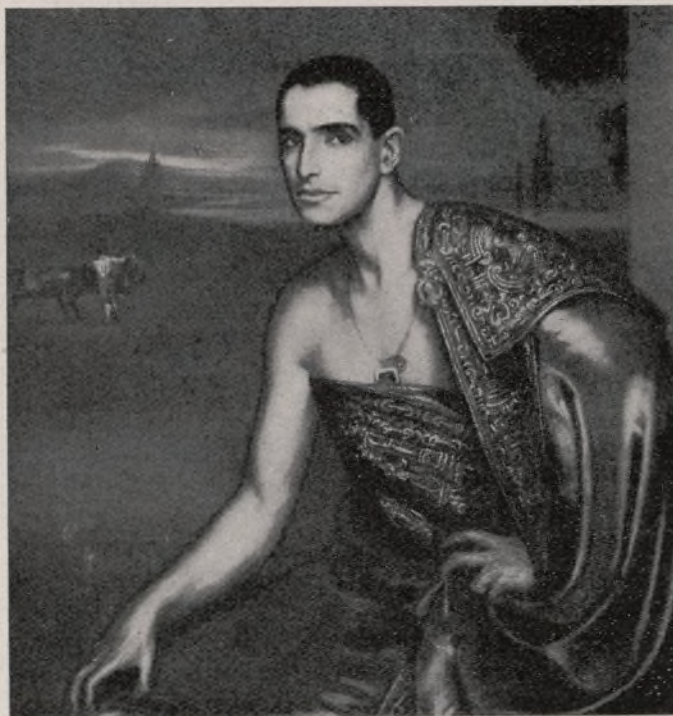
La primera corrida de Juan tuvo lugar el 16 de mayo de 1909, en Elvas (Portugal). El 26 de mayo de 1912 vuelve a torear en Valencia, cobrando 80 pesetas (aproximadamente, 11 dólares), y tiene una buena tarde. Otros varios éxitos alcanzados le inducen a presentarse en su ciudad natal, y el 21 de julio de 1912 se consolida su reputación. Su fama y popularidad se extienden como la pólvora, y logra el galardón de lo que prometía en los toros.

Toma su alternativa en Madrid el 16 de octubre de 1913, de manos del famoso torero Machaquito, quien le concede el privilegio de alternar en la plaza con matadores de toros. Casi a mismo tiempo un joven torero, de nombre José Gómez, más conocido por “Joselito” y “Gallito”, se presentaba en las plazas. A pesar de que era tres años más joven que Belmonte, hacía ya tiempo que era matador. Durante las siete temporadas que estos dos hombres torearon juntos, las corridas de toros en España gozaron probablemente de la

máxima popularidad. Los dos eran maestros, los dos eran valientes, llenos de colorido, audaces... Cuál de los dos era el más grande, sería difícil de señalar, pero era cosa generalmente admitida que ambos han sido los dos más grandes toreros de la historia del toreo. Algunos aficionados preferían la inmovilidad estatuaría y las sensaciones escalofrantes que produce el valor exagerado de Belmonte; otros, en cambio, preferían el trabajo brillante y limpio del buen torero Joselito, que sabía mucho de toros.

Los dos, con diferentes estilos, pero ambos poseyendo un arte inapreciable, sabían la manera de entusiasmar a las masas y lograron en siete años tales triunfos que es muy difícil encontrar otra pareja que les pueda igualar ni sobrepasar. Joselito, para quien el arte del toreo no poseía secretos, dominaba la técnica. Belmonte tenía una extraordinaria personalidad y aportó un arte nuevo a los toros. La muerte de Joselito, en 1920, a la edad de veinticinco años, produjo una profunda impresión en toda España, por creerle invulnerable, pues no había sido herido jamás. Sus restos reposan en el cementerio de San Fernando, de la capital andaluza, en un mausoleo esculpido por el famoso escultor Mariano Benlliure.

La muerte de Joselito dejó el campo libre a Belmonte. Ganó sumas fabulosas por todas partes donde toreó: en España, en Méjico, en Perú. Conociendo el valor del dinero, lo colocó en fincas y granjas. Dos veces intentó retirarse, pero unas contratas ventajosas le hicieron desistir de sus propósitos. Fué herido grave-



Belmonte, por Romero de Torres

mente en Barcelona el 30 de octubre de 1927, por el toro “Temido”, y se alejó durante siete años de los toros.

Pregunté a Belmonte lo que pensaba de su rival Joselito. Estábamos en su casa, sentados en sillones, al pie del retrato al óleo que Zuloaga ha pintado de Belmonte, con su traje de torero, la muleta en la mano izquierda y en la derecha el estoque, lleno de sangre hasta la empuñadura. Buscó lejos sus recuerdos y empezó diciendo:

—Joselito era un gran torero y un muy buen muchacho. Nuestros amigos estaban divididos entre ellos en “Gallistas” y “Belmontistas”. Cuando toreábamos juntos, los amigos de Joselito deseaban que yo estuviese malísimo, y mis admiradores que Joselito tuviese una mala tarde. A nosotros no nos importaba. Joselito y yo éramos buenos amigos, porque toreábamos juntos y juntos arrostramos el peligro muchas, muchísimas veces.

Fué un gran torero del estilo antiguo. Debo añadir que su toreo era más bien defensivo que ofensivo, pero se diferenciaba del toreo de los demás por su extraordinaria habilidad para dominar los toros.

Era siempre muy frío. Confiaba a su cerebro en lugar de su corazón el indicarle lo que debía hacer. Si con eso puede trazarse la diferencia que existía entre Joselito y yo, es la siguiente: Joselito era un matador que toreaba con la cabeza; yo toreo con mi corazón.

Creo que los críticos taurinos cometen una gran equivocación cuando limitan sus discusiones sobre el toreo a la técnica de ese arte, sin tener en cuenta los sentimientos y emociones que siente el torero.

En mi caso—dice con seriedad—miro un toro como miraría una mujer. Intento provocarlo y dominarlo hasta que obedece mis mandatos y deseos. Hablo con el toro como si fuese una persona humana. Están los



solos en la plaza. En esos momentos pierdo a menudo la cabeza. Olvido reglas, estética, arte y el resto. Torno el toro como me lo inspira el corazón y como siempre soñé torear. Claro que rompo reglas y trastorno a los críticos, pero toreo como el toro pide ser toreado y no según los métodos y reglas.

Cuando Joselito y Belmonte eran los dos primeros matadores, los fanáticos solían decir que Joselito era un matador tan extraordinario, que no se le debía llamar torero, sino “maestro”. Hacía parecer las corridas de toros tan fáciles, porque era un artista completo.

Guerrita, un astro del pasado, hablando con sus amigos en esta reaparición de Belmonte, dijo sobre él:

—Deberais haberle visto mejor cuanto antes, o no os acostumbraréis a verle nunca.

Guerrita está seguro de que Belmonte no vivirá mucho tiempo si continúa arrimándose tanto a los toros. Lo que significa el nombre de Belmonte en las corridas de toros, es lo siguiente: es el hombre que las revolucionó. Antes de él, los toreros no se metían en el llamado “terreno del toro”. A Juan esto no le importaba. En su primera corrida, al pasar de muleta al toro, no hizo más que alargar los brazos. Volvió al toro e hizo un pase tan peligrosamente cerca de los cuernos, que la multitud se quedó sin respiración. Tiene, además, las piernas tan débiles, que parecen doblarse bajo su peso, de manera que no tiene gran defensa con ellas. Esta falta de habilidad para moverse rápidamente le obliga a torear cerca de los toros, y lo hace en el menor espacio posible. Tiene la soltura en los brazos en vez de las piernas. Hace seguir el toro con la capa, con un dominio seguro y un movimiento diestro de los brazos. Su estilo rompe con todas las reglas y tradiciones y señala la revolución en el arte del toreo. Por ese motivo, los críticos taurinos han dividido la historia del toreo en dos épocas (A. B. y D. B.): “Antes de Belmonte y Después de Belmonte.”

Su pase natural, teniendo la muleta baja en la mano izquierda, exponiendo el cuerpo entero al toro y evadiéndose del peligro con movimientos diestros con el trapo rojo, es una de las cosas clásicas de su toreo.

El valor de Juan es indiscutible. Su desprecio por la vida no es humano. Posee la habilidad inexplicable e inconsciente de hacer vibrar a los espectadores que están sentados en la plaza, frente al toro furioso. Los afilados cuernos no le emocionan en su afición a la fiesta. En la primera corrida de su vuelta a los toros, el 25 de junio, en Nîmes, fué lanzado dos veces por los cuernos del toro contra la barrera de madera, mientras las mujeres chillaban y miles de almas se alzaban de sus asientos. Escapó milagrosamente indemne, y después, con valentía, se llevó al toro lejos de las tablas y le preparó rápidamente para matar.

En Pamplona toreaba un animal que no quería embestir. Despacio, con habilidad, se fué acercando al bicho, exponiendo el cuerpo, hasta llamarle la atención. Finalmente, escondió tras sus espaldas el capote, y los afilados cuernos del toro sólo estaban a pocos centímetros de distancia de él. Cuando la multitud, asustada, ni respiraba, un peón oportuno lanzó su capa y alejó al toro de allí. Otra milagrosa salvación de la muerte.

Refiriéndose una vez a los contratiempos y catástrofes en la plaza, decía: “Cuando los pies están por los aires se olvida toda clase de ciencia y de arte.”

Pregunté a Belmonte si era verdad que algunas veces cantaba “flamenco” o canciones gitanas mientras toreaba. “Es verdad—me contestó—; pero eso no quiere decir que esté tranquilo en aquellos momentos. Lo hago únicamente para espantar el miedo.”

¿Pero sienten los toreros realmente miedo de los toros? Belmonte contesta que cuando algún nuevo reportero le pregunta: “¿Puede usted recordar alguna vez que haya tenido miedo de algún toro?”, el matador, mascullando concienzudamente sus palabras, contesta: “¿Por qué no me pregunta cuándo no siento miedo delante de algún toro?”

Al famoso torero le gusta el confort y la comodidad. Una vez se sintió cansado o con pereza, se com

(Continúa en la página siguiente.)

Ayuntamiento de Madrid



# RESTAURANT AMAYA

SERVIDO POR COCINERAS Y CAMARERAS

VASCAS Ptas. 6

CUBIERTO SELECTO:

# AMAYA

C. S. Jerónimo, 7 y 9  
Teléfono 13617

pró un montón de libros y se metió en la cama doce días. No podía convencer nunca a su suegra que no estaba enfermo.

Todo lo que sabe lo ha aprendido por su propia iniciativa. Estudió un poco en su niñez; pero después de haberse hecho un famoso matador y haberse adueñado de un pueblo que le idolatra, abrió su inteligencia para captar cuanto le fuera posible. Empezó, pues, a leer, y en la actualidad es un lector ávido de la historia del mundo. Jamás lee periódicos o revistas taurinos.

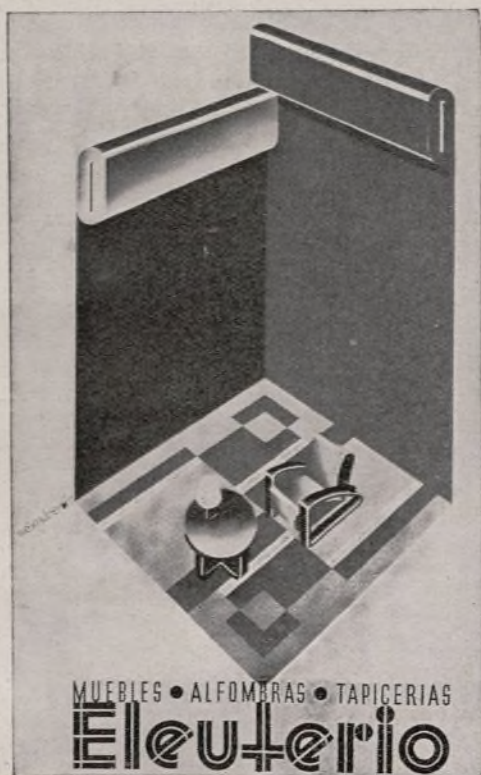
"El único periódico que leo—dice—es "El Sol", de Madrid, porque es el único periódico que no publica nada sobre toros o toreros. Unicamente cuando toreo acostumbro a leer todos los periódicos que traen la reseña de la fiesta. Si los críticos me alaban, me siento entusiasmado; si me censuran, me da rabia, y entonces prometo no volver a leer más críticas, ni artículos, ni libros que traten de toros."

Un periodista contaba a Belmonte que Sidney Franklin, el conocido matador de toros norteamericano, que ha traducido la novela española "Currito de la Cruz" al inglés, decía que prefería verse frente a diez miuras que ante cuatro cuartillas para traducir.

Belmonte sonríe y levanta la cabeza.

"¿No lo cree?—pregunta el periodista—. Es porque usted no ha escrito nunca nada."

"No, no he escrito nada—contesta Belmonte—, pero he toreado miuras."



MUEBLES • ALFOMBRAS • TAPICERÍAS

**Eleuterio**

FUENCARRAL, 14  
APARTADO 12318



Las grandes mujeres de la Historia

## LA MAINTENON

Por EMIL LUDWIG

Al lado de las legítimas reinas están las más o menos famosas mujeres que obtuvieron los favores y frecuentemente la confianza absoluta de los grandes reyes. En todas éstas hay una que sobrepasa la picardía de la Pompadour o la azarosa existencia de la Du Barry, pues no era sensual ni buscaba los placeres, sino inteligente y constructiva. Y poseía la más rara de las virtudes entre las mujeres: el dominio sobre sí misma. Es madame de Maintenon.

Una difícil juventud le enseñó el silencio y la resignación. Nació en la prisión, hija de un noble encarcelado que neciamente se había empobrecido a sí mismo. Era nieta de un famoso hugonote. Su madre era mujer de grandes dotes. Siendo niña fué con sus padres a la Martinica, regresando a Francia a los quince años de edad, pobre y sin protección. Fué mantenida por parientes, inculcándole una tía las doctrinas calvinistas, mientras otra la educaba en el dogma católico. Desde temprana edad aprendió a desenvolverse sin abdicar, para seguir viviendo. Por un sentido innato del decoro y un sentimiento heredado de su valer personal, pronto llegó a comprender la importancia que para ella tenía hacerse amar por todos, buscando la independencia después de pasar por un período de sumisión.

Durante años no era de tanta importancia lo que hacía o soportaba. A los diecisiete años de edad, cuando se había convertido en una bellísima joven, fué casada con un hombre carente de piernas, y durante ocho años, hasta la muerte de éste, ella permaneció a su lado, sin dejar escapar una queja. Y no era solamente el ingenio de su marido lo que la sostenía. Tampoco lo era la sociedad que se reunía en torno de ellos. Por encima de todo sentía el deseo indomable de obtener su propia aprobación y la de su confesor. Después de su casamiento, la pobreza aún seguía persiguiéndola. Frecuentemente, sus criados murmuraban a sus oídos a la llegada de visitas: "Hoy no tenemos carne, señora. Tendrá que inventar algún cuento." Y como era vivaz y rápida, y amaba hasta tal punto lo que era propio hasta las apariencias de esto le hubieran satisfecho rápidamente dadas las explicaciones del caso.

Luego, madame de Montespan, la dama de Luis XIV, tuvo deseos de que ella se hiciera cargo de la educación de sus propios hijos ilegítimos, vástagos de la realeza. En esta forma, la Maintenon sintió la obligación moral de entrar en esos círculos poderosos. Y no sorprende saber que los conceptos de esta mujer entonces con más de treinta años de edad, aparentemente sin ninguna aspiración femenina, que era toda actividad, toda eficiencia, sería pronto requerida por los poderosos de esa corte de intrigas. Ella era empleada como árbitro en las disputas. Ella se convirtió en confidente de su protectora y obtuvo el regalo de detalles íntimos de las rencillas que ocurrían entre el rey y su veleidosa y exigente favorita. Y siempre así, con enorme atención, sin deseos personales, con una inteligencia llena de recursos, ella, lentamente, fué encontrándose cerca del rey mismo.

Para Luis, el Omnipotente, entonces ya no joven, la gobernanta de sus hijos (pues oficialmente no era más que eso), constituía un fenómeno inexplicable. Impresionaba

verla; todo a su respecto se destacaba; su cabeza, su boca, su nariz. Su aire imperturbable irradiaba un tranquilo esplendor. Pero cuando la mano del rey se adelantó hacia ella..., su mano, que nadie en el imperio se hubiera atrevido a rechazar, fué rehuída por ésta, pues supo cómo hacerlo. Y así el Rey Sol cortejó durante años a esta dama moralizante que le recordaba la salvación de su alma, mientras ella se elevaba a las más altas posiciones. Apparentemente, ella creía en la naturaleza moral de su misión y, considerándose luego, se llamó a sí misma "una Ester". En esos momentos, empero, era guiada por el deseo de independencia. No era tanto el poder lo que anhelaba, como una recompensa generosa por las amarguras de su juventud.

Y fué así como llevó a las dos favoritas del rey al desastre, mientras ella hizo de mediadora entre los tres. Catorce años después, la Maintenon aparecía como la primera mujer de la corte, fuera de cuestión, pues había fallecido la reina. En ese entonces, la Maintenon, de cincuenta años de edad, había logrado tan firme influencia en pocos meses con su persuasión moral, que presionaba enormemente al hombre más poderoso del mundo, quien hubiera podido obligarla a transigir con su voluntad o sufrir el auxilio para acabar por casarse con ella, abandonando para siempre a sus rivales. Sí, ella se convirtió en la colaboradora legal del monarca. Detrás de las puertas entornadas, ella era llamada "Su Majestad", por el paje de la antecámara que oficiaba de testigo, por el arzobispo y por su confesor. Por medio del dominio de sí misma, de la inteligencia, ella realizó lo imposible: La pobre muchacha, nacida en una prisión, reinaba en el palacio de Versalles.

Existe algo grande en este dominio de la mujer madura sobre ese hombre hastiado de amor. Ciertamente, el mundo no pudo conocer su exaltación, y ella misma jamás traspasó los límites que se impusiera a sí misma. Cuando la realeza era agasajada, ella siempre pasaba como una modesta visitante de la corte. Pero la ciudad, la nación, la corte, toda Europa, pronto supieron que nada se hacía en todo el reino sin primero merecer su aprobación. Fué una verdadera alegría para el más grande egoísta de la historia, el hallar tan inteligente consejero en una mujer. Debido a que ella era fría y consciente, siempre a su servicio, sin preconcepciones, sin deseos egoístas, ella pudo prevenirle contra las falsas amistades. Y jamás abusó del poder, sea como mujer, sea como consorte.

Durante treinta y dos años, la Maintenon gobernó en realidad a Francia: una vida activa, llena de preocupaciones diarias por sus conventos, escuelas e inválidos. Diariamente asistía a las audiencias del rey con los ministros, siempre reservando la expresión de sus opiniones hasta que estaba sola con él, momentos en que le explicaba lo que le parecía acertado. Ella estaba a su disposición todos los días. Con su inteligencia y conocimientos, ella estaba siempre en situación de controlar a ese hombre, que nunca abría un libro y que estaba eternamente huyendo del aburrimiento. El nunca se sintió cansado de ella.

Y, sin embargo, ella dejó su lecho de muerte antes de que llegara el fin, probablemente debido a un secreto temor, probablemente movida por su antiguo deseo de hallar la paz en un convento. "Me muero de pena", escribía a una antigua amiga. "En un tiempo fuí joven, hermosa; gozaba de la vida. Todos simpatizaban conmigo. Tenía brillantes amigos y gozaba de la más alta estima. Empero, se lo juro, eso solamente me dejó una horrible sensación de vacío, indiferencia y fatiga, y una sed de otras cosas. Todas esas cosas no podían satisfacerme."

Sólo en muy raros instantes se permitía mirar en su corazón, pues su enorme dominio de sí misma le vedaba su propio análisis. Cuando falleció, a una edad avanzada, se escribieron en su tumba estas equívocas e irónicas palabras: "Gobernanta en la casa de Luis el Santo."

# TRIUMPH

Las insuperables máquinas de escribir "Triumph" y coser "Wertheim", de fama mundial, a nuevos precios. Cintas "ROS". Reparaciones, piezas de recambio y alquiler de todas las marcas.   
CONTADO - PLAZOS

## CASA HERNANDO

Avenida Peñalver, 3 MADRID Teléfono 16057

Ayuntamiento de Madrid



Daniel Vázquez Díaz, en España; Diego Rivera, en Méjico; Angel Zárraga, en Francia, están volviendo al fresco su antiguo y riguroso papel de prédica social o religiosa. Pintores de caballete los tres, en la mitad del camino de sus vidas sintieron la necesidad de lo grande, la urgencia del sermón pegado a la pared, el imperio del gran discurso inmóvil y cromático incrustado en esa tribuna o en ese púlpito plano de los muros.

Angel Zárraga es mejicano-español. Llamarse Zárraga, tener un abuelo vasco, haber vivido en su juventud en Toledo y Madrid, y "no haber olvidado la lección" a través de veinticinco años de vida parisiense, es ser típicamente español. A la hora en que vaya a ser catalogada la gloria de este gran pintor, Méjico y España van a entablar pendencia familiar una vez más. Los españoles podrán sacar a cuentas cierta dedicatoria autógrafa que Zárraga escribiera, allá por 1935, para una gran revista madrileña, y en la que confiesa que "ha aprendido tanto en su Madrid, que tanto quiere"...

Pero volvamos a los frescos de Zárraga, de los cuales habla toda Francia.

Hasta hoy ha realizado la decoración mural de la Legación de Méjico en París, de la cripta de una iglesia de Suresnes, de la iglesia de Rethel, de los salones y de las escaleras del castillo de Vertcœur y, recientemente, de la "Maison du Cafe", en la plaza de la Opera, vasta colmena de elegancia enclavada en el corazón de París.

No es eso todo: su verdadero gran triunfo, que es su consagración definitiva como decorador mural, está en la capilla del Sanatorio de Guebriant, en la Alta Saboya, en la cresta nevada de los Alpes, hasta donde llegan centenares de millonarios de todos los rincones de la tierra.

Toda la Prensa del mundo ha comentado estos frescos, desde "La Prensa", de Buenos Aires, hasta los rotativos de Londres; desde los alcances artísticoliterarios de Nueva York hasta los periódicos de París, consagrados o no a las bellas artes. Es por eso por lo que una de estas mañanas fui al "atelier" del gran pintor, dispuesto a charlar con él sobre fresco y pintura, especialmente para los lectores de CIUDAD.

Zárraga es, físicamente, un sorprendente caso de racialidad vasca, a pesar de su mejicanidad. Su "atelier", enfrente casi de la estación de Montparnasse, es un modelo en su género, especie de nave de catedral, en la que vivió algún tiempo Oscar Wilde después de su drama de Reading, y en donde una vieja inglesa reunió mil veces al "tout Paris" en "soirées" literarias, durante las cuales se representaban comedias, misterios y farsas de concentrado sabor intelectual vanguardista.

—Hábleme usted de sus comienzos—le pido—. ¿Se quemó usted las alas en el fuego fatuo de las tendencias, de las escuelas, de los grupos?

—Sí—me responde—, bebí varios filtros; pero de lo único que no me arrepiento es de haber profesado con pasión el cubismo.

Zárraga es el inventor de una frase que ha dado la vuelta al mundo: él fué el primero que habló de "disciplina cubista". Fué eso en los días en que el gran Apollinaire decía, refiriéndose a Zárraga, que éste estaba destinado a ser "el ángel del cubismo".

—Porque—sigue explicándose—no cabe duda que había en el cubismo una disciplina enérgica. Yo tra-

DESDE PARIS

## LOS FRESCOS DE ANGEL ZARRAGA

Por EDUARDO AVILÉS RAMÍREZ



El pintor Angel Zárraga. Foto Lefevre, París.

bajé sometido a esa disciplina entre 1913 y 1917, es decir, en la segunda etapa del cubismo... La batalla relampagueaba, se hacían cosas heroicas... Pero vea usted, el cubismo era bueno con tal de fugarse de él pasado algún tiempo. Era una reacción..., en la cual no

Para "Ciudad" de mi  
Madrid que tanto quiero  
y donde tanto aprendí  
Angel Zárraga

era posible echar anclas como si se tratara de una bahía o de un puerto definitivo.

—Y usted salió...

—Por la puerta del "sport". Es de 1917 que datan mis telas deportivas. El "sport" me sirvió de reacción anticubista, si es posible expresarse así, ya que el cubismo mismo es una reacción.

Es curioso seguir la parábola de este gran artista. Desde su salida de Méjico hasta su participación en 1905, en la Exposición de Madrid, hay una etapa. Después vienen otros "estados", otros "climas", otras "temperaturas": revisión de los clásicos, de los románticos, de los impresionistas, de los cubistas... Ha llegado a la cristalización actual después de haber sufrido y experimentado cien estados estéticos diferentes. Hoy alcanzó ya la serenidad, una especie de filosofía, de quietismo eterno, de poderosa concreción y desnudez. Sacrificó todos los detalles superfluos, todo el ornamento decorativo en favor de la madurez y de lo eterno simple. La pintura actual de Zárraga—¡el magnífico y célebre retrato de Eugenio d'Ors es testigo!—me da la impresión de un hombre que, después de llevar una vida algo disipada y sometida a experimentaciones diversas, se fija, al fin, en la contemplación, en la iluminación, en el voluntario sacrificio de lo accesorio para no dejar florecer sino lo primordial. Un hombre, en fin, que ha tocado con sus propias y pecadoras manos el volumen divino de la realidad, flor de verdad cortada en flor.

—En usted se siente—le digo—la fuerza serena y al mismo tiempo vertiginosa del espíritu. Uno queda un poco desconcertado delante de tanta lógica acumulada.

Zárraga no responde. Los ditirambos no parecen interesarle mucho, quizá por escucharlos con frecuencia o por oírlos desde un ángulo especial de su vida de pintor, inaccesible para los demás mortales. ¡Sin embargo, pocas veces en mi vida había sido más sincero!

—Hablemos del fresco, si le parece.

¡Ah sí, el fresco!

Es por él, en verdad, que he venido a verlo hoy. Zárraga acaba de pronunciar una conferencia sensacional sobre el arte de la decoración mural en nuestros días, después de haber llevado a feliz término una encuesta en la primera página del gran diario parisiense "Excelsior".

—En esa encuesta—me explica el gran artista—me limité a preguntar a los maestros de la arquitectura moderna: "¿Cree usted que la arquitectura de nuestra época, ya sea doméstica o pública, acepta la pintura mural?" Por la primera vez un fresquista ponía al pie del muro a los arquitectos más famosos. Respondieron, entre otros, Le Corbusier, Mallet-Stevens, Laprade, Patout, Pacon, Perret, Marrast, Siclis... Es decir, los mariscales del arte arquitectónico contemporáneo de Francia.

—¿Más o menos, todos están de acuerdo?

—Sí, están de acuerdo en que es necesario la colaboración del arte pictórico. Es largo explicarle, naturalmente. Habría que citar a los bizantinos, a los griegos, a los romanos, a los góticos. Habría que hablar de la colaboración del arquitecto, del escultor... De todas maneras, el renacimiento del fresco no puede cumplirse sino con la venia, por no decir con la autorización, del arquitecto. Arquitecto y pintor, por muy divorciados que aparezcan ante el hombre profano, están llamados a colaborar, a realizar una "obra", una compleción de fuerzas, una sinfonía de cemento y pintura.

Angel Zárraga es católico. Una gran fuerza cerebral, un vértigo de disciplinas intelectuales lo han conducido a conclusiones en extremo religiosas. Cuando abandonó el cubismo para buscar el elemento humano, se dio cuenta de que la religión era uno de los caminos reales de la Humanidad. Este camino se tendía delante de él, tentador. Creo que Zárraga ni se dio cuenta del momento en que lo abrazó, abrasándose.

Fué amigo de Renoir, de Bonnard, de Chalupe. Del gran Renoir cuenta una anécdota encantadora:

—Trabajaba yo en su retrato—dice—. Era durante sus últimos años, en el decorado luminoso y tierno de Cannes. De pronto llaman a la puerta: son dos damas americanas, de aquellas que entonces pagaban miles de dólares por tener un retrato hecho por Renoir. El maestro se niega a recibirlas. Un poco descontentado, le digo:

—Maestro, el éxito, bajo este aspecto, ¿no le extraña?

—Me extraña tanto—me replicó—como a los cuarenta años me extrañaba no tenerlo...

Las fotografías de los frescos de Guebriant están ahí, sobre su mesa de trabajo. Las tomo en mano para examinarlas. El viejo drama del Gólgota aparece interpretado con nuevas líneas. Una particularidad: el color de las obras de Zárraga es neto, desligado, solitario en medio de la sinfonía. Cada cuadro suyo me da la sensación de una danza de colores "cogidos de la mano", no mezclados. Una túnica es uniformemente azul, un velo uniformemente blanco, un árbol uniformemente verde, otra túnica uniformemente roja, una pelliza uniformemente morada, y así... Y por no sabemos qué milagro, ¡hay, sin embargo, mil rojos, mil blancos, mil verdes, mil morados, mil azules! Cada color guarda su característica, su potencialidad, su virginidad, por decirlo así.

El arquitecto Pol Abraham y el arquitecto Henri Le

(Continúa en la página siguiente.)





Meme alzaron el Sanatorio de Guebriant. Es una gran obra, moderna por los cuatro costados. La decoración mural sigue y completa, por espíritu de adaptación, el dibujo de los planos, la curva de las elípticas, los muros desnudos. Mi teoría de que arquitecto y pintor deben realizar una sola obra quedó en Guebriant plenamente probada. Es necesario trabajar en este sentido y convencer a los propietarios del futuro de que hay que contar con el que realiza la decoración mural como se cuenta con el que talla la piedra o instala la cañería o la luz eléctrica. La arquitectura moderna es bastante desnuda: el fresco la "vestirá", la humanizará.

Por momentos Zárraga es poeta, por momentos es crítico, es filósofo, es sacerdote de teorías estéticas. Su charla siempre está animada por electrones de inteligencia que trazan signos vertiginosos en el aire. Los hombres excesivamente cultos, como Zárraga, maduros de experiencias estéticas, nos dejan la sensación de magos, de seres que descubrieron secretos eternos y fórmulas divinas, las cuales aplican y manejan sin piedad en el universo poblado por "hombres-más-o-menos".

Pero, sobre todo, Zárraga es católico y apura los misticismos de la religión y del arte, dos fuerzas que en él se completan y se fusionan, dos elementos que producen el cociente-Zárraga.

—Después de un exquisito pecador como Oscar Wilde—le digo—, usted ha venido a ocupar este gran "atelier", a purificarlo, a poblarlo de visiones bíblicas.

—Wilde era místico a su manera—me corrige.

Y ya entonces no es el pintor el que habla, sino el filósofo. Los electrones siguen trazando signos en el aire...

Fotos Chesneau, París.



## LAS LETRAS Y SU MUNDO

### Don Quijote en Francia y en España

Por MIGUEL PEREZ FERRERO

Las revistas francesas hacen el anuncio reputando el acontecimiento como el de mayor trascendencia literaria del año. Y, por una vez, podemos decir, desde aquí, nosotros, que la publicidad responde a la realidad exactamente.

Don Quijote y Sancho vuelven a las monturas de Rocinante y Rucio para correr la verde, tierna y siempre dulce, dulcísima Francia.

¿Se hallaba olvidado el ingenioso hidalgo? ¿Otros héroes literarios lograron la primacía sobre él? Es bien difícil, en los grandes planos de la literatura universal, establecer jerarquías, y hemos de cuidarnos de no hacerlo. Pero—ya lo decimos—sin tal pretensión hemos de considerar en la obra de Cervantes no sólo una muestra de lo que es la cumbre literaria, sino el punto de partida de todo un género: la novela.

No; de seguro que Don Quijote no estaba olvidado en Francia, y buena prueba de ello es la empresa



## CAMISERIA

"Samaral"

NOVEDADES

C. Peñalver, 16 MADRID



que ahora se acomete: Francis de Miomandre, gran enamorado de nuestras letras, clásicas y modernas, gran propulsor de todo lo español, acaba de traducir el "Quijote" ateniéndose a la edición crítica del señor Rodríguez Marín. En la elección del traductor se revela, ante todo, su conocimiento profundo, que le ha llevado a elegir entre las ediciones existentes la adecuada para hacer de su empeño una considerable realización. Con ello consigue el escritor francés ofrecer al gran público la genial concepción de Cervantes; el trabajo del señor Rodríguez Marín, mediante el cual el texto queda restablecido en toda la pureza de su origen: el suyo propio, que será bien diferente del de las otras traducciones, en las que se repiten los errores y contrasentidos... Además..., sí, además hay algo que también logra el señor Miomandre, según los que conocen su traducción, y ello es que con la exactitud más escrupulosa presenta el ritmo acertado, la cadencia apropiada de las frases, y sabe conservar en su fiel interpretación la libertad de lenguaje—difícil libertad—, que es suprema maestría en el original cervantino.

De cinco volúmenes—nos dicen—constará la obra, cuya edición constituirá, como puede apreciarse, una verdadera edición monumental. Facsímiles y dibujos ilustrarán el trabajo del señor Miomandre, que acaba de captarse, una vez más, el agradecimiento de España por la prueba de amor—aquí sí que puede escribirse la palabra—por sus letras.

Una biografía de Cervantes figurará en el primer tomo. Una biografía escrita por Mariano Tomás. ¿Acaso la publicada recientemente en castellano por el escritor? Sólo en este punto se nos ocurre la objeción, sin querer menoscabar el trabajo del señor Tomás. ¿Para empresa de tal envergadura no hubiere sido lo más acertado sustituir la biografía trazada por Mariano Tomás por esa otra gran biografía que constituye lo que del cautivo de Argel nos dejó escrito D. Martín Fernández de Navarrete?

Todo el espíritu, el genio... Toda la vida, pasión y muerte de Cervantes se halla en ese magnífico libro... En él se percibe, mejor que ningún otro, cómo Cervantes, al final de su vida, comprende la trascendencia de su propia obra y ve claramente cómo sus héroes están destinados a la inmortalidad.

Sin embargo, pese a la objeción que acabamos de hacer, el esfuerzo de Miomandre es uno de los más nobles de que pueda enorgullecerse un escritor. ¡Lanzar nuevamente a Don Quijote y a Sancho por los caminos de Francia! Y ahora que nuevamente recorren los de España. ¡También otra vez los de España! Porque aquí también existe un espíritu esforzado, una voluntad enamorada y firme: José Ruiz Castillo, ese hombre atento a las inquietudes de nuestro tiempo—de actualidad palpitante es siempre Don Quijote—acaba de ofrecer al público una primorosa, insuperable edición facsímil del libro universal; una edición facsímil completa (1605-1615), con unas breves líneas de orientación y comentarios que se deben a la pluma de D. Miguel Artigas.

Así hoy, con doble alegría, podemos reseñar el doble acontecimiento: ¡Don Quijote en los caminos de Francia... y en los de España! Con la dignidad, el respeto, el fervor que los inmortales—los inmortales supremos—requieren para su trato.

## ESCAPARATE

### "Ha llovido un dedito"

Acertado el título y acertado el libro. A Luis de Tapia Bolívar le conocíamos por sus crónicas. Ágiles, resueltas, frescas, no con la frescura—que la palabra se presta a maliciosas interpretaciones—, sino con el frescor de la juventud.

Unas veces el sutil humor; otras la fina sensibilidad a flor de páginas, que le llegan hondo al lector.

Es un escritor—hijo de escritor—que irá lejos, porque comenzó enseñada a caminar con seguro paso. Sólidamente preparado, Luis de Tapia Bolívar no se esfuerza en mostrar su preparación, sino que se limita a presentar los resultados de la misma, que son excelentes. Luis de Tapia Bolívar, con "Ha llovido un dedito", presenta toda una personalidad autóctona de escritor muy interesante.

### "Bajo la luna nueva"

Guillén Salaya se nos reveló hace tiempo como un hombre inquieto. Le hemos visto pasear su inquietud por organizaciones políticas de matiz diverso, y le hemos visto, siempre con el mismo tesón, luchar por su producción literaria. Creemos, respecto a Guillén Salaya, que su temperamento literario domina incluso a su temperamento de hombre de acción.

Hoy es una nueva obra, "Bajo la luna nueva", la que nos ofrece. Una obra de ambición social que no excluye, porque está sobre ella misma la ambición literaria.

Una prosa vibrante esmalta el libro, esa prosa que es la misma expresión que brota de siempre natural, espontánea, en la cotidiana palabra de su autor.

## REVISTAS

### "Cruz y raya"

Publica en su número 21 los siguientes originales:

"Un filósofo de la problematización", por Francisco Romero. "Racionalismo del arte dramático de Calderón", por José María de Cossío. "Lucrecia" (versión y nota de Leopoldo Eulogio Palacios). "Crítica y milagro", por Rafael Sánchez Mazas. "La quimera del oro", por J. Imar. "La hora de todos", por A. Morón. "Reflexiones sobre el uso de las palabras nuevas en la lengua castellana", por José Reynoso, con una introducción de Miguel Artigas.

### "Tierra firme"

Así se titula la nueva revista que dirige D. E. Díez-Canedo. Viene nutrida de interesantes originales, entre los que se destacan trabajos de Aménzaga Castro, Gonzalo R. Lafora, J. Huizinga, Mannheim y Nagemann. Inserta, asimismo, trabajos de investigación de Rosemblat y Estudios documentales sobre Spinoza y Nietzsche. Completan el número notas de Pittaluga, Pérez Serrano, Conde, Carande, Tovar, etc.

### "Ciprés"

Será una revista trimestral. Justamente aparecerá con cada estación. La tertulia del "Ciprés", de Burgos, es la editora. Poesía, prosa, crónica, documentos (en cuanto al material literario), y dibujos y fotografías de interés (en cuanto a la aportación gráfica) formarán la interesantísima publicación que se nos promete.

"Homenajes a los artistas perdidos, volantes por el cielo del olvido" adquirirán en suplemento que acompañará a la revista, la resonancia que merecen en prueba del esfuerzo loable que éstos suponen.

A los iniciadores de la publicación vayan los mejores alientos.

### "Letra"

Es una revista que merece aplauso. Un grupo de jóvenes la mantienen con toda dignidad y decoro literarios. Especialmente el notable escritor Villegas, cuyo nombre debe destacarse al frente de la publicación.

## LISTIN DE LIBROS

"Isaac Peral" (biografía), por Dionisio Pérez. Edición "Los hombres de nuestra raza". "Maiquez", por Joaquín Belda; "Ramón y Cajal", por César Juarros (en las mismas ediciones).

"Coctel de verdad", por José Ferrater Mora. "Peu Colección."

"La última niebla", por María Luisa Bombal. Buenos Aires.

"El aviso de escarmentados del año que acaba y Escarmiento de avisados para el que empieza de 1935." "Cruz y Raya", Madrid.

"Séneca", por Francisco Vera. "Elipando y San Beato de Liébana", por Federico Carlos Sáinz de Robles. Manuel Aguilar, editor de ambos libros.

"Voz y cuerda" (poesías), por Alvaro Arauz. Edición "Plutarco".

### "P. A. N.", Revista Epistolar y de Ensayos

Director: S. O. Espasandín

Hemos recibido los tres números de esta revista, que van publicados hasta la fecha. Pulcritud de textos y selección rigurosa de temas. Firman Fernández Mazas, Eduardo y Rafael Dieste, Gerineldos Delamar, Doctor Syntax... y, ocasionalmente, colaboradores de reconocido mérito. Se define como "una revista de libre expresión literaria en esta hora de congojas y angosturas de nuestras letras".

Le deseamos próspera vida y que su heroico intento, en esta hora de estupidez y de falsificación, sea bien compartido y adecuadamente auxiliado.





# El amor de Herminia, mi amante

Por FELIPE MORALES ROLLAN

ESPECIAL PARA «CIUDAD»

ILUSTRACION DE HORTELANO

Bernardino Costa soy yo. Costa fué también mi padre, de las tierras y de las aguas de Portugal. Y ahora, cuando me encuentro encerrado en mi cuarto de estudio; cuando un dolor sutil me quiebra la cabeza y se escapan de mis ojos las letras del libro que hojeo, sé positivamente que alguien me encañona, a mis espaldas, con una pistola breve, plateada, de cinco cápsulas de repetición.

No me muevo. Ni siquiera el puño blanco de la camisa denota agitación ni nervosismo. En cambio, me gusta recordar en esta ocasión que sólo cuento treinta y cinco años y que en el bolsillo derecho de mi chaleco duermen el sueño de mi fortuna 128 pesetas y un retrato de mujer.

En el espejo ovalado, donde tantas veces me afeitara, veo, sin variar mi postura, el cuerpo flexible de Herminia. Viste túnica de seda blanca, que ella gusta de llamar "salto de cama y huida de la pereza". Herminia es inteligente, buena, muy amante y cariñosa. Su pelo es negro, corto, apretado, brillante. Sus manos, nerviosas y finas, como las aletas de su nariz correcta. Y encuentro una rara semejanza entre sus ojos y los rincones sin luz de las estaciones internacionales.

Le digo:

—¡Por Dios, Herminia! ¿Otra vez?

Juraría que iba a disparar sin contención:

—La última.

—¿Cómo te gusta hacerme sufrir! En dos días, escasos de horas, has querido matarme dieciséis veces. ¿No te duele ya la conciencia y el cañón de la browning? Yo no recuerdo haber dado motivo a una cólera tan sistemática.

Porque Herminia es muy nerviosa. Se incomodaba—en nuestro último viaje a Egipto—por la tardanza de un expreso o los "baches" del trimotor. Las olas verdes del mar la cansan. Le produce jaquecas el olor de la gasolina y el latido del cuentakilómetros. No usa pijamas. No fuma, ni bebe. Las medias de seda no las soporta. Le hacen sufrir

las fajas de goma y los sostenes. Aborrece los relojes. Le dan miedo los brillantes y los tacones altos de sus zapatos. Sólo ama con exceso la blancura de los dientes, su pistola automática y la pequeña colección de Edgar Wallace que yo mandé encuadernar para ella en tafilete rojo.

—Eres insoportable—me dice, y yo sé que sufre por mí.

Me levanto. Soy apenas dos centímetros más alto que ella. Bien es verdad que mi peinado—leontina portuguesa—ahueca, con rizos y ondas, el total de mi estatura.

—Herminia, compréndeme. Quiero que hoy hablemos el uno para el otro. Deja ya tu amenaza plateada, te lo ruego. Te debo una explicación de nuestro amor.

Ella abandona el arma sobre la mesa. Queda, brillando en el sol, exactamente entre *La decadencia de Occidente*, de Spengler, a quien me he empeñado en leer, y la ceniza de un cigarrillo.

—Quiero saber la causa de tu ausencia—me dice—. Sé que te ocurre algo que no tienes la valentía de decirme. No, no; es inútil que te sonrías. Si no fuera bastante, aquí tienes una prueba: hace tres días que no duermes conmigo.

Y me alarga, acusadoras y tristes, unas rosas mustias, arrancadas del vaso de su mesita de noche.

Es verdad. Tres días que no renuevo esas flores al besar la frente de Herminia como prólogo a nuestro amor. Fué éste el convenio más silencioso de dos amantes. Sin decirnos nunca nada yo le ofrecía flores blancas, en la conmemoración cotidiana del robo de su flor única.

—Ya te has cansado. No mentías mucho al decir que las mujeres y el vino son cosas para saborear antes de que el sol de un día se ponga.

Sigue hablando. Sus palabras caen en el vacío. Yo no puedo escucharlas, lo aseguro. Un leve desvanecimiento me ha obligado a apoyarme para no caer. No debe ser miedo. En Milán resistí, sin pestañeo, la mirada teatral de Benito Mussolini. Herminia no tiene la capacidad magnética del

"duce" técnico, agrícola, dramático. En cuanto a la pistola, en las plazas de mi Lisboa cautiva he corrido, montado en gritos subversivos, sombreado por los rifles de la guardia portuguesa. En Francia fuí "camelot" ocasional de la plaza de la Concordia; en Londres, detractor de Ramsay MacDonald, y ante la Cibeles y ante San Carlos grité, enemigo de la conculcación constitucional del año 23. Yo no puedo tener miedo.

Mis disposiciones sensoriales han quedado, sin embargo, abatidas. Es que pienso en nuestra breve unión y maridaje. Conoció a Herminia como conociera Charles Chaplin a su amada ciega en *Lucas de la Ciudad*. Vendedora de flores, muñeca pegada a la arista de una esquina, de voz rota, ofreciendo al transeúnte su modesto jardín descabezado. Yo solía pasar por allí. Un día la miré. Al siguiente, la sonreí. Al tercer día, ella se enlazó en mi gabán y dijo cuánto me quería. Quedó abandonada mi actividad de frustrado político. Fueron desvaneciéndose en los estantes las teorías de Rousseau, Kelsen, Montesquieu y tantos otros. Los federalistas, tan amados, pasaron a ocupar en mis desvelos un plano obscuro. Murió mi estímulo profesional, y quien lo asesinó fué ella.

Después, una guirnalda de besos y frases, la laxitud del cuerpo y del alma, flores bravas tras los cristales y el suave temblor de los labios, captando besos.

Frente a mi despacho, el almanaque perdió exactamente sesenta y dos días de peso.

Y ahora ya, señor, ahora ya, no puedo quererla. Lo sabe, y nunca abandona su pistola breve, plateada, con sus cinco cápsulas de repetición.

Vuelve a sonar su voz:

—...y como nunca podré vivir sin ti, decidiré mi suerte.

Levanto la cabeza. Herminia ha abierto la ventana y mira hacia la calle. Una palidez definitiva se ha comido el color de sus mejillas. El carmín de los labios es ahora un morado cardenalicio. El viento le azota el cabello. Fracaso sublime de Coty y Houbigant.

—Busco el suicidio. Me falta valor para matarte; pero moriré yo.

Tengo voz, y le digo:

—Piensa, Herminia, que, si te arrojas, ya nunca más podrás arrepentirte. Vivimos en el cuarto piso: trece metros.

A pesar de ello, sube al nivel y da comienzo una terrible batalla de viento y seda. El sillón en que me siento se ha llenado de lujuria. Veo a Herminia bajar indignada. Creo que me dice que no se suicidará jamás mientras haya agentes burlones que espíen muslos desde las esquinas. Sólo sé que jamás vi a Herminia tan bella y deseada como en su esguince magnífico ante el viento y el precipicio.

Su decisión para morir era, al parecer, firme. Sucesivamente pensó en los fósforos, en el veronal, en el horno de la calefacción, en el río, en el "Metro", y yo—¡qué estúpido!—la veía ir y venir por la habitación mientras recordaba un pasaje de *La Atlántida*, de Pierre Benoit.

—¡Cruel, mal hombre, dañino!

Este último insulto coincidió con el repiqueteo metálico del timbre eléctrico. Y no pude pensar en lo extravagante del concepto por la entrada violenta de Agustín de Anasagástegui, marino y explorador.

Agustín es viejo. Quizá pase de los cincuenta años. Calvo, rojo y caballero de la Orden de Malta. Le adorna un humor delicioso, y mataría una gacela a dos pasos de distancia: tal es su astucia. Entra, me saluda y se excusa ante mi Herminia de su traje blanco en época tan variable. Ella le mira, me sonríe, le vuelve a mirar y enlazando con brusquedad histérica el brazo de Agustín de Anasagástegui le arrastra hacia la escalera. Se han ido. Me han abandonado.

Y no intento siquiera llorar la traición. En la escalera, allá abajo, quizá en la portería, resuena una risotada franca y popular sorprendida por la doble fuga blanca y extravagante. Supuse que montarían en un "taxi": comenzaba a llover.

Ahora me he sobresaltado. Agustín de Anasagástegui, explorador y marino, debía entrevistarse conmigo para ultimar la fecha de una conspiración. Sí, exacto, rigurosamente cierto. El debía llevar mis declaraciones al seno de la conspiración. Santo y seña. Ya nunca más podré ser ministro. Mi revolución ha fracasado en un hechizo de mujer.

Rompo mis papeles. Me deslizo del mundo y de mi corbata. Saboreo un té bien caliente y leo en mi pensamiento esta interrogación fría: "¿Herminia espía?"

Bien. Pudiera ser. Pero ya ahora puedo afirmar que jamás amé a aquella mujer. No hay, pues, novela romántica.

Me dispongo a dormir. Y aun me trazo un problema que me propongo resolver mañana. ¡Estaré tan aburrido! ¿Por qué lo mejor de una mujer es el perfume que nos deja después de haberse ido para siempre jamás amén?

Cierro los párpados. Ya he perdonado a los dos. Y serenamente, voy entrando en las túnicas suaves del sueño. Olvidaré también aquel abrazo de Agustín—explorador y conjurado—, durante el cual me arrebató las 128 pesetas, que eran la razón de mi fortuna.





## NUESTRAS ARTISTAS

Por HESPERIA

La actividad de la mujer en las artes plásticas, sobre todo en la pintura, va adquiriendo un gran desarrollo, una energía tal, que su labor ha perdido por completo



"Estudio". Lienzo a la incáustica de Rosario Velasco.

en su expresión aquel amaneramiento y timidez característica ineludible de su feminidad, alcanzando a incorporarse a la actividad común confundida ya con la de sus compañeros, tanto por su vigor como por el asunto, pues hoy la mujer, libre, afortunadamente, de todo prejuicio, toca cuanto asunto cree oportuno sin preocupación ninguna y, en algunas ocasiones, siente la inquietud intensa de la evolución, va al tiempo que sus camaradas a la conquista de la nueva forma, logrando obtener en algunos casos un resultado tan excelente, que llega hasta destacarse en este sentido, acaso con más aplomo e interés mayor que el hombre.

Ese es el caso de Rosario Velasco, artista bien joven que, figurando siempre en ese gran núcleo de inquietos, no fué nunca exaltada como Angeles Santos ni ha te-



"Gitanos". Obra original de Rosario Velasco.

nido, hasta ahora, ese afán casi continuo de Marissa Roesset de cambiar de postura, cosa algo delicada, pues al emprender nuevas rutas hay, a mi modo de ver, más probabilidad de perder que de ganar, porque la perfección, el depuramiento, ambición natural del artista, no suele obtenerse en los cambios constantes de ideas, sino, por el contrario, en la firmeza y convicción, precisamente, de ellas.

Rosario, desde su primera salida e incorporación a la actividad artística actual, desde aquella "Virgen", presentada en una de las permanentes del Círculo de Bellas Artes, pequeño lienzo en extremo delicado, fino, tanto en tonalidad como línea, hasta su última composición "Maragatos", y también en esa otra obra que aún está por terminar, demuestra en todo momento un mismo criterio, un sentido evolutivo inclinado siempre hacia ese primitivismo italiano en el que los inquietos van con frecuencia a parar, inconscientes o conscientes, en su afán de conseguir el máximo volumen, una de las ambiciones del día, como asimismo lo es lo que ellos llaman "pintura pura", que en la mayoría de los casos resulta fría y sosa. No creo le preocupe mucho a esta artista ninguno de estos dos deseos, tan intensos en la gente joven de hoy, sino que emprendió este camino, o por serle más propicio a su base clásica adquirida a conciencia bajo la dirección del insigne maestro Sotomayor, o por afinidad de sentimiento, pues en su labor, si bien no hay una gran emotividad, tampoco es fría ni menos sosa; existe en su sólida construcción, en su línea enérgica y resuelta, una sentimentalidad que en algunos momentos alcanza una gran dulzura de expresión, como por ejemplo en su muy bella obra "Adán y Eva", o en esa otra ya mencionada, "La Virgen", y sostiene en todo momento el tono suave de una apacible impresión.

Clásica en su fondo ha ido al campo moderno, más que por impulso vehemente, exaltado, de la evolución, por la natural influencia del ambiente de su época al que, como es lógico, es tan susceptible el artista joven; por eso no hay nunca en su modalidad ni arrebatos, ni estridencia alguna, ni, asimismo, ese gesto de intelectualidad que tanto ahoga el sentimiento y suele hacer antipática la tendencia evolutiva; nada absolutamente de eso aparece en ella, nada turba la apacibilidad de su espíritu, la serenidad con que va por el nuevo camino, acentuándose más o menos en él, pero nunca obrando sobre otra base que la sólida bien obtenida, mirando con toda tranquilidad hacia adelante, sin idas y venidas continuas al campo clásico, sólo haciendo de éste su



"Virgen". Oleo original de Rosario Velasco.

punto de arranque, con lo cual ha conseguido realizar una labor sin vacilación ninguna en general, inclinada a la belleza, interesante en todo momento. Una labor en la que los aciertos abundan y logra destacarse por sí propia con fuerza lo mismo en el gran núcleo femenino que en el no menos extenso grupo de inquietos de la actividad común.

La inquietud serena de esta muchacha se abre paso de tal manera, que, a mi juicio, empieza a ser ya algo positivo.



## CON EL MEDICO

### Playa, montaña, mar y sierra

Por el Dr. FERNANDEZ-CUESTA

*No hay clínica, estación ni mudanza atmosférica que, siendo perjudicial a unos, no resulte favorable a otros.*

Interesante tema de divulgación es el problema que se plantea en las familias, llegada la época de elegir lugar climatológico apropiado a las verdaderas necesidades de los niños, en que pasar la jornada de verano. No es indiferente, ¡ni mucho menos!, esta elección, pues de la exactitud, relacionada con los principios fisiológicos o patológicos de los pequeños, el veraneo de las criaturas podrá resultar beneficioso, o, por el contrario, ser en absoluto perjudicial, si no se ha tenido antes en cuenta las condiciones del medio ambiente—húmedo, seco, de altura determinada, etc—, y, por tanto, con facilidad hallar sepultura cuando se ha ido a buscar, pleno de buen deseo, fuentes de vida y acopio de energías.

Este problema abarca por igual al niño sano como al enfermo; importante que se sepa esto, ya que la inquietante pregunta: «¿Doctor, adónde llevo al niño este verano?», se le hace al médico casi siempre cuando se trata de chiquillos delicados, de criaturas francamente taradas por el padecimiento, y, por el contrario, nadie o muy pocos se preocupan de hacerla si los niños no acusan inferioridad orgánica alguna. Lamentable equivocación, de la que pueden derivarse consecuencias que más tarde, cuando el mal alcanza las alturas de lo irremediable, se lloran sin consuelo y se pagan con intereses.

El niño, en el período de crecimiento que se encuentra, experimenta los naturales altibajos biológicos que aquél impone, según su especial cualidad temperamental. En apariencia sanos, ningún niño podrá escapar al influjo hereditario, a las anomalías de la crianza, a las variaciones del desarrollo, a las consecuencias de esas primeras enfermedades infantiles que casi siempre dejan huellas patológicas en su frágil organismo.

Ante esto, que no hará falta insistir mucho para comprender su verdadera importancia, no puede ser objetivo intrascendente la elección del lugar del veraneo, porque nunca podrá ser igual para la salud de los pequeños la orilla del mar, que excita el nervosismo; la cima de una montaña, que produce vértigo, o el balneario, que altera el metabolismo.

Esto si se trata, como vemos, de niños perfectamente sanos, sometidos, sin embargo, a las contingencias citadas, que, sin duda, han de influir en su natural desenvolvimiento. El peligro es, pues, el mismo para la fase de salud como para la época de enfermedad; lo mismo para el que no da señales aparentes de desequilibrio orgánico, como para el predispuesto al patologismo. El médico es, por tanto, el llamado a desentrañar la incógnita de ese difícil problema de elección, y el que mejor que nadie os podrá aconsejar, merced a ese conocimiento que tiene o puede adquirir del estado corporal de vuestros hijos.

—¿Qué más dará—dirán algunos—que llevemos al niño a la sierra o al mar, si tenemos al chiquillo más sano que una manzana!

Y el médico os responderá: «Precisamente por esas rápidas razones que antes hemos apuntado, tiene enorme trascendencia la elección del lugar donde se pretende que el niño recoja los beneficios que la naturaleza pródiga no regatea jamás, pero que serán apropiados a las necesidades de cada caso en particular si en la designación de ambiente climatológico preside el acierto que reclama el imprescindible equilibrio que forzosamente debe existir entre las aspiraciones fisiológicas y un razonado régimen de vida, o la relación precisa que se busca entre la afección o deficiencia orgánica y su tratamiento adecuado.»

Por esto—de tan enorme importancia—es por lo que tanto interesa la exacta respuesta a una interrogante que debe



faltar aun en el caso afortunado de que tengáis sanos, fuertes y alegres a vuestros pequeños.

Y veréis por qué.

Es lógico y comprensible que nadie piense en las enfermedades cuando se trata de niños libres de predisposiciones y especiales tendencias a padecimientos del aparato respiratorio, de los nervios o del sistema óseo. Nadie podrá imaginarse que puede tener importancia un determinado punto geográfico para permanencia veraniega, si el color de la faz de los chiquillos refleja un estado de perfección orgánica envidiable. Pocos podrán sospechar que un niño sano precise ese cuidado que nosotros reclamamos aquí, y menos suponer que el médico exagera su celo profesional. No. En los chicos sanos hay que buscar el contraste climático, para que se encuentren en condiciones de triunfar de las influencias regionales.

Así, y precisamente por esto, si el niño vive de manera habitual en la costa, después de una serie de baños de mar—12 ó 15—, previa exposición—cuidada y dosificada—al sol, debe enviarse al interior, preferentemente a un lugar elevado, donde el aire seco, exento de partículas y agentes patológicos ejerce un poder o estímulo sobre la piel, sistema nervioso y la nutrición.

Por el contrario, si la residencia habitual del niño es en el interior, apartado de toda influencia marítima, se le enviará a la playa, sometiéndole por espacio de un mes a la acción combinada de los baños de mar y los rayos solares sobre el cuerpo desnudo.

La acción tónica de los baños de mar es específica del crecimiento; tal afirmación, expuesta por Brochard, testimonia la necesidad del clima heliomarítimo para favorecer el desarrollo normal y oponerse al anormal, propio de los estados escrofulosos y raquíticos.

La convalecencia de afecciones infecciosas diferentes, las debilidades musculares, la astenia consecutiva a un rápido y precoz crecimiento, requieren el ambiente marítimo y la exposición solar. El raquitismo tiene, en este ambiente, un energético y activo remedio natural de curación.

En los estados escrofulosos, la acción curativa produce magníficos efectos. Puede decirse que es donde más rápidamente se aprecian sus admirables beneficios. Enfermitos rebeldes a los tratamientos internos, que se eternizan en los hospitales, a pesar de los cuidados que puedan prodigárseles, curan de manera casi espontánea, sin medicación y sin médico, con sólo hacer una vida de playa. Cuando exista astenia, falta de apetito, anemia, debe darse al niño un baño diario de mar de corta duración para estimular la hemotopoyesis.

También ejerce decisiva influencia el medio marino en las manifestaciones cutáneas derivadas de los estados escrofulosos. Decimos esto, porque por mucho tiempo se ha sostenido la creencia de que dichas afecciones de la piel, en lugar de mejorar o curarse, se agravan con la estancia en el mar. Por nuestra parte, podemos decir que hemos encontrado el efecto curativo después de una larga permanencia en el medio marino, sobre todo si después de aquélla se lleva a los niños a un establecimiento balneoterápico de aguas minerales o sulfurosas.

En las alteraciones respiratorias—tos ferina, rinobronquitis, conatos asmáticos, vegetaciones adenódeas, adenopatía tráqueobronquial, etc., la crenoterapia (tratamiento por las aguas medicinales)—, produce opimos resultados como preparación para el posterior régimen marítimo.

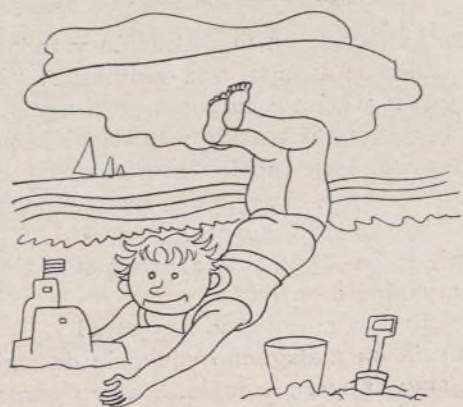
Por la acción beneficiosa del clima de altura en la tuberculosis pulmonar, la mayor parte de los sanatorios están instalados en la montaña. Aquí, los enfermos sin lesiones físicas profundas en los huesos, laringitis tuberculosas, etc., encontrarán unos resultados que no hubieran podido hallar en el ambiente marino.

En la montaña, sin polvo, sin contaminaciones atmosféricas, con un aire limpio y seco, los enfermitos tuberculosos podrán encontrar el remedio que precisan para combatir la dolencia que consume su débil organismo.

Excepción general de estos casos—prohibición de clima de altura—, los congestivos, los que sufren fiebres elevadas, los que padecen repetidas hemoptisis.

Y dicho lo que dicho está, como el esqueje que hemos plantado de tan rápida y vulgar manera no tenía más pretensión que fructificar en gran cruzada consejera, espera los resultados de su *palabrería* y *enmudece*.

Y eso gana quien haya hecho la merced de llegar hasta aquí.



## "CIUDAD" EN BARCELONA

Barcelona, ciudad moderna y antigua a la vez, pero pujante, orgullosa de su propio destino y eminentemente culta, no podía por menos de recibir calurosamente a una revista que, como CIUDAD, es el mejor exponente de lo nuevo y de la vida moderna de las ciudades, y en la que toda innovación, si tiene jerarquía, es acogida y puesta en evidencia.

Desde nuestro primer número hemos visto cómo aumentaba el número de ejemplares que se nos solicitaba de la más populosa ciudad española. Ya nuestras originales portadas fotográficas se estaban familiarizando con el paisaje urbano de las ramblas. Pero ahora, desde que se ha hecho cargo de nuestra venta en la ciudad catalana la Unión Distribuidora de Ediciones, CIUDAD ha cobrado una rápida e inmensa popularidad. Los magníficos quioscos que se ven a todo lo largo de las ramblas, y que le dan al clásico paseo barcelonés una fisonomía tan típica, aparecen totalmente cubiertos con nuestros ejemplares el mismo día de su aparición. Las ramblas son—ya lo ha señalado Blanco-Amor en las notas que sobre Barcelona publicara en estas mismas páginas—monopolizadoras de la cultura ciudadana. Al revés de lo que ocurre en el resto de las ciudades españolas, en las cuales el principal paseo sólo tiene un interés edilicio, o social, o figurinístico, pero siempre vacío, las ramblas de Barcelona, con sus numerosos quioscos, tan



policromamente adornados, son una cantera del saber en las que se encuentra desde la publicación ligera francesa o la última novela de Verona o de Dekobra hasta el reciente trabajo de Ludwig, de Spengler o de Maurois.

Y, en medio del fárrago de publicaciones y libros de toda naturaleza que se descubre en cada quiosco, CIUDAD ocupa siempre un lugar destacado, como se advierte en estas fotografías que nos ha enviado un corresponsal oficioso. Con legítima satisfacción destacamos este hecho, por lo que tiene de halagüeño y por la complacencia con que vemos que la venta de nuestra revista está confiada a manos hábiles y expertas en este menester.

Lo ocurrido con Barcelona no es más que una de las tantas manifestaciones de la favorable acogida que CIUDAD tiene en todo el interior del país. Nuestros representantes administrativos de provincias se esmeran en la difusión de nuestra revista, imprimiendo por su cuenta volantes que contienen un resumen del ejemplar de la semana. Y basta que incidentalmente tratemos un aspecto cualquiera de alguna ciudad del interior para que de inmediato recibamos la orden de duplicar nuestro envío ordinario. Así, hubimos de enviar dos remesas del último número a Salamanca, porque en él publicamos, junto a una fotografía de Unamuno y otra de la ciudad, la oda insigne de este último a la ciudad del Tormes.



## "CIUDAD" y la fiesta española

Federico Morena se ha encargado de nuestra sección de "Toros"

Y dice:

La revista CIUDAD—cuyo elogio no haré porque, lector, pudiera parecerle interesado, y porque, además, "esto, Inés, ello se alaba, no es menester alaballo"—me ha dispensado la confianza, que agradezco, de encargarme de la sección taurina.

CIUDAD, como española, acepta la fiesta brava. Pero CIUDAD persigue un generoso anhelo de depuración, de perfeccionamiento de todas las cosas. E identificado yo espiritualmente con ella, he de traer a estas columnas: de aquello que redunde en provecho y honra de la función de toros, lo más; de aquello que pueda ser utilizado en su desdoro y mengua, lo menos. Si alguna vez censuro, entiéndase que persigo únicamente la rectificación de algo que daña, o que puede dañar, a la fiesta.

La pluma o el lápiz de los más expertos y notables dibujantes, el fotograbado, limpio y espléndido, serán mis valiosos colaboradores. El éxito, pues, de esta sección se deberá a ellos más que a mí. Pero conste que procuraré



Una vista de la plaza nueva, que será inaugurada el próximo mes.

ponerme a su altura. Si lo consigo, CIUDAD será buscada afanosamente por todos los buenos aficionados.

Al juicio crítico, imparcial y justo en cuanto mi falibilidad lo consienta, acompañarán dibujos y fotografías sometidos a una previa y depurada selección. De este modo, CIUDAD se permitirá el lujo—lujo caro, evidentemente—de hacer a sus lectores el regalo magnífico de unos dibujos y fotografías que serán algo así como el resumen de todo lo bueno que se ejecute por esas plazas de la República a lo largo de la temporada, y que puedan servir a los aficionados como "punto de referencia" en sus debates de la "peña" taurina.

Nada más. Mi ejecutoria de crítico de toros de "gran circulación"—ya hemos convenido en que la modestia no es una virtud obligatoria—me releva de mayores explicaciones...

En el próximo número de CIUDAD deré comienzo a mi labor.

Un saludo cordial a los compañeros de crítica y a los aficionados.

FEDERICO MORENA.



# DE MÁLAGA A MADRID EN VEINTICUATRO HORAS

TEXTO Y DIBUJOS DE SANCHÁ

ESPECIAL PARA «CIUDAD»

Hemos de confesar con cierto rubor que el niño de cuyo nacimiento dábamos cuenta en nuestra última crónica era el autor de estas notas.

Es un poco ridículo a mis años hablar de mi niñez, pero, ¡qué le hemos de hacer!, yo también he sido niño. Olvidamos consignar la fecha exacta de “este acontecimiento”, que fué el 16 de agosto del año 1874. ¡Buen año! En ese mismo año nació Marconi, por ahí le anda Ramiro de Maeztu, y en el mismo 1874 nació el coñac Fundador, según reza en el barrilito de la etiqueta.

Así que ya son acontecimientos. Y puestos a hacer confesiones, no queremos dejar pasar ni un renglón más sin hablar de nuestra sorpresa por la acogida hecha por Víctor de la Serna y Blanco-Amor a este “nuevo” cronista. Francamente, cuando lo escrito no ha salido aún de las cuartillas, nos ha parecido que iba en la intimidad de una carta que nadie la habría de ver, pero al verlo impreso y en un periódico como CIUDAD, ¡de tal categoría!, hemos tenido miedo; mas ¡quién se vuelve atrás!, ya no tiene remedio.

¿Por qué se hace uno dibujante? Yo creo que cuando en la juventud se toma esta decisión, la primera intención que nos decide es la holgazanería.

La familia descubre la afición del niño en los libros de estudio, que están llenos de monigotes, porque no los lee, y vienen los suspensos.

—¡Nada!—dice la familia—, que este chico no tiene afición al estudio; en cambio, ¿si le viera usted dibujar?...—

—Pues mire usted—dice algún amigo de la casa—, déjele usted con su afición, ¿quién sabe lo que “puede salir”?...

Y el niño, que es un holgazán de siete suelas, ya no estudia más y está encantado el angelito, porque cree que dibujar no es más que divertirse. Enseguida dispensa la familia una liberalidad para el “artista”, que no disfrutan sus hermanos: (el dibujante no es nunca hijo único) y ya está lanzado “con sus cosas”... Veremos adónde llega.

La educación artística de Málaga deja mucho que desear. Unos años de dibujar del yeso durante muchas horas seguidas han dejado, sin embargo, una buena



Mirándonos los viajeros frente a frente, dan ganas de preguntarse qué hemos hecho de malo en la vida para vernos así.

preparación, pero es lo único hecho con eficacia. Madrid suena en los oídos del dibujante provinciano como la meca de todas las posibilidades; ya no encuentra ambiente en su pueblo natal, y con un cartapacio lleno de dibujos hace su primera salida.

## 1894. De Málaga a Madrid en veinticuatro horas

Ha sonado una campana: es el primer toque; faltan pocos minutos para arrancar el tren, esos minutos interminables de las despedidas en los que se agotan todas las vulgaridades: “Que escribas; faltan dos minutos...”, etc., etc.” La campana ha vuelto a sonar por segunda vez, y a la tercera va la vencida.

Ha silbado la máquina y el “monstruo de hierro” se ha puesto en marcha... Pañuelos que se agitan sin cesar... Vamos instalados en un vagón de la época, de tercera clase, con cuatro ruedas, suficientes para sos-

tenerse sobre los railes, pero no se garantiza la estabilidad: los ejes no encajan bien y así el coche se va hacia la derecha o hacia la izquierda, según el sentido de la curva. El vagón es de compartimentos estancos, sin comunicación con los otros; mirándonos los viajeros frente a frente, dan ganas de preguntarse qué hemos hecho de malo en la vida para vernos así; es como estar en un calabozo.

—¿Qué delito ha cometido usted, compañero de viaje, compañero de fatigas?

—Yo, ninguno.

—Pues yo tampoco y, sin embargo, aquí vamos en tercera.

—¿De qué quinta eres tú?—me pregunta de buenas a primeras el vecino que me ha correspondido en suerte.

—Yo no he entrado en quintas todavía—respondo.

Pero mi compañero no se amilana; está decidido a entablar conversación conmigo, y apartándose del rincón de la ventanilla, escribe con lápiz en la madera: “El que lea esto es un sinvergüenza...”, y me dice:

—Lee esto. (¡Bueno, era peor!, pero ¿a qué repetirlo?) Indudablemente no se ha equivocado de departamento mi compañero de viaje; es de tercera ciento por ciento. Yo contesto, sonriente, que no sé leer, y en vista de mi buen carácter abre unas alforjas, saca una botella de vino, limpia el gollete con la palma de la mano y me ofrece a beber en la botella.

—Anda, toma un trago.

—Gracias, no me gusta...

—¿Me lo vas a despreciar?

Me ha mirado de tal forma, que no hay más remedio que aceptar. ¡Menos mal que en esos tiempos la asepsia estaba lejos de preocupar a las gentes!

Todos somos ya amigos y se entablan las más extrañas conversaciones.

—No hay manera de que llueva, ¡con la falta que está haciendo el agua!

—¿Llueve poco en esta tierra?—pregunta un forastero.

—No crea usted; el año “pasao”, ¡“Josú”, el agua que cayó en Málaga!; en fin, con decirle a usted que estuvimos tres meses “seguíos” sin ver el “so”. “Na” más que los sábados, que salía una “mijita”.

—¿Cómo los sábados? ¿Y eso, por qué?

—Sí, hombre, eso ya se sabe. ¿Usted no le ha oído de “referí”?

“No hay sábado sin “so”,  
ni mocita sin “amó”.

El tren ha parado en una estación y todas las cabezas que caben se asoman a la ventanilla: “¿Qué estación es ésta? ¿Cuántos minutos para aquí?...” Ya ha surgido la tortilla, la tortilla a la española para campo y viaje, envuelta en papeles de periódicos, que pronto tapizan, grasientos, el suelo del vagón. Indígenas y forasteros charlan sin descanso.

—¿Qué, le ha “gustao” a usted esta tierra?—pregunta un vanidoso nativo.

—Sí, señor, ¡como que no hay otra!

Hablan de un malagueño conocido de ambos.

—No, sino es que sea malo..., ¡pero parece mentira que ese muchacho, siendo de Málaga, sea un “infeli”.



El desfiladero que ponía pavor a los viajeros novatos.

Ayuntamiento de Madrid



Mis simpáticos paisanos llevarían la vanidad de su nacimiento a ponérselo en las tarjetas:

PACO GARCIA  
Malagueño por la G. de D.  
Corredor de aceite.

Sin embargo, hay quien no admira a los andaluces tanto como ellos se merecen. No hace mucho apareció en "El Liberal" un anuncio que decía: "Señorita, buena presencia, desea protección de caballero formal. Absentarse andaluces." ¿Quién le habría inspirado ese anuncio absurdo? Algún malagueño, seguramente. Y porque viene a cuento, ahí va uno bastante viejo:

Salió de Málaga, solo en un vagón, un catalán, y en Pizarra subió otro viajero cargado de paquetes, alforjas y lios.

Si bajo el sol de España florecieron los grandes místicos, bajo las nieblas inglesas se crearon los grandes humoristas. Chesterton y Bernard Shaw, tan análogos y, sin embargo, tan radicalmente distintos, son arquetipos de este género literario tan gustoso y tan difícil, del que dijo Richepin que es como un extraño vinagre en el que siempre existe azúcar.

A Chesterton le ha vuelto ahora, después de una larga ausencia de muchos años, al darme cuenta de que, como a él mismo, me había ocurrido algo que no deja de ser, en cierto modo, tristemente gracioso. Chesterton escribió, como se sabe, un libro jugoso bajo la rúbrica general de *Ortodoxia*, respuesta aguda y desenvuelta a una incitación de Street sobre la necesidad de que definiera su teoría cósmica. Terminado su libro, Chesterton cae en la cuenta de que no ha hecho, en realidad, otra cosa que descubrir el cristianismo, o, como él dice, que ensayando alguna herejía por su cuenta, se encontró con la sorpresa de que su herejía era nada menos que la ortodoxia. Y haciendo finas burletas, muy graciosas, sobre el caso, es decir, riéndose con sana risa de su dramática situación de descubridor, escribe: «A menudo he soñado en escribir la historia de un piloto inglés que, habiendo calculado mal su derrotero, descubrió nada menos que la antigua Inglaterra, bajo la impresión de que era una ignorada isla del mar del Sur.» Y aun agrega: «Si este libro es una burla, lo es contra mí mismo; que yo soy ese hombre que, armado de todo su valor, descubrió un día lo que ya estaba descubierto hacía siglos.»

El libro, no obstante, no es una burla ni mucho menos, aun cuando en sus páginas se destaca siempre, con acentuado brillo de simpatía, la luz clara y humana de la sonrisa, dulcificadora de las cosas más serias y más abstrusas que se puedan decir.

Pero no es de esto, con ser tan atrayente, de lo que pretendo hablar ahora, sino de que todo ello se me ha reverdecido en el recuerdo al darme cuenta de que yo, al cabo de una quincena de años de haberle leído y como olvidado, acababa también de descubrir a Chesterton a través de la incurable amargura que se ahonda en mi corazón. He aquí cómo:

Examinando cuidadosamente el índice de mis desventuras personales, había llegado en los últimos tiempos a la conclusión de que, para ser justo, debía cargarlas tanto a la perversidad del alma corcovada que me las había girado como al egoísmo sistemático que tiene hincadas hondamente sus raíces biológicas en el subsuelo de la personalidad humana. Antes de que se consumara la tragedia de mi ruina espiritual, la intuición me decía siempre a grandes voces que yo estaba predestinado a ser víctima del desenfreno de un egoísmo incomparable y brutal. Así he de decirlo centenares de veces a quien le era menester, alarmado por su visible y creciente falta de abnegación y por el epicurismo práctico, esencialmente anticristiano, con que rehuía, a costa de todo, el más leve motivo de pena que pudiera traspasarla como una espada ardiente las entrañas del corazón. Pero, aun así, mis dolores, con ser tantos y tan amargos como inmerecidos, no excluían una cierta resignación íntima, que me daba fuerzas y alientos morales para soportarlos; porque yo sabía bien, por una parte, que no pueden pedirse ni esperarse grandes cosas, cosas elevadas, singulares abnegaciones de las almas de munición, de los espíritus vulgares y desalados; y, por otra parte, que existe siempre una zona moral en que el egoísmo, contraído a su noble finalidad, puede exhibir legítimas ejecutorias que lo engrandezcan. Ser egoísta es, en última instancia, defender enérgicamente la necesidad y el deber radicales de vivir, la posibilidad de tener acceso franco al cumplimiento de un destino que, desde un punto de vista moral, no puede ser alegremente dimitido. Pero sabía también que el egoísta ha de poder ofrecernos siempre un alegato que disculpe y haga valioso su egoísmo, para que, al propio tiempo, resulte justificado el sacrificio de que, en su defensa, se nos hace víctimas. Es decir, que, como Spencer opinaba, el egoísmo se explica y, en su caso, se legitima, en principio, por el signo que le imprime la existencia de un «interés» personal defendible. No interesa ahora, por tanto, si, como santo Tomás dijo, el desordenado amor de sí mismo es causa de todos los pecados, sino meramente subrayar que, buenas o malas, morales o inmorales, legítimas o ilegítimas, las acciones dictadas por el egoísmo se nos presentan como inseparables de aquel interés que las tife de inconfundible humanidad; porque tan propio y tan original es en el hombre el pecado como la virtud.

Egoísmo sin interés se nos presenta, por el contrario, como una repugnante aberración moral reveladora de la máxima perversidad, como una diabólica complacencia en el daño y en el exterminio ajenos, sin ninguna clase, ni ordenada ni abusiva, de beneficio propio. Comprendo que el egoísta me hiera, me mate, me expropie, me robe la felicidad, cometa conmigo los más extraordinarios desafueros, cuando de esta comisión se deduzcan para él aprovechamientos cuya naturaleza moral, de momento, no me interesa calificar. Pero lo que no comprendo ni concibo, aun teniéndolo teñido en sangre ante los ojos desorbitados, es el egoísmo sin interés, el «egoísmo desinteresado».

Al llegar a este punto de mis reflexiones íntimas fué cuando asomaron sobre las bardas de la conciencia el perfil y la

—Er caló que jase en esta tierra, compare—dijo el recién llegado.

—Usted es andaluz, ¿eh?—arguyó el catalán.

—No, ceñó, que no zoy andaluz...

—¡Ah, pues mire, ya es raro, eh; con ese acento!

—Que no, ceñó, que no zoy andaluz.

Pasaron las horas y, rendidos por el cansancio, hasta el andaluz había dejado de hablar. Pin, pan, pun... Todo el tren había pasado por encima de esas plataformas giratorias, sistema silencioso, que hay a la entrada de las estaciones y, acortando la marcha el tren, paró. Era Alcázar de San Juan. Un pregón retumbó debajo de la cubierta de cristales. «¡Tortas de Alcázar, cajitas de almendra superior, frascitos de anís del mono con su vasito, almohadas, se alquilan almo-

## IMAGINACIONES Y REALIDADES

# ENTORNO A CHESTERTON

Por HERMINIO R. DE NOVAL

ESPECIAL PARA «CIUDAD»

sonrisa burlona de Chesterton; el recuerdo, tantos años dormido, del piloto inglés descubridor de la antigua Inglaterra, bajo la impresión de que era una ignorada isla del mar del Sur. Porque es indudable que esto del egoísmo desinteresado, que mi dolor acaba de ponerme súbitamente, como un descubrimiento original, ante los ojos fatigados de llorar y de ver, estaba ya descubierto de largo tiempo. Pero, ¿dónde?, ¿por quién? ¿Acaso en Chesterton? Y a Chesterton me fui, con la cordial alegría de quien sale al encuentro de un viejo amigo que torna de lejanos países después de una dilatada y silenciosa ausencia.

Y en el capítulo V de su *Ortodoxia*—producto, como ya se sabe, de un frustrado propósito juvenil de aventura herética—Chesterton llega, con su imperturbable sonrisa de londinense de la mejor solera, a una serie de conclusiones aparentemente desconcertantes y, por descontado, sutiles. Una: que el hombre es, en cierta manera, una monstruosidad, inadaptable como tal al mundo, y que de la creencia en esta inadaptabilidad nace el optimismo inserto en las creencias del buen cristiano. Otra, complementaria de la anterior: que Dios, al hacer el mundo, más bien que un poema, había escrito un drama, un drama que había planeado como cosa perfecta, pero cuya representación quedaba confiada a los actores y directores humanos, quienes, desde luego, la destruyeron sin compasión. El cristianismo aparece, por tanto—en el sentido más respetuosamente alegórico—como el intento de la creación de una escuela de buenos actores capaces de representar con fidelidad y con arte el drama escrito por el Creador. Condición esencial para ello es renunciar a las dos posiciones extremas en que los hombres propenden a situarse ante el mundo: el pesimismo y el optimismo. Chesterton no sólo rechaza semejantes posiciones extremas, opuestas diametralmente, sino que declara falsa y, por tanto, inadmisibles una tercera actitud de máxima comodidad: la de aceptar resignadamente que en este mundo el bien y el mal aparezcan mezclados a toda hora. Nuestro humorista quiere, por el contrario, con recio ímpetu emergido de su ortodoxia, algo más difícil y más duro de lograr. Es, sin duda, lo mejor y lo más acertado decirlo con sus propias palabras:

«Mas, para nuestros titánicos empeños de fe y revolución, no es esta fría aceptación del mundo, a guisa de compromiso ineludible, lo que nos conviene, no; sino algo que nos permita odiarlo y amarlo cordialmente. No queremos que la alegría y el pesar se neutralicen mutuamente para producir un contentamiento agri dulce, sino que queremos un fiero deleite o un fiero descontento. Tenemos que considerar, a la vez, el universo como el castillo del ogro que ha de ser demolido y como la propia cabaña a que hemos de regresar todas las noches.»

Creo por mi cuenta, reservándome prudentemente un margen de temor a errar, que esta actitud es la que define el rasgo más característico del alma auténticamente católica y la que explica, por otra parte, multitud de hechos que no suelen ser bien comprendidos. Por ejemplo: odiar a un semejante hasta el punto de atormentarlo con los más extraordinarios rigores y de darle muerte, encaja en las posibilidades de todos los hombres. Las guerras de religión no han sido disentir de esta actitud gran cosa. Pero perseguir, atormentar, exterminar en nombre del amor, juzgo yo, siquiera de buena fe me equivoque, que es empresa reservada a la ortodoxia católica.

«No cabe duda, afirma Chesterton, que cualquier hombre es capaz de arreglárselas con el mundo; pero lo que queremos no es la energía bastante para arreglárselas con el mundo, sino la energía bastante para arreglar el mundo. ¿Se es capaz de odiarlo al punto de reformarlo, amándolo, sin embargo, al punto de juzgarlo digno de reforma? ¿Se es capaz de admirar su dosis colosal de bondad sin sentirse inclinado a probarlo? ¿O de considerar su dosis colosal de maldad sin sentirse desfallecer de desesperación? En fin, ¿se es capaz de ser a un tiempo mismo, no digamos ya pesimista y optimista, sino pesimista fanático y optimista fanático? ¿Se es pagano hasta morir por el mundo, siendo a la vez cristiano hasta morir por el mundo? ¿Y mantengo que en esta combinación

hadas...» Al que le habían tomado por andaluz despertó sobresaltado...

—¿Qué estación es ésta?—preguntó, asomándose a la ventanilla—. ¡Digo! ¡Si es Alcázar, si me iba a pasar!

Abrió la portezuela y empezó a echar bultos al andén, y ya de pie en tierra, antes de cerrar, exclamó, dirigiéndose al catalán:

—¡Oiga usted, oiga usted; que sí que zoy andaluz, pero que en viaje no me gusta darme importancia!...

Pero dejémonos de cuentos andaluces, que Despeñaperros se ha quedado ya muy atrás, y el amanecer en la Mancha, cuando el sol ha empezado a iluminar el horizonte en la llanura, nos ha dejado una huella de frontera en el alma.

el optimismo racional es quien fracasa, y quien triunfa es el optimista irracional. Sólo éste se declara dispuesto a anonadar todo el universo para el mayor bien del universo.»

Esta singular actitud que reclama del hombre la ortodoxia cristiana se presenta por eso, para Chesterton, como el rasgo más puro y más diferencial de su significación histórica. Su peculiaridad, como él dice, consiste en eso: en ser peculiar, en ofrecer la solución de un enigma y no la última verdad a que se llega tras una larga discusión. Lo característico, lo esencial del cristiano se nos presenta entonces como una permanente proyección del yo íntimo sobre el universo circundante, es decir, como el apremio ineludible, y de fuerza irrefragable, de salir de sí, cabalgando sobre un corcel cuya carne es mixtura de odios y de amores, para anonadar el universo tanto por odio como por amor a él.

Lo más anticristiano, por tanto, es encerrarse dentro de sí mismo y vivir al solo fulgor de la lámpara de las íntimas adoraciones, levantando un muralla—de tierra a cielo—que nos defienda y nos recate. Así se explica el odio, más bien que el desprecio, de Chesterton por los estoicos y, de modo muy singular, por la destacada figura de Marco Aurelio.

No me despierta interés, de momento, puntualizar y comprobar si es justa la diatriba de Chesterton contra Marco Aurelio, de quien no tengo, por otra parte, más que las noticias superficiales que pueden hallarse a mano en cualquier librito. Sospecho, no obstante, que al destacarlo de la línea de los últimos estoicos para concentrar sobre él todo el malhumor que en Chesterton despierta la doctrina de la Luz interior, la tesis de los moralistas introspectivos, ello obedece a que Antonio Marco Aurelio fué, como se sabe, el emperador romano que decretó la cuarta persecución contra los cristianos, olvidando la ayuda, milagrosa o no, que éstos, encuadrados en la legión Melitina, le habían prestado para decidir en su favor la lucha entablada frente a Estrigona contra los marcomanos, que lo tenían muy gravemente comprometido. No insisto en ello, ni siquiera me decido a abrir aquí un paréntesis de curiosidad para discernir si, como Allard dice en su *Historia de las persecuciones durante los primeros siglos*, los diecinueve años de su reinado fueron los más turbulentos que atravesó la Iglesia recién nacida. El estoicismo no me interesa ni me parece una visión apetecible del mundo. Pero sí me interesa concluir recordando lo que Chesterton dice sobre Marco Aurelio al destacarlo como prototipo del «egoísta desinteresado».

El egoísmo, como ya dije, se explica y se legitima, en principio, por el signo que le imprime la existencia de un interés. Egoísmo sin interés concomitante no es otra cosa que una aberración reveladora de perversidad, que busca complacencias en el sacrificio innecesario del prójimo, o un exponente del orgullo que traspasa como una daga el corazón del hombre. Es decir, el egoísmo, para no ser un extravío morboso y repelente, ha de tener siempre pronta y despierta la contestación a nuestro ineludible y legítimo «para qué». Marco Aurelio se le presenta a Chesterton como el más intolerable de los tipos humanos, que es el egoísta desinteresado. Y un egoísta desinteresado, dice, es un hombre que está lleno de orgullo, pero sin pasiones que lo justifiquen. Como carece del odio o del amor necesarios para emprender una vasta revolución moral, se entretiene en hacer juegos malabares con una serie de pequeñas cosas intrascendentes e inestables que disipan su incurable aburrimiento.

Marco Aurelio, en resumen, es el mal piloto que acaba por anclar la nave de su vivir, en vista de que no acierta con la indispensable pericia de alma para ensalzarla. El cristianismo, por el contrario, es la solución del dilema que los estoicos no podían resolver, o más bien, la demostración de que el supuesto dilema—pesimismo u optimismo—no era otra cosa que un artificio deleznable. Frente a este artificio se levanta lo que Chesterton llama la proposición radical de todo el teísmo cristiano, a saber: dividir a Dios del cosmos, en lugar de identificarlo con él; considera que Dios es creador en el mismo sentido en que es creador un artista; adherirse a la idea de que toda creación es separación y que el nacimiento es una partida tan solemne como la muerte. Esto permite al cristiano, y sólo a él, estar en paz con el universo y en abierta guerra con el mundo. Por donde se ve que eso de ser cristiano es una cosa formidable, algo mucho más serio que rezar y que lo que los cristianos de pan llevar suelen creer. El cristianismo es, por esencia, una milicia que no puede dormirse pacíficamente en sus tiendas. Cada cristiano ha de ser un guerrillero capaz de alegrarse y de indignarse sin degradación. Un hombre equivale, en el cristianismo, a una espada permanentemente blandida a impulsos del amor y del odio que destilan las entrañas de su corazón.

En resumen: lo que un cristiano no puede ser en ningún momento es, como Marco Aurelio, un egoísta desinteresado. Porque lo que el cristianismo impone a sus adeptos—y con esta feliz imagen de Chesterton cierro mi larga divagación dolorosa—es que se sientan realmente los supervivientes de un naufragio, la tripulación de un barco de oro que se ha ido a pique antes de los comienzos del mundo. La salvación es, por tanto, una obra de solidaridad, aun cuando, en ocasiones muy precisas y llenas de exigencias morales, pudiera convertirse en un egoísta ¡sálvese quien pueda!





## SEVILLA-NUEVA YORK

por CARLOS BORONAT

El gran Currito, «toacor» de guitarra de los buenos, emigró a los Estados Unidos, donde, según sus noticias, estaban en auge las cosas españolas. Sevilla ya no era la Sevilla de antaño. ¡Señor, si hasta las mujeres se aventuraban a pasar por la calle de las Sierpes sin miedo a los piropos que les dirigían desde los cafés. Ya no había ni humor ni gracia para gastarse un billete de los grandes en una juerga. Y Currito dejó su «Zeviya». ¡Cómo echaría de menos algunas de sus calles: tortuosas, de casas con rejas llenas de claveles, floridas celosías! También dejó a su vieja, pequeña, menuda, de rostro apergaminado, la cual no tiene al día tiempo para que su rostro marchito reciba la caricia tibia del agua, mas sí para ponerse en su ralo moño de plata una rosa fresca, fragante. Coquetería de mujer que no pasa con los años.

Si él pudiera actuar en uno de los muchos «music-halls» de Nueva York... Lo que lamentaba era no poder ser acompañado por un virtuoso del canto «jondo». Ante una «soleá», unas «granainas», unas tarantas o unos fandanguillos, que se quitase toda la música americana. Y si además hubiera sido posible ir también acompañado de una «bailaora»... Todo esto lo pensaba Currito cuando se disponía a dormir abajo, al lado de las bodegas, en el fondo del mismo buque.

Por fin, llegó Currito. Un antiguo compadre suyo le estaba esperando, y una vez cumplidas ciertas formalidades, Currito, con su traje de corto, el pantalón abotinado, las botas de chanclo negro y caña de color de avellana, el sombrero ancho y con la guitarra—dentro de la funda de bayeta verde—colgada del brazo, pisó por vez primera la ciudad de los rascacielos.

—¡Vaya edificios! ¿Verdad?—le decía a Currito su compadre en una jerga, mitad de andaluz y mitad de ese inglés que se habla en Norteamérica.

—Y desí que estas casas son artas—respondía Currito, todo quemado—. ¡Pero, compare!... ¿E que no se acuerda osté ya de esa torresilla que se llama la Girarda? Tan arta e, tan arta, que toos los días Zan Pedro dise a un angelito: «¡Niño, ve a vé qué hora e!» Y er angelote saca su cabesita dorá, escucha, y después de un rato vuerve: «Zeñó Pedro, en la Girarda acaban de dar las dose.» «¿Las dose?—dise er portero der sielo—, pue a comé.» Y toca la campana... ¡Compare!—añadió Currito—, hay que darse una güerta por Zeviya a ve la Torre der Oro, esa mosita que tie por erpejo las aguas der Guadarquivi.

El compadre llevó a Currito donde él tenía su residencia. Al observar que la habitación estaba dividida por un biombo, Currito preguntó: «¿Quién duerme ahí?» Al enterarse de que el compañero de alojamiento era una joven mecanógrafa, no mal parecida, exclamó:

—¡Compare de mi arma! ¿Osté cree que yo me voy a podé dormi zintiendo cómo una mujé ze quita primero un sapato, después el otro, después... ¡Vaya, que no!

—Pues te advierto, Currito, que aquí no se puede dar sin cumplirla palabra de casamiento a ninguna mujer. Ten cuidado con lo que dices.

—¿La dió mi pare a mi mare? ¿La dió mi agüelo a mi agüela?... ¡A ve zi cree que yo voy a resurtá la erspepsión de la familia!

Pero Currito, aquella noche, en cuanto cayó en la cama se quedó dormido, sin que el recuerdo de los zapatos de la mecanógrafa le turbara el reposo... Al día siguiente, nada más que levantarse, no muy temprano, se acordó de su costumbre sevillana: un chatito aquí, otro chatito allá...

—Aquí no hay chatos, Currito—le dijo el compadre. No había sido abolida aún la ley seca.

—¿E que toos los de aquí zon nariguos?—contestó Currito son sorna—. Ya zé que ezo de los chatiyos solamente e en Zeviya... ¡Ay, mi Zeviya!... Güeno, pos vamo a bebé servesa o vermú, con ezas gotitas tan amargas que le ponen.

—Aquí no hay ni cerveza ni vermú.  
—Pero... ¿qué ze bebe en este pueblo?  
—Agua.

—¿Ha dicho osté agua, compare?  
—He dicho agua, Currito.

—¡Mardita zea mi arma! ¿Pero qué delito he cometido yo pa está castigao a bebé agua a toas horas?... Er agua ez cozá que ze güele, y na; ze mira, y na, y ze toma uno un buchito, y «niná», «niná». Mi pare, que en santa gloria esté —y al decir esto, Currito se quitaba el ancho sombrero—, desía que el agua era güena pa boticarios y pa taberneros sinvergoneses. Pero... güeno, ezo del agua será una broma, ¿verdad, compare?

—No es broma, Currito.  
—¡Pero, zeñó! ¿Quién me va a obligá a mí a que beba agua?

—Pues bebe un vaso de leche.  
—¡A ve si hay formalidad, compare! ¡Que ya he echao hasta las muelas der juisio!

En este momento recordó lo primero que vieron sus ojos al llegar en el barco: la estatua de la Libertad.

—¡Compare!—dijo de pronto nuestro gran Currito—. Lléveme ante eza estatua que tie una lu en la mano.

—¿La estatua de la Libertad?—le respondió el compadre.  
—Zi, eza... ¡Home!... ¿No hay un himno dedicao a la Libertad?... Zi, aquer que dise... ¿Cómo dise, Currito?...

Fué inútil cuanto estuvo pensando para dar con el himno de Rouget de l'Isle. El compadre llevó a Currito a que viese a lo lejos la célebre estatua, y Currito, al verla, echándose el sombrero hacia la nuca, poniéndose en jarras y meneando la cabeza, empezó a gritar:

—¡Pero, zeñora!... ¿E qué presume osté?



## Jugadores y fulleros

Los norteamericanos, apasionados por todos los juegos, y más particularmente por aquellos en que predomina el azar, ofrecen un vasto campo de explotación a los jugadores profesionales, que, por su parte, sacan un buen provecho de ello. No es ésta la ocasión de dar aquí una explicación de la muerte misteriosa del famoso Arnoldo Rothstein, el más célebre de los jugadores, asesinado de un tiro en el corazón, el 4 de noviembre de 1928, en su departamento del hotel Central Park, en Nueva York. Pues bien: al día siguiente de su muerte, Rothstein habría ganado dos millones de dólares, gracias a sus felices apuestas sobre la victoria electoral del presidente Hoover... Abstracción hecha de esos dos millones, dejó, a pesar de todo, una fortuna enorme, de la cual unos siete millones de dólares estaban representados por el valor de los depósitos de cocaína en las dársenas de Nueva York. Jugador por temperamento, Rothstein se distinguió por su pasión de apostar. Para él todo era pretexto de apuestas. Jamás salió a la calle sin llevar consigo 25 ó 30.000 dólares, por si se le presentaba la ocasión de apostar sobre cualquiera cosa, no importaba cuándo ni dónde. Un día apostó que jugaría al billar durante 48 horas seguidas con rivales que se alternaran, y ganó su apuesta.

Otro famoso jugador norteamericano, John W. Gates, ganó de un solo golpe 15 millones de pesetas en el Derby, y otra vez tres millones a consecuencia de un concurso de palomas mensajeras. El mismo Gates, no obstante, sufrió

pérdidas considerables. Un día, o mejor, una noche, perdió 500.000 dólares, y pagó sin pestañear.

Uno de los más fieles lugartenientes del famoso Gates no es otro que William J. Fallon, célebre abogado defensor de los «gangsters», de los cuales es su providencia *in extremis*. Hombre de un talento inmenso, sabe hacer simpáticos a sus siniestros clientes, a quienes logra más de una vez hacer absolver. El abogado Fallon es un gran señor, para quien mil dólares tienen menos valor que una moneda de cinco céntimos a vuestros ojos o a los míos. Pródigo, es el rey de la vida nocturna de Broadway. Extraña figura la de este abogado sin par, jugador desenfrenado, de procedimientos discutibles, que aparece aureolado de una admiración sin límites y de una reprobación no menos justificada.

No hay que confundir esos grandes jugadores profesionales con los impostores que recurren a las cartas o a las ruletas con trampa. En cuanto a esos falsos jugadores, nada más instructivo que las confesiones de uno de ellos, el famoso Montague Noel Newton. En el ocaso de su carrera, este tahir se complace en desvelar una multitud de secretos profesionales y en rectificar ideas erróneas divulgadas en el público con respecto a ese género de filibusteros. Noel Newton niega, por ejemplo, que los jugadores fulleros, los verdaderos, los profesionales, traten de servirse de juegos de espejos que reflejen las cartas de su compañero de juego. ¿Cómo, en efecto, podría fundarse esta «industria» en un azar que se presenta o no se presenta y que, por otra parte, no tardaría en advertir la víctima? Es también errónea la creencia de la pitillera pulida y lisa que refleja el juego del «partenaire». Pueden presentarse casos aislados, semejantes, pero no son esos los verdaderos trucos del oficio, que es infinitamente más complicado. Se opera preferentemente con cartas marcadas imperceptiblemente para el profano. A menudo esas cartas ni siquiera están marcadas por el tahir, sino por la fábrica de donde salen esos juegos de cartas. Estudiando atentamente el revés de cada naipe, el jugador fullero termina por reconocerlas tan bien como si las tuviera al derecho. Pero el medio más seguro de los jugadores tramposos es tener un compinche que, colocado más o menos cerca de la víctima, revela su juego por medio de signos de inteligencia y de gestos convenidos.

Montague Noel Newton, as de ases, ejerció su arte peligroso a través del mundo entero y con raro éxito, como lo demuestra la partida empeñada con el maharajah sir Hari Singh, a quien le ganó 150.000 libras esterlinas, o sea unos siete millones de pesetas.

«Lo más difícil en el oficio—escribe Newton—no es descubrir un «gentleman» rico amante del juego, sino llevarlo a que él mismo os proponga tentar vuestra suerte. Jamás un jugador fullero debe tomar la iniciativa, porque puede hacerse sospechoso en cuanto comience su suerte más o menos insolente.»

Newton cuenta varios «trucos» empleados por él con éxito cuando trató de despojar un rico sin que éste llegase a sospechar. Así procedió, por ejemplo, con un riquísimo coleccionista español, que tenía la manía de las viejas estatuas chinas que representaban divinidades. Un día, Newton invitó al español a visitarle: quería enseñarle, como experto, una estatuilla que databa de la más remota antigüedad. El español aceptó la invitación y quedó extasiado ante el objeto de arte.

Desde entonces el coleccionista no dejó de suplicar a Newton que le cediese esta maravilla. Le ofreció un precio elevado. Newton rehusó. Luego, al ver la pena del español, terminó por ofrecerle la estatuilla ¡gratuitamente! El español juzgó que no podía aceptar un regalo de semejante valor. Entonces, sonriente, Newton propuso a su interlocutor que lo decidieran los dados. En cualquier caso, la estatuilla quedaría para el español, quien, si perdía, la pagaría al doble del precio ofrecido por el caballero. Este último aceptó, y la partida fué jugada. Perdió el español. Galantemente, Newton le ofreció una partida de desquite, que fué aceptada y también perdida por el español. Ya engranado en el juego, esta vez fué el español el que pidió un nuevo desquite. Una hora después, había perdido dos millones de pesetas, o sea cuarenta veces el precio de la estatuilla tan deseada.

Los dados de Newton estaban, naturalmente, cargados. Pues, a semejanza del ilustre físico inglés del siglo XVII, padre de la ley de gravitación, su molesto homónimo actual se prevale también de una ley, aunque, eso sí, poco recomendable: «Nunca hay que jugar, dice, con dados que no hayan sido previamente cargados.»

Este principio de los tahures cuenta algunas deliciosas anécdotas de jugadores fulleros que no se conocían y que, de improviso, se descubren en la misma mesa de juego de algún casino o en el salón de algún paquebote transatlántico. Apenas se advierten recíprocamente, no se hacen la competencia ni entran en lid entre sí, sino que se establece de inmediato un acuerdo tácito para repartirse el campo de acción y las utilidades que obtengan.

"Dagens Nyheter", S t o k o l m o

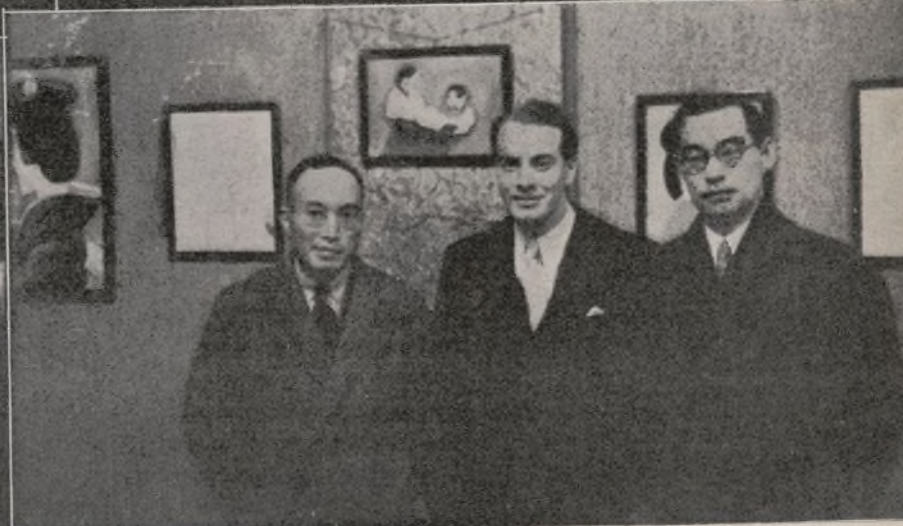
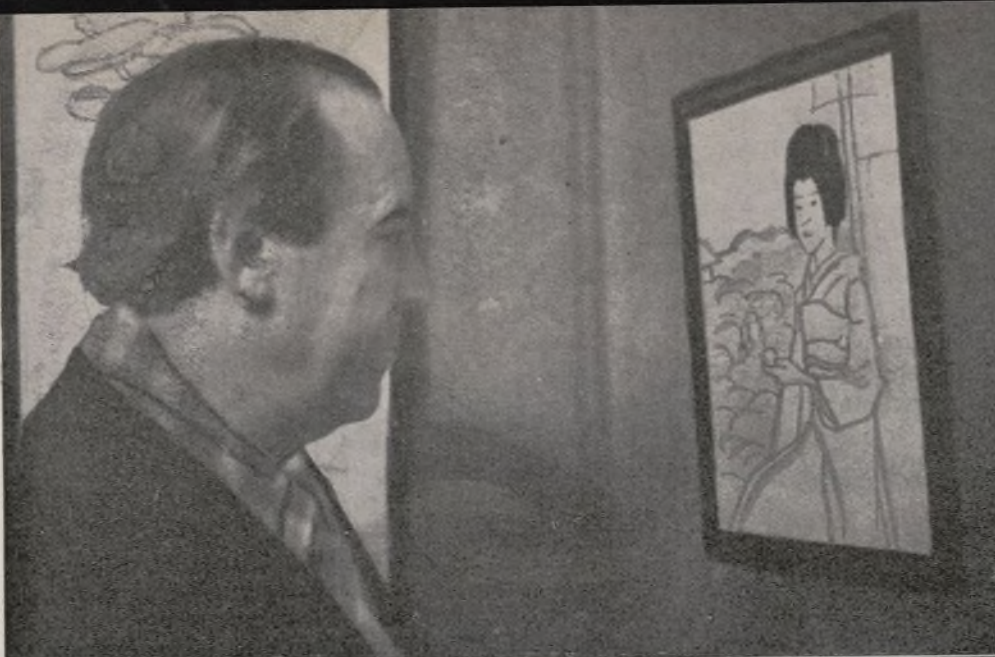


Nuestro colaborador, el célebre Sancha, contemplando una de las bellas estampas japonesas de "Billiken".

Muñiz Lavalle acompañado del Secretario de la Legación de China Sr. A. Hoo Che Shy y su distinguida señora esposa.

Un grupo de concurrentes a la inauguración: nuestro colaborador, el gran artista valenciano Gori Muñoz; nuestro Director, D. Víctor de la Serna; Muñiz Lavalle; el representante del poderoso periódico argentino "La Prensa", y el primer Secretario de la Embajada argentina, D. Guillermo de Achaval.

"Billiken" acompañado del señor J. Watanabe, agregado de la Legación del Japón, y de otro funcionario de la Representación diplomática japonesa en España, con quienes tuvo oportunidad de conversar en japonés, recordando sus buenos días de Tokio.



## EXPOSICION "BILLIKEN" EN BELLAS ARTES

Unas pocas palabras solamente. El tema nos es abundante y el sujeto tan entrañable, que hablamos de él con un rubor de inmodestia, pues Ramón Muñiz Lavalle es tanto de esta casa, que es quizás su trozo mejor. Hablemos, pues, sofrenando el elogio y en procura de una objetividad tan distanciada como le sea posible a nuestro afecto.

Apuntemos, en tono un poco cruel de desquite, que Muñiz Lavalle, escritor de anchos horizontes y dibujante voraz, ligado a la mejor prensa argentina y con un año de residencia en España, hubiese pasado por la "metrópoli de Hispanoamérica" sin pena ni gloria, sin que nadie hubiese tomado nota de su paso como otros muchos. Madrid no tiene tiempo más que para mirarse a sí mismo. A los causahabientes de un presunto "imperialismo hispánico" totalmente enmohecido y faisantón, les es suficiente con echar unas peroratas el 12 de octubre, merodear la bien pagada colaboración de los periódicos de ultramar, procurarse algún pingüe curso de conferencias por allá y hablar, durante el año, de "las Américas" con el vago tono fabuloso y ausente de sí a la isla de Taprobana se refiriesen. Pero cuando llega la hora de la verdadera amistad, de la ayuda abnegada, del compañerismo vigente, del descubrimiento sentido de nuevos valores de aquellos pueblos fraternos y de su revelación aquí, entonces cada uno de los albaceas del presunto imperialismo carroña se mete en su concha, bien cerrado de valvas, y espera a que el buen hispanoamericano—que aprendió en la escuela de su país a llamar a España "la Madre Patria"—se aburra y vuelva a su país sentimentalmente estafado y dispuesto a sentirse cada día menos cómplice de la entelequia de "los comunes destinos" y del "conjunto civilizatorio y de los pueblos de un mismo idioma". Y esto lo digo yo, que soy español de nación y de vocación, y que lo he continuado siendo en media vida que pasé en la Argentina. Me da bastante vergüenza, pero hay que decirlo, y tenemos que ser nosotros quienes lo digamos, ver si esto tiene arreglo todavía.

Ramón Muñiz Lavalle hubiese pasado por España como el agua por el cauce liso de un canal, si CIUDAD, en buena parte obra suya, no lo hubiese remansado en el blanco meandro de sus páginas. Señalemos la excepción de Manuel Abril, que le dedicó cariñosas verdades de su pluma en "Blanco y Negro".

Ahí está Ramón en los muros de Bellas Artes. Júzguelo quien tenga tiempo y oficio. Unas estampas musculosas, calientes, ricas de pasta humana, de espaldas a la preocupación intelectual, y a las recetas estéticas, "a priori": modernas, por lo tanto, pero modernas como unos pantalones, como un aeroplano o como un giro de la conversación. Como esas cosas que devienen modernas ellas solas, sin saberse por qué, obedeciendo a un fluir cro-

nológico totalmente descascarado de premisas y almanaques. Muñiz Lavalle viajó por todo el mundo, pero no para ilustrarse, ni siquiera para ilustrar, sino para eso, para viajar; para obedecer al mismo empujón del espíritu que le lleva a jugar al "rugby" o a escribir sobre política internacional. Y esas láminas son su cuaderno de bitácora en el mismo grado que lo son los "goles" de Tokio o el conflicto de la Manchuria. Y por ello tienen la misma presencia elástica, deportiva, alegre de movimientos nacidos sin esfuerzo ni encajinados a estas o aquellas consecuencias, sino nacidos para nacer y nada más.

Esta vitalidad, sobre todo en un medio aherrojado y pacato como el nuestro, es su mérito y presencia más estimables. Mérito y presencia esencialmente americanos. La creación sin hipócritas ceños transcendentales, sin gargajeo doctoral y gotoso, sin que caiga de los labios el silbeteo del último "bleu", en mangas de camisa—de camisa limpia—y sin esperar que se les llame genios. No importa qué: Una locomotora, una ciudad, un nuevo modelo de guantes o unas páginas que atraerán los honores y los cuartos del premio Nobel: Lo importante es crear y no darle demasiada importancia a lo hecho—ya muerto, por lo tanto—, sino a lo gerundio, a lo ir haciendo... América es eso.

Claro está, la técnica es lo de menos, porque es implícito, para el americano, hurgarle al oficio todos sus intrínquilos antes de ponerse a hacer. Saber lo que se va a hacer no importa tanto como el saber de qué manera se va a hacer. La técnica de Muñiz Lavalle es cosa perfectamente domada. Su obra se apropia del espectador directamente, del tema al ojo, del cuadro a la atención, precisamente porque la minucia de la realización está tan resuelta, que no es visible. Hasta el mismo coraje de los tonos, que no aspiran a lo decorativo habitual, resulta, por ende, decorativo en grado sumo. El pintor nos lleva su vértigo sin que lo sintamos, nos hace "suyos", nos atrapa y nos incorpora a su mundo plástico y emocional sin halagarnos, sin adularnos, sin abusar siquiera de la simpática artística, nacida en este caso de la claridad del lenguaje, de la despreocupación intelectual y de la sinceridad contagiosa con que este artista se nos presenta. En medio de tanto calabre, de tanta retórica o de tan inflada mediocridad, la muestra de Muñiz Lavalle es un descanso. No quiere decir más que lo que dice ni su obra se presta a torturadas traducciones. Unas estampas de un viaje por el mundo llenas de luz y de carácter, realizadas con mano segura, con un fino sentido del humor y eludiendo fáciles pintoresquismos. Trazo obediente y color rico. Nada más. Y nada menos.

E. B. A.



Apuntes de una romería vasca, publicados en el diario español "Informaciones", de Manila.

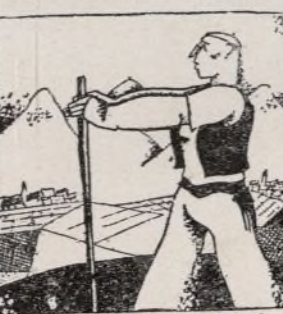
見「東」君「ケ」レビ  
物「京」の「ン」リ



Dibujo publicado en el "Tokyo Nichi-Nichi", en el Japón.



Ramón Muñiz Lavalle, "Billiken", visto por el dibujante filipino Esteban.



Dibujos aparecidos en "La Nación", de Buenos Aires.



Apunte publicado en el "China Daily News".

Antamamiento de Madrid



# LA GRAN ACTUALIDAD TAURINA



## Mañana llegará a España Lorenzo Garza, el torero excepcional

La máxima actualidad taurina la constituye en España, en los actuales momentos, el diestro Lorenzo Garza. Lorenzo Garza, que en la temporada anterior había aterrorizado, si vale la frase, al público madrileño, ha realizado en Méjico una campaña tremenda, fantástica, arrolladora.

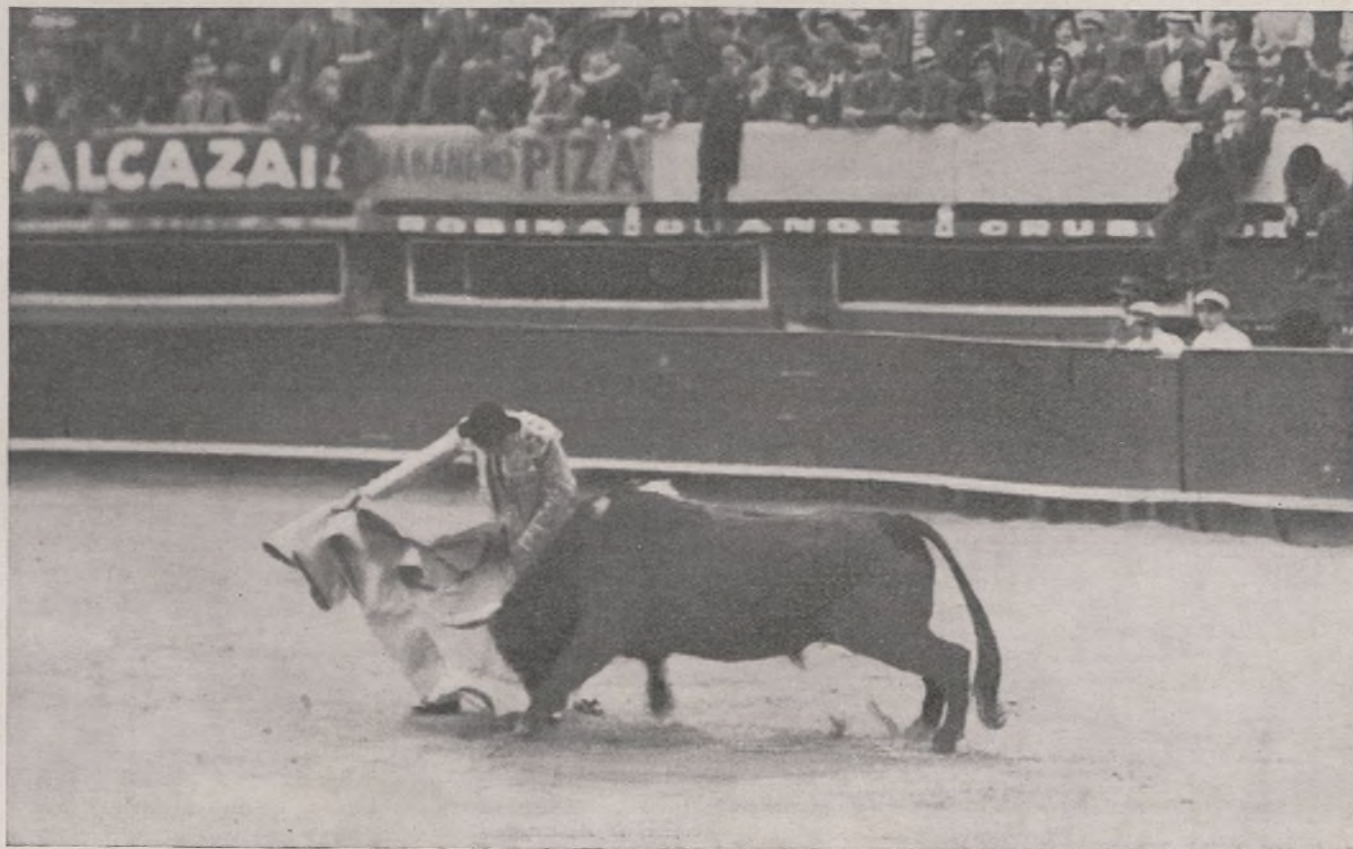
Allí como aquí, Lorenzo Garza ha sido el magnífico torero de la emoción, de la sinceridad taurina, de la verdad en el redondel. De la verdad en el redondel y en la taquilla, porque éste es otro de los grandes méritos de Garza: el de llenar las plazas al conjuro de su nombre.

Las grandes entradas registradas este año en la enorme plaza "El Toreo" de Méjico, han sido todas en las corridas en que Garza ha tomado parte.

Y Lorenzo Garza ha ganado en noble lid, y disputándosela a otros siete matadores, la "oreja de oro". Y otro día fué para él el escudo de la ciudad

de Méjico, que, como galardón, había ofrecido el Ayuntamiento al torero que mejor quedase. Y la empresa tuvo que anunciarle mano a mano con los más destacados toreros; y Lorenzo Garza, el torero maravilloso, que torea como "no se puede" torear, según los técnicos, los venció a todos, sobrepasó a todos y puso su nombre a una altura y a una cotización única en Méjico.

Otro tanto ocurrirá, sin duda, en España. En Madrid, por ejemplo, el día que se le anuncie, será algo asombroso lo que ocurrirá frente a las taquillas. Contratado en exclusiva por Eduardo Pagés, Lorenzo Garza tiene preparada una magnífica temporada, que empezará el domingo próximo en Castellón de la Plana, lidiando seis toros de Murube en unión de Rafael el Gallo y El Soldado, que tomará la alternativa.



Ayuntamiento de Madrid



# EL ESTRENO DE "DON ALVARO O LA FUERZA DEL SINO"

Por DIEGO SAN JOSE

(22 de marzo de 1835)

Año es este de 1935 que parece tener el privilegio de los centenarios parnasianos, siendo el más glorioso de todos ellos el tercero de la muerte de Lope de Vega, que, como es harto sabido, se celebrará—si los poderes públicos no lo impiden—el 27 de agosto. Algo, y aun algo nos vamos descuidando en los preparativos, y plegue al cielo que al llegar la fecha justa no lo hagamos tan pobre y desastrosamente como cuando el de Cervantes.

Otra fecha insigne, que, sin duda, Mallorca celebrará con el debido esplendor, es la del nacimiento de Raimundo Lulio, a cuyo homenaje habrá de unirse España entera; más cercano a nosotros está el del Romanticismo, que tiene su iniciación en nuestra patria con el estreno del famoso drama del duque de Rivas, cuyo título encabeza estas líneas, y al final del año, el de la fundación del Ateneo de Madrid, resurgimiento de aquel otro creado en 1820 y abolido por la reacción fernandina.

Traigamos hoy a cuento el de la obra inmortal del aristócrata-poeta.

Los destierros y las jornadas diplomáticas de don Angel Saavedra bien puede tenerse por cierto que fueron felices para las letras castellanas, aunque no lo fuesen para los intereses personales del prócer ingenio, el cual sufrió grandes quebrantos en su fortuna y anduvo con la vida en riesgo.

Segundón de la casa de Rivas, cuyo título llevaba desde el año de 1791 don Juan Martín de Saavedra y Ramírez, casado con doña María Ramírez de Baquedano, marquesa de Andía y de Villasinda, fué educado en la moruna ciudad de Córdoba, lugar de su nacimiento, con más esmero del que solía usarse con los que no tenían el privilegio de ser mayorazgos, los cuales, por lo general, solían ser destinados a la carrera eclesiástica.

Aunque a lo que parece no era el joven don Angel un portento de aplicación en las aulas universitarias, las Artes y las Letras tuvieron en él un aventajado discípulo.

La pluma, el lápiz y el pincel—la primera sobre todo—comenzaron presto a dar muy sazonados frutos.

Muy joven aún, casi un niño, emprendió la carrera de las Armas. En la guerra de la Independencia llegó a hacer pinicos de héroe, según declaró en aquel bello romance, que escribió después de la desastrosa batalla de Ocaña, que comienza:

“Con once heridas mortales,  
hecha pedazos la espada...”

Los ratos de ocio que le dejaba el militar servicio, empleábalos en la devoción de las Musas y en hacer vida de buen galán, como gentil mozo que era.

Sus ideas liberales, mantenidas con todo el fuego de la juventud, alejáronle pronto de Madrid. En pleno poder absoluto fué condenado a muerte, y hubo de buscar la salvación en tierras extrañas, en donde el arte pictórico que había aprendido, más por lujo que por vocación verdadera, llegó a resolverle la vida haciendo retratos.

El teatro le subyugó desde que hizo los primeros ensayos literarios. Escribió dos dramas históricos, titulados, respectivamente, “Arias Gonzalo” y “Lanuzo”, y un sainete que denominó “El parador de Bailén”.

Las dos primeras obras citadas vienen a ser su profesión de fe en la escuela romántica, que por entonces empezaba a invadir con fuerza avasalladora el parnaso español.

La revolución francesa de 1830 sorprendióle en París, a tiempo que sus entusiasmos liberales se habían templado tanto, que estaba en completo desacuerdo con los planes de Torrijos y Mina para quebrantar las cadenas reaccionarias que oprimían a España. Lo mismo habíale acontecido a sus camaradas de emigración, Isturiz y Alcalá Galiano. Saavedra dió completamente de lado a la política y dedicó por entero sus entusiasmos a la Pintura y a la Poesía.

La epidemia cólica le obligó a dejar la capidad de Francia, recogiendo a Tours, donde acabó su poema “El moro expósito”, y escribió en prosa el “Don Alvaro”. Como viera muy lejana la fecha del estreno de esta obra en Madrid, y estuviese justamente encariñando con ella, procuró estrenarla en Francia, para lo cual confió su traducción a Alcalá Galiano, que dominaba el idioma francés con la misma soltura que el español.

La muerte de Fernando VII abrió las fronteras a los emigrados españoles, siendo don Angel uno de los pri-

meros en reintegrarse al suelo patrio, después de diez años y tres meses de forzada ausencia.

Era por el entonces presidente del Consejo de Ministros Martínez de la Rosa, y como por aquellos días hubiese fallecido el hermano mayor de don Angel, heredó éste el título de duque de Rivas, y como Grande de España, nombrado secretario del Estamento de Príncipes.

Las tareas parlamentarias le obligaron a dejar la literatura en segundo término. Entretanto el poco tiempo que las primeras le dejaban libres en corregir el “Don Alvaro”, en el que introdujo variaciones tan importantes como la de versificarle casi todo en poco más de quince días. Cuando la obra estuvo a su completa satisfacción, leyóla a la Compañía de Carlos Latorre, que actuaba en el teatro del Príncipe, e inmediatamente se puso en ensayo, encargándose de los principales papeles Carlos Latorre, Concepción Rodríguez, Jerónima Llorente y García Luna.

La noche del 22 de marzo de 1935 alzóse el telón del clásico coliseo, vergel de los inmarcesibles laureles de Lope, “Tirso” y Calderón, para dar paso a las terribles cuitas y tristes amores del indiano “Don Alvaro”.

El duque de Rivas, en el fondo de un palco, esperaba oculto entre deudos y amigos el inapelable fallo del público, que, aunque desde luego favorable, no correspondió, ni con mucho, al mérito del famoso drama.

“Don Alvaro”, como “Don Juan Tenorio”, no tuvo una entrada triunfal en el repertorio escénico de aquellos lejanos días. La misma grandeza de la obra contuvo un tanto el entusiasmo popular, que, por otra parte, no estaba acostumbrado a platos tan bien servidos, aunque más fuertes, si se quiere, se los tragaba desde hacía mucho tiempo, condimentados a la francesa. Fué necesario que sobre entrambas obras—verdaderas joyas del teatro romántico—pasara el tiempo y despertase la curiosidad de dos actores de tan romántico temperamento como Pedro Delgado y Rafael Calvo, para quienes parecían escritas las arrogancias de “Don Juan” y las desdichas de “Don Alvaro”.

## "Don Alvaro o la fuerza del sino"

### ESCENA VII

DON ALVARO, en cuerpo, con una jaquetilla de mangas perdidas sobre una rica chupa de mano, redecilla, calzón de ante, etcétera, entra por el balcón y se echa en brazos de DOÑA LEONOR.

DON ALVARO

(Con gran vehemencia.)

¡Angel consolador del alma mía!...  
¿Van ya los santos cielos  
a dar corona eterna a mis desvelos?...  
Me ahoga la alegría...  
¿Estamos abrazados  
Para no vernos nunca separados?...  
Antes, antes la muerte  
Que de ti separarme y que perderte.

DOÑA LEONOR

(Muy agitada.)

¡Don Alvaro!

DON ALVARO

Mi bien, mi Dios, mi todo.

¿Qué te agita y te turba de tal modo?  
¿Te turba el corazón ver que tu amante  
Se encuentra en este instante  
Más ufano que el sol?... ¡Prenda adorada!

DOÑA LEONOR

Es ya tan tarde...

DON ALVARO

¿Estabas enojada

Porque tardé en venir? De mi retardo  
No soy culpado, no, dulce señora.  
Hace más de una hora  
Que despechado aguardo  
Por esos rededores  
La ocasión de llegar, y ya temía  
Que de mi adversa estrella los rigores  
Hoy deshicieran la esperanza mía.  
Mas no, mi bien, mi gloria, mi consuelo;  
Protege nuestro amor el santo cielo,  
Y una carrera eterna de ventura,  
Próvido, a nuestras plantas asegura.  
El tiempo no perdamos.  
¿Está ya todo listo? Vamos, vamos.

CURRA

Si; bajo del balcón, Antonio, el guarda,  
Las maletas espera;  
Las echaré al momento.

(Va hacia el balcón.)

DOÑA LEONOR

(Resuelta.)

Curra, aguarda,

Detente... ¡Ay, Dios! ¿No fuera,  
Don Alvaro, mejor...?

DON ALVARO

¿Qué, encanto mío?...!

¿Por qué tiempo perder? La jaca torda,  
La que, cual dices tú, los campos borda,  
La que tanto te agrada

Por su obediencia y brío,  
Para ti está, mi dueña, enjaezada.  
Para Curra, el overo;  
Para mí, el alazán gallardo y fiero...  
¡Oh, loco estoy de amor y de alegría!  
En San Juan de Alfarache, preparado  
Todo, con gran secreto, lo he dejado.  
El sacerdote en el altar espera;  
Dios nos bendecirá desde su esfera,  
Y cuando el nuevo sol en el Oriente,  
Protector de mi estirpe soberana,  
Numen eterno en la región indiana,  
La regia pompa de su trono ostente,  
Monarca de luz, padre del día,  
Yo tu esposo seré; tú, esposa mía.

DOÑA LEONOR

Es tan tarde... ¡Don Alvaro!

DON ALVARO

(A Curra.)

Muchacha,

¿Qué te detiene ya? Corre, despacha;  
Por el balcón esas maletas, luego...

DOÑA LEONOR

(Fuera de sí.)

¡Curra, Curra, detente!

¡Don Alvaro!

DON ALVARO

¡¡Leonor!!

DOÑA LEONOR

¡Dejadlo os ruego

Para mañana!

DON ALVARO

¿Qué?

DOÑA LEONOR

Más fácilmente...

DON ALVARO

(Demudado y confuso.)

¿Qué es esto, qué, Leonor? ¿Te falta ahora  
Resolución?... ¡Ay, yo, desventurado!

DOÑA LEONOR

¡Don Alvaro! ¡Don Alvaro!

DON ALVARO

¡Señora!

DOÑA LEONOR

¡Ay! Me partís el alma...

DON ALVARO

Destrozado

Tengo yo el corazón... ¿Dónde está, dónde,  
Vuestro amor, vuestro firme juramento?  
Mal con vuestra palabra corresponde  
Tanta irresolución en tal momento.  
Tan súbita mudanza...  
No os conozco, Leonor. ¿Llévose el viento  
De mi delirio toda la esperanza?  
Sí, he cegado en el punto  
En que alboraba el más risueño día.  
Me sacarán difunto  
De aquí, cuando inmortal salir creía.  
Hechicera engañosa,  
¿La perspectiva hermosa  
Que falaz me ofreciste así deshaces?  
¡Pérfida! ¿Te complaces  
En levantarme al trono del Eterno  
Para después hundirme en el infierno?...  
¡Sólo me resta ya...!

DOÑA LEONOR

(Echándose en sus brazos.)

No, no; te adoro.

¡Don Alvaro!... ¡Mi bien!... Vamos, sí, vamos.

DON ALVARO

¡Oh, mi Leonor!...

CURRA

El tiempo no perdamos.

DON ALVARO

¡Mi encanto, mi tesoro!

(Doña Leonor, muy abatida, se apoya en el hombro de don Alvaro, con muestras de desmayarse.)

Mas ¿qué es esto? ¡Ay de mí! ¡Tu mano yerta!  
Me parece la mano de una muerta...  
Frio está tu semblante  
Como la losa de un sepulcro helado...

DOÑA LEONOR

¡Don Alvaro!

DON ALVARO

¡Leonor! (Pausa.) Fuerza bastante

Hay para todo en mí... ¡Desventurado!  
La conmoción conozco que te agita,  
Inocente Leonor. Dios no permita  
Que por debilidad en tal momento  
Sigas mis pasos y mi esposa seas.  
Renuncio a tu palabra y juramento;  
Hachas de muerte las nupciales teas  
fueran para los dos... Si no me amas  
Como yo te amo a ti... Si arrepentida...

DOÑA LEONOR

Mi dulce esposo, con el alma y vida  
Es tuya tu Leonor; mi dicha fundo  
En seguirte hasta el fin del mundo.  
Vamos; resuelta estoy, fijé mi suerte:  
Separarnos podrá sólo la muerte.  
(Va hacia el balcón, cuando, de repente, se oye ruido, ladridos  
y abrir y cerrar puertas.)





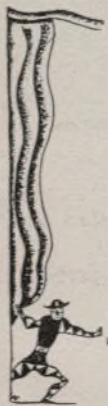
## Zacconi, el insigne actor italiano, vendrá a España en "tournée" de despedida

Ermate Zacconi, una de las figuras más justamente gloriosas del teatro mundial, encarnación eminente de la genialidad dramática interpretativa, que culminó en Rossi en las últimas décadas del pasado siglo, se prepara actualmente para venir a España en embajada espléndida de arte. La noticia, en esta hora de mediocridad, de flojería, de estupidez casi general en nuestros ámbitos escénicos, hora irritante de imperio de lo banal en todos los aspectos del arte dramático, merece echar al vuelo las campanas jubilosas de nuestro contento.

Zacconi, cargado de una gloria legítima, que le ofrendaron sin regateo los públicos europeos y americanos, emprende esta última cruzada de arte por el Viejo Continente en una noble reconquista de mirtos, que serán ilusión y aliento, añoranza dorada de un pasado encendido de fama en los días silenciosos de su retiro.

Viejo ya, el genial Zacconi ha decidido alejarse de las actividades escénicas, donde su vena dramática consiguió trofeos de entusiasmo. Y esta jira de despedida—que se extenderá después a América—va a dar comienzo en España. A primeros del próximo mayo llegará a Barcelona al frente de una compañía integrada por elementos de máximo prestigio, y allí dará un corto número de representaciones. Después, a mediados de mes, se presentará ante el público madrileño en el teatro Victoria, para marchar más tarde a otras poblaciones.

Desde nuestras columnas, abiertas de generosidad para todo intento de dignificación del teatro contemporáneo, damos un grito entusiasta de bienvenida al glorioso Zacconi, que nos hace el honor de recalar en España como estación primera de su viaje de despedida en una ruta última, donde marcará su ocaso el puntal más firme del arte dramático italiano.



## ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

—¿Qué pasa por Valencia?  
—El Turia (con permiso de Muñoz Seca).  
—Me refiero a noticias teatrales.  
—Pues que María Fernanda Ladrón de Guevara—separada, ¡al fin!, de su esposo—, sigue afirmando que el Sábado de Gloria debutará en el teatro Principal de la bella ciudad levantina.  
—¿Ah, sí?  
—Sí. Por su parte, Rafael Rivelles se ríe de esta afirmación de su ex esposa, y dice que quien debutará el Sábado de Gloria en el Principal es él al frente de su compañía, en la que figurará de primera actriz Eugenia Zúfoli.  
—Tendrán que llegar a un acuerdo, porque, de lo contrario, no lo entiendo.  
—Menos aún lo entenderá usted cuando le diga una cosa.  
—¿Qué cosa?

# TEATRO

P o r A L F R E D O M U N I Z

—Que quienes debutan el Sábado de Gloria en el teatro Principal de Valencia son Salvador Mora, Juan Espantaleón e Irene Barroso, al frente de sus huestes.  
—¿Seguro?  
—Se lo juro a usted por mi honor.

—Amparito Martí y Paco Pierrá tienen ya un hijito que les alegre las horas doradas de la intimidad.  
—¿Enhorabuena, venturosos padres!  
—Y ¡resignación!, Josefina Tapias, por este feliz acontecimiento, que viene a dejarla a usted sin puesto en la compañía.

—¿Estuvo usted en el estreno de «Morena clara»?  
—Sí, señor, estuve.  
—¿Y qué?  
—Pues que fiscales como ese que sale en la comedia no se encuentran más que en la imaginación de los señores Quintero y Guillén. ¡Caballeros, qué fiscal!  
—¿Y qué señora la señora Díaz?  
—¿Guapa, eh?  
—Guapa... y ansiosa. Dice que las ovaciones han de ser para ella exclusivamente. Ningún artista de su compañía se atreve a saludar en un mutis. Ella, sí; claro está que para eso es la primera actriz.  
—Pero eso fué la noche del estreno nada más.  
—Naturalmente, como que al siguiente día los críticos lo hubiesen dicho en sus reseñas..., que era lo que se trataba de evitar.

—Después de los días transcurridos sigo sin explicarme por qué les dieron un banquete a los señores Navarro y Torrado.  
—Y yo, compañero; pero mucho menos me explico todavía cómo la convocatoria del ágape-agapito, más bien iba firmada por D. Jacinto Benavente y alguna otra personalidad relevante del mundo de la escena.  
—¿Debilidades de los hombres geniales?  
—Será eso.

—¿Sabe usted que Antonio Vico pasará a actuar a otro teatro de Madrid?  
—Hace muy bien. En el Muñoz Seca no puede defenderse ninguna compañía.  
—¿Por pequeño?  
—Por pequeño y por las malas condiciones que impone la empresaria.  
—¿Malas ha dicho usted?  
—Sí, señor; malas he dicho..., y me quedé muy corto en el calificativo.

—Ea, pues ya terminaron «Los majos del Ferchel» en el Calderón.  
—¿Ah!, pero ¿terminaron?  
—Hace diez días justamente.  
—¡Vaya por Dios! ¡Y yo que pensaba ir a verlos mañana!

—Le doy a usted mi palabra de honor que al teatro María Isabel va muy poca gente.  
—¿No me diga! Entonces, eso de «¿Por qué te casas, Perico»?...  
—Es un pormenor matrimonial que no ha logrado interesar a nadie.

—El teatro de la Zarzuela inició una temporada de ópera.  
—Efectivamente, con una cantidad fabulosa de pesetas que ha aportado para el negocio el autor de la obra estrenada en primer lugar.  
—¿Un Mecenaz!  
—Un Mecenaz... que va a quemar en la aventura unos buenos miles de duros.  
—No importa; así se hace arte.

—Una pregunta: ¿le parece a usted que D. Enrique Borrás es un comediante glorioso?  
—Me parece que D. Enrique Borrás es un comediante... viejo. ¿De acuerdo?  
—De acuerdo.

## Cartelera madrileña

### Novedades escénicas más o menos relativas

CÓMICO: «MORENA CLARA».

Existen dos clases de teatro: uno, el que con valores poéticos, psicológicos, humanos o dramáticos, más o menos conseguidos, aspira a cooperar en esa obra generosa de educación de masas que es, o debería de ser, función exclusiva de la literatura dramática; otro, el que al margen de toda preocupación espiritual, huero de substancia inteligente y de pretensiones educativas, atento tan sólo a los resultados económicos y desnudo hasta el hueso de valores artísticos, busca el punto de apoyo de su razón de ser en la pobre aritmética de las liquidaciones abundantes en cifras extraordinarias. Para aquél, nuestro respeto, nuestro aliento o nuestra rendida estimación, según el relieve jerárquico de sus calidades. Para éste, por sistema, por asepsia espiritual, por principio ético de ansiosos de una humanidad limpia de taras mentales, nuestra condenación y nuestra repulsa.

A este segundo grupo—y ya es bastante doloroso tratándose de autores jóvenes—corresponde la obra estrenada recientemente en el teatro Cómico con el título de «Morena Clara», y, dicho sea en justicia, aplaudida calurosamente por el público la noche de su primera representación. Obra de Andalucía, de gitanos de Andalucía, y de gitanas, naturalmente, que no era cosa de hurtar a la señora Díaz la única posibilidad de actuación brillante que salpica el leve libro de su historia de actriz: el andalucismo; la gachonería flamenca—flamenca a flor de piel, sin complicaciones de psicología—; el ceceo en el hablar; la dramática caza de un «sex-appeal», extraído del constante parpadeo y del resbalar de las manos sobre las caderas, amplias y rotundas; arte limitado, en fin, por las empalizadas geográficas del regionalismo.

Obra de Andalucía, de gitanas y gitanos, repetimos, en la que los señores Quintero y Guillén—o Guillén y Quintero—juegan a todos los desatinos en el azar disparatado de un mundo creado por ellos con ese optimismo despistado de hombres que, antes de estrenarse «Morena clara», habían liquidado ya millón y pico de pesetas en la Sociedad de Autores. Todo en la obra se cimenta en bases de falsedad tan audaz, que, como consecuencia lógica—el único destello de lógica que hay en la comedia—, de esta apoyatura resulta un edificio sin ventanas, sin balcones, sin puertas; una especie de rascacielos, muy gracioso, eso, sí, pero donde imaginamos ahogados de pena a unos pobres seres vestidos de máscaras, en protesta apagada contra los que se gozaron en exhibirlos como fantoches ridículos de un tipismo, ¡ay!, que va siendo ya excesivo.

Carmen Díaz, en los primeros instantes de su intervención, cuando disimulaba bajo la fronda de seda de los volantes del vestido de gitana las líneas auténticas de su espléndido cuerpo de musa rubeniana, dió aires de acierto al personaje encarnado. Después..., la actriz se ve obligada a enfundar su figura en ropajes usuales, y su arte, por una razón natural de estética, pierde calidades de convicción. A pesar de este reparo, y como resumen justo de su actuación general, puede decirse que en ella sobresalió el tono agradable y discreto.

Rafaela Satorres, Salvador Canales—irreprochable en todo momento—y Simó Raso fueron, indudablemente, el triángulo más eminente de la gestión interpretativa.

MARTÍN: «LAS DE ARMAS TOMAR».

Paso (hijo) y Loygorri, dos distinguidos escritores en esta tarea, tan al margen de todo menester literario que se llama hacer revistas, son los autores, según afirmación contundente de las gaceticillas de pago de los periódicos, de la estrenada en Martín con el título, nada poético, por cierto, de «Las de armas tomar». Allá ellos con su responsabilidad. Y allá la Empresa con la suya, de mayor volu-

men que ninguna otra. Y allá, por último, el maestro Alonso, miembro de la Junta Nacional de Teatro Lírico y Dramático, que aportó—él sabrá por qué—las ilustraciones musicales a esta obra de la más burda albañilería teatral, sin arte, sin gracia y hasta sin picardía; larga hasta lo intolerable, y absurda hasta el disparate; tan larga, que fué necesario meter el lápiz con rigores de 50 por 100 antes de ofrecer al público la segunda representación.

Un engendro, en fin, de ordinarioz incalificable, del que no vale la pena hablar ni una palabra más. Hagamos punto, pues.

CERVANTES: «EL MAGO DEL BALÓN».

Don Antonio Paso—casi una gloria nacional del teatro contemporáneo!—había adquirido con Valeriano León—casi otra gloria del teatro actual en su aspecto interpretativo!—el compromiso de escribirle una comedia (?) para estrenarla durante su campaña del Cervantes. Y el señor Paso, atosigado por apremios reiterados, cogió un buen día la pluma—que para eso la tiene—, y de una sentada, ¡zas!, comedia hecha. Una vez terminada metió las cuartillas en un sobre, se encaminó al teatro Cervantes y le dijo a Valeriano: «Aquí está ya esto.»

Valeriano se puso muy contento; ensayó la obra y ¡zas!, la estrenó.

Ni el autor ni el actor tienen disculpa. El uno, por escribir comedias tan disparatadas; el otro, por representarlas; los dos, por delirio público de ataques al buen gusto.

«El mago del balón»—este es el título—no es otra cosa que un jugueteo viejo de cuarenta años, es decir, el mismo jugueteo que acreditó a su autor de comediógrafo gracioso allá en los días lejanos de sus primeros triunfos: situaciones de inocencia disparatada, frases y tipos perdidos, ¡ay!, en la noche de los tiempos; chistes cuya eficacia arrastró sus barbas por las madrugadas de Fornos, cuando nuestra magnífica Gran Vía paseaba su anunciación por la angosta y «acreditada» calle de Jacometrezo. Teatro, en fin, que debió caer entre los escombros de aquellas casuchas de la Red de San Luis, donde la piqueta europea produjo sus primeras víctimas entre el tipismo urbano de un Madrid ido en buena hora.

La obra, larga, aburrida y fatigosa, se deslizó entre la indiferencia glacial del público del estreno. Y, naturalmente, arrastró entre un oleaje de bostezos la eficacia interpretativa, que nadie tuvo la paciencia de controlar. Sin embargo, y para no dejar en ridículo a la costumbre, citemos a Aurora Redondo y a Valeriano León, como elementos más destacados del reparto.

COLISEUM: «TERESA DE JESÚS».

Lola Membrives, siguiendo la recta de sus propósitos en cuanto a planes artísticos, ha repuesto en el escenario del Coliseum las estampas poéticas de Eduardo Marquina, agrupadas bajo el título de «Teresa de Jesús».

Una vez más la eminente actriz tuvo ocasión de poner de manifiesto sus extraordinarias dotes de artista dramática y sus decididas inclinaciones profesionales, enfocadas hacia un teatro de tono digno y elevado.

Creadora inolvidable de la bella obra del poeta Marquina, Lola Membrives refrescó en nuestra memoria la excelencia de su escuela personalísima, y la justicia de las alabanzas que le fueron prodigadas unánimemente por el público y la crítica a raíz del estreno de «Teresa de Jesús».

La señora Membrives revalidó el triunfo que siempre le acompaña en sus jiras artísticas por nuestros escenarios, y recibió una vez más el aplauso cálido de un público que se le rinde constante e incondicionalmente.

Eduardo Marquina, que asistió a la reposición de su obra, compartió con los intérpretes los laureles de una jornada venturosa.







MAYO METHOT



WYNNE GIBSON

# la moda y el cine

FOTOS COLUMBIA CIFESA

MONA BARRIE

EVELYN KNAPP







## El "Rey de la Madera"

Don Tomás del Río es «el Rey de la madera». Vino a Manila cuando la revolución del 98. Natural de León, su juventud era madura; lo había hecho sobrio el paisaje de la maragatería, donde la tierra les enseña a los niños a mirar la vida con displicencia. De soldado arribó a Filipinas en los momentos álgidos de la lucha. Le destinaron con un pelotón a un pueblecito de las afueras de Manila. Fueron acuartelados en una capilla, donde resistieron dos semanas el fuego de los rebeldes. Faltaban alimentos, escaseaba el agua. Su compañero de brecha le pidió la caramañola. D. Tomás se dió vuelta para entregársela, cuando una bala se depositó en la frente de su camarada. Sus palabras fueron pocas; el soldado le dejó en herencia los botines y 15 pesos.

Terminada la guerra, a punto de embarcarse de vuelta las tropas, D. Tomás pidió la venia de su oficial para permanecer en Manila. El jefe le dió el permiso y unos pocos duros.

Con ese dinero comenzó su lucha por la vida el joven leonés hoy «Rey de la madera». Viajó por Cambodia, Siám, Japón, China. Traía ganado desde la Indochina a Filipinas; se asoció con un vasco, compraron un barco de infimo tonelaje y abrieron una nueva posibilidad al comercio mercante del Archipiélago. Hoy, D. Tomás del Río es naviero y tiene varios barcos de discreto tonelaje, que hacen el servicio a Palawan, la más apartada isla de Filipinas. El joven castellano tiene el pelo blanco, pero sigue trabajando con el mismo entusiasmo de los años mozos. La tierra ha bendecido su trabajo honesto y perseverante: un plantel de hijos sanos, despiertos y trabajadores; una única hija, de gran inteligencia y singular belleza. D. Tomás, asomado por sobre la borda de su barco, el «Don Juan O.», me señala con el brazo extendido la proximidad de un grupo de islas.

—Estaremos en la bahía para mediodía...



El barco avanza. Los mares del Sur permanecen en calma. Navegamos, sin embargo, en plena época de tifones, de los «bagios» que arrancan de la parte austral del Pacífico y avanzan hacia el Norte, arrasando cuanto encuentran a su paso.

Pocas horas más tarde nos hallamos a cubierto por una hermosa bahía. Una vez más el paisaje maravilloso de las islas de los mares del Sur se abre ante mis ojos con su exuberancia de palmeras, cocoteros, plantas; verdes claros, verdes oscuros, echando la sombra de sus troncos sobre la franja de arena de las playas y proyectando en las nubes y el cielo las ramas recortadas a tijera de las palmas. A un costado existe un pequeño muelle de madera. Detrás del mismo, un galpón de cinc; dos edificios pequeños. En toda la amplitud de las faldas de las colinas que cierran el paso de mis ojos, caseríos.

## La Isla del Dolor

Don Tomás del Río se me acerca y dice:

—Ya estamos en la Isla del Dolor...

Mi vista no da crédito. El paisaje es divino. Diría que el Paraíso no podría tener una representación más perfecta que la de aquel paisaje de sol y verdor, de cielo puro, de calma, de beatitud, con un mar cristalino y unas playas de fina arena, con sus humildes, pero agradables caseríos de palmas y troncos, y las masas de nubes destacando volúmenes tras los picos de las colinas circundantes.

Y estoy, ¡quién lo diría!, en la Isla del Dolor.

En este punto de tierra perdido en la inmensidad del Océano Pacífico, a pocas horas de Borneo, donde el sol parece tener su guarida, vengo a dar con el paisaje ideal y la tragedia irremediable.

La Isla del Dolor se menciona con espanto; en Manila, las ancianas se persignan al hablar de ella. La gente elude el mencionarla, y cuando las circunstancias obligan, hay un temblor de angustia en las frases que se emiten.

No es superstición ni fama literaria. No es leyenda oriental ni exageración de la gente humilde de Filipinas. La Isla del Dolor existe, como cruel ironía, tal vez en el grupo más hermoso de islas con que haya tropezado en mis viajes; está allí, aislada del mundo, con su terrible lastre humano de ocho mil muertos en vida, de ocho mil muertos vivos.

## Culión

Culión es el nombre que la geografía le ha otorgado, por sobre la popular denominación de la Isla del Dolor.

*El ojo viajero*  
*La isla de los*  
*muertos vivos*  
*por*  
*Ramón Muñoz Lavalle*

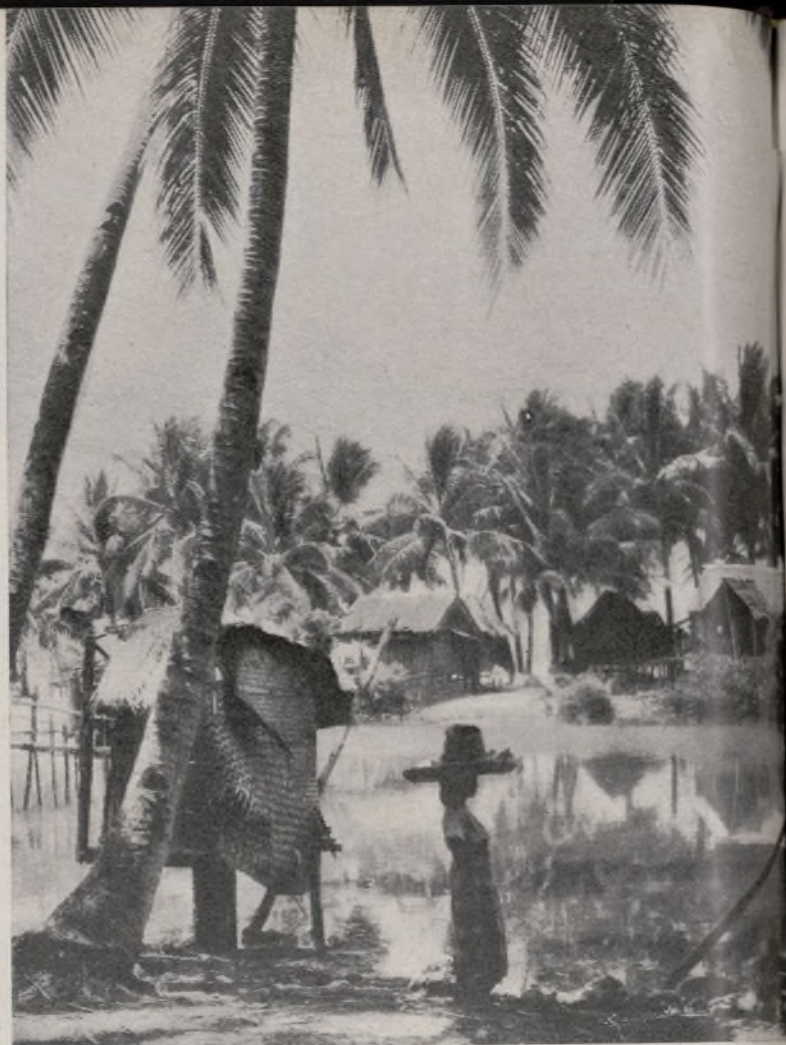
El «Don Juan O.» arrima su casco al muelle, mientras los ágiles marineros filipinos corren y saltan en los menesteres propios del atraque a puerto.

—Aquí viven—me dice D. Tomás del Río—ocho mil personas al margen de la vida. Quien entra en esta isla pierde toda esperanza de retornar al mundo de los vivos. Es un cementerio sin lápidas ni sepulcros, abierto, viviente. El que ha sido destinado a Culión debe resignarse a prolongar su vida en esta sociedad paria, sin vinculación con el ambiente que ha dejado, sin anhelos ni ambiciones. Es un predestinado sin posibilidades de rebeldía ni salvación.

Descendemos por las tablas tendidas al barco. Mis ojos tropiezan con temor en los rostros de los habitantes de Culión. Todos aparecen marcados. No llevan en la frente ningún estigma del deshonor ni la flor de lis ni ningún otro símbolo de su índole; lucen, empero, en las mejillas unas manchas negras, violáceas, que son la marca fatídica de su destino aparte, de su reclusión en Culión.

La Isla del Dolor, Culión, la isla de los muertos vivos, es el mayor leproario del mundo.

El terrible problema de la lepra asume en el Asia proporciones pavorosas. Poblaciones mal alimentadas, de higiene escasa, de promiscuidad animal, son víctimas fáciles del mal. El contacto, la ausencia total de normas de higiene, facilita la propagación de la enfermedad, y es así como en la China y la India se dan cifras horripilantes de más de un millón de atacados, cantidades que hay que multiplicar varias veces, según los cálculos científicos, para dar con el número más aproximado a la realidad de sus leprosos. Filipinas no es de las que menos tiene; pero alerta el Gobierno norteamericano a este cruento problema social, ha sabido instalar en una apartada isla del Pacífico el leproario modelo de Culión, el más grande, pero también el más eficaz en su lucha contra el mal, en sus afanes de mitigar la tragedia de ocho mil desamparados de la suerte que han ido a depositar sus vidas al



asilo de su clima con una resignación tanto más dolorosa por lo callada.

Pero Culión no es, en verdad, la Isla del Dolor, ni tampoco la isla de los muertos vivos. Este leproario merece tener en su entraña, como el de Santo Angelo, en San Pablo (Brasil), esta inscripción reconfortante: «Aquí renace la esperanza...»

En virtud de un núcleo de especialistas, de un grupo de jóvenes médicos consagrados con edificante amor al tratamiento de los enfermos, ésta debería llamarse más apropiadamente «La Isla de la Esperanza».

Sobre una colina se construye una capilla. Los enfermos trabajan afanosos en la terminación de las obras que dirige un arquitecto norteamericano que no ha tenido que quedarse a vivir entre ellos. Hay otras dos capillas, la protestante y la de «alipay» (1). La libertad de cultos es una hermosa realidad en esta singular isla del Pacífico.

—¿Y son devotos sinceros?—le pregunto al arquitecto.

—¡Es una esperanza más!—me contesta.

Una esperanza más para quienes viven en constante espera; otra ilusión, un paliativo para el ánimo decaído que aguarda entre rezo y rezo al milagro que nunca llega...

En mi paseo por la ciudad voy observando que ningún rostro está inmune a las manchas negras. Son los efectos de

(1) Alipay es un ex sacerdote que promovió un cisma en la religión católica de Filipinas, creando una nueva religión de índole nacionalista y más aproximada a los credos protestantes que al católico.





las inyecciones: están en todos, en los grandes y hasta en los pequeños.

Porque también hay niños en la Isla de Culión. Los veo salir corriendo, en bandadas, de las aulas de una escuela. Van todos marcados en sus mejillas, en esas mejillas que todos los demás niños enseñan sonrosadas. Caritas que no reciben en la noche el beso de la madre, niños que aún no conocen la tragedia imbatible que los mantendrá presos en la Isla del Dolor. Juegan, rien, nada saben aún del mal que sufren.

Y de los ojos del doctor que me acompaña, hombre ducho en dolores, viejo especialista de Culión, donde ha radicado su vida en un solo propósito de curar, caen dos lágrimas:

—¡Leprosos!... ¡Y mirelos usted!... ¡Apenas han comenzado a vivir!...

La vida en Culión está perfectamente organizada. Los habitantes se someten con emocionante mansedumbre al régimen impuesto. Nadie rechaza su destino, y todos saben que de su fiel acatamiento a las disposiciones y experiencias de los médicos tal vez pueda surgir la ansiada palabra final que evite la llegada de nuevos habitantes.

—Sólo hemos tenido un motín hace dos meses—me explica un practicante. La dirección de la Isla había prohibido el matrimonio entre los enfermos. Se buscaba con ello el evitar que vinieran al mundo seres injustamente condenados. Pero un atardecer, cuando las sombras bajaban hasta Culión, un contingente numerosísimo de enfermos penetró en el pabellón femenino, raptando a doscientas de ellas. Se habían puesto de acuerdo ellos y ellas para tal golpe: consideraban injusta la medida prohibitiva.

—¿Y luego?

—Ahora se les permite casarse.

—Pero subsiste, entonces, el grave problema de los hijos —agregué, dudoso.

—No—me contestó el practicante—. La lepra no es enfermedad hereditaria. Nuestros médicos han destruido con pacientes observaciones la falsa creencia de que el mal se transmite de padres a hijos. Nuestras teorías han consagrado esa grata nueva de que el mal no se hereda. Sólo ocurre que a veces la tardanza en retirar al niño del contacto con los padres puedan inculcar en éste el germen del mal. La lepra no es la enfermedad horrenda que la gente supone. Se puede detener su evolución; no es contagiosa mientras no haya existido un estrecho contacto, un roce prolongado de piel a piel. No es hereditaria, y, por diversas razones, es menos fatal que la tuberculosis. La gente se espanta, sin embargo, al solo nombre de la lepra... Expresiones de horror arrancan de los parientes al conocimiento de un atacado en la familia, pero todo eso es prejuicio, ignorancia contra la cual luchamos, contra la cual combate la ciencia en los leprosarios de Nagashima, en Japón; Carlville, en Estados Unidos; Kalhi y Molokai, en las Islas Hawai; Santo Angelo, en Brasil, y también en la famosa leprosería de Calcuta. Llegará el día en que probemos todas nuestras esperanzas; llegará el día en que en Culión el sol será más grato a todos y en que el puerto, que hoy día los enfermos ven como la puerta del otro mundo, será la entrada de su vuelta al hogar.

Abandona el sol la Isla del Dolor. Se enciende el cielo del Pacífico en rojo y tornasol; la puesta es soberbia. Ya me encuentro tranquilo. Al pavor de los primeros instantes le ha sucedido una plena confianza. Paseo entre los enfermos sin recelo ni angustias. Hay tan grande pasión de curar en los jóvenes doctores de Culión, que han sabido infundirme sus esperanzas y su desdén sobre el contagio; ya no rehuyo ni me alejo presuroso de los grupos de asilados. Entre con don Tomás del Río al pabellón de los niños sin padres, donde enfermeras solícitas atienden sus vidas en interrogante; son los hijos de los enfermos que se encuentran en observación, para precisar si son enteramente sanos o si poseen algún germen del mal. Desde los ventanales observo el barrio de los pescadores, situado en una bahía menor. Más cerca veo a unas mujeres alzar en vilo a unos pequeñuelos. Son madres, madres de Culión, en las cuales la enfermedad se encuentra detenida y que bajo la severa observación de los médicos pueden por un instante alzar sus hijos en los brazos.

Por una carretera cercana desfila mustiamente un grupo de personas. Dos mocetones delante y dos detrás llevan sobre cuatro palos un féretro de madera: es un habitante de Culión que ha fallecido antes que sobre la Isla amanezca un nuevo sol. Ese sol que aguardan entre promesas y frases cariñosas de los médicos todos los enfermos, y que les asegure, con la curación definitiva, el regreso al mundo de los vivos.

El «Don Juan O.» se alista para proseguir su viaje hacia otras islas de los mares del Sur. D. Tomás del Río me lleva a Panay, Brockspoint, Puerto Princesa, Iwahig, a sus cocales y a sus aserraderos de Palawan, que lo han consagrado en Manila como «el Rey de la madera». Abandonamos Culión. Desde lejos observo cómo se levanta para un nuevo día la población de la isla de los muertos vivos.



## SIGNARIO DE LA CIUDAD LA ESQUINA

Por CLEMENTE CIMORRA

ESPECIAL PARA «CIUDAD»

Dibuja el perfil de la calle, con su cartabón de sorpresas, medio abierta al abismo, distanciada de todos los caminos, llena de sombras y de duda.

La esquina es ángulo trascendental de la ciudad entera. Plataforma de la cita irrealizable, apretada de la paciencia de nuestros pasos, recorrida por todas nuestras miradas que la persignan de desesperación y de angustia.

Nos guarda en sus recodos escuetos un viento inesperado que bate incansable en sus aristas. Es escotillón de los encuentros más lejanos, la verdadera caja de sorpresas de la ciudad.

Es emocionante mendigar todas las esquinas. Frotar un viejo frío de esperanza en sus lomos duros. Se ha retorcido de cansancio el farol que la alumbra con un verde sucio y que tiene algo de joya marchita de la calle.

«En la esquina nos veremos.» Y en la esquina nos embozamos como en un terciopelo propicio para que no se nos advierta, y es maravilloso aguardar escondido la presencia ansiada que llega como despedida por la página de un libro. Ya se puede abandonar la esquina y dejarla apta para las entrevistas esquinadas, siempre aureoladas por la clandestinidad.

El pobre de la esquina. Es el más prócer y solemne de los mendigos, tallado en la piedra, encontrable siempre, cubierto de harapos venerables. Está en la medula de la calle, en el mismo quicio de la esquina, la mano tendida a todas las limosnas. Cuando desaparece de su sitio, la esquina ha sufrido una mutilación. Elige ese gesto huido de las aceras, porque es un estratega de la topografía urbana. Como esas pobres mujeres que afrontan la intemperie absoluta de la esquina para asir mejor las solapas de la calle.

La noche da a la esquina todo su prestigio de aventura.

Hay una consciencia inteligente y casi lírica en detenerse ante la fuga de la acera hacia un lado. Tendremos que tirar una serpentina de sondeo con el ojo más próximo, porque en la trinchera esquinada puede esperarnos, o el facón típico de la bronca, o la pistola gansteriana del atraco, o la mujer más leal junto al gabán del «otro».

Nadie ha intentado la biografía de las esquinas, tan pródigas de sugerencias, tan privilegiadas de emoción. «Le mataron al doblar una esquina.» «La encontró al volver de una esquina.»

La vulgaridad de nuestro día tranquilo puede soliviantarse al afrontar una esquina cualquiera. Nadie sabe jamás qué puede avizorar nuestro camino en esa desviación de la calle. Confundirnos de esquina significa cambiar nuestro destino. Por eso hay que conocerlas bien y hasta poseer un archivo de encrucijadas para ambientar, sin fracaso, nuestros lances.

Luces de todos los cigarrillos ilusionados han picoteado la esquina en una espera interminable. «Por esta esquina tiene que pasar.» Y en el bastidor oculto se aguarda el instante de la sorpresa máxima que dispara los ojos y petrifica la sonrisa. La sonrisa que hay que tener preparada como un antifaz de justificaciones.

Los amantes de esquina son más cautos y recelosos que ningunos otros, y han educado su complicidad en esa escuela de disimulo que es la esquina.

La calle tiene estos trampolines para favorecer nuestras fugas vergonzosas y divinas. Es una especie de mano amiga que liberta nuestro delito. «Se fueron por aquella esquina.» Y el hombre que conoce bien las trampas de la esquina no se atreve a violar un designio de misterio tan indescifrable.

Si no fuera por las esquinas, la vida de la ciudad caería de peligro, de miedo, de asesinato y de amor. Sería como si abriese todas las ventanas, como si desnudara todos sus muros, como si se quedase en cueros de sus lujos y de sus miserias.

Hay que atreverse a abordar las esquinas, a prodigarlas para que haya algo secreto y hermético que descifrar.

El rumbo de nuestros pasos depende de una esquina. Y es inútil querer seleccionarlas, porque nadie conoce en qué esquina, irremediamente, se ha de detener o acelerar su vida. ¡Pobre de aquel que no se decide a buscar su esquina!

Y en una esquina está detenido nuestro tiempo, sin que se atreva a moverse, sobrecogido en el temor del paisaje que puede existir al otro lado. Con una indecisión que le hace esperar, y esperar indeciso, acaso porque presente que esa es la finalidad de las esquinas.

Una vez elegido un camino, es terrible volver hacia atrás, pues la esquina no perdona jamás las traiciones, porque ya otros nos habrán substituido en la espera.

«Al volver de una esquina» nos encontramos un día lo que perseguimos tenaces, peregrinos de todas las esquinas de la ciudad, inconfesablemente deseosos de no hallar nunca nuestra esquina definitiva.

Hay la esquina de los adioses que no tienen remedio. Y nada más triste y decisivo que esa despedida prolongada por la cadena de las manos unidas. Basta sólo un instante, el segundo de colocar entre los dos el espinazo de la esquina, para quedarse solo para siempre.

## Del jardín del Paraíso al jardín zoológico

Por PHILEMON

Sir Ambrosio Fleming nos sale con éstas: De nuevo se convierte en el lobo malo para impedir que la caperucita roja de la evolución, seguida de sus dos cerditos—el geólogo y el biólogo—lleve su cesta de reconstituyentes a la abuelita Iglesia.

Declara que sus antepasados deben ser buscados en el jardín del Paraíso y no en el jardín zoológico. Hay que ver en ello una actitud valiente que amplía su crédito. La persona que cree advertir a sus antepasados en el zoo puede exclamar orgullosamente: «¿Qué ascensión la nuestra!» En tanto que si incluye a los antepasados del Paraíso no puede menos de considerar que hemos descendido bastante.

Creo, sin embargo, que sir Ambrosio y sus amigos no tienen ningún derecho al Paraíso en su calidad de condóminos con sus antepasados. En efecto, la raza humana no comenzó sino después que Adán y Eva fueron arrojados del Paraíso por el asunto aquel de la manzana.

Por otra parte, ¿en qué sentido pueden interesarnos nuestros antepasados? La pregunta, «¿Adónde vamos?», es más interesante que la otra, «¿De dónde venimos?» Importa menos nuestro origen que nuestro porvenir.

No me interesan mis antepasados, excepción hecha de mis padres y de mis abuelos, a quienes he conocido y querido. El resto de mi árbol genealógico me es indiferente; había probablemente en este árbol ramas muertas—criminales, asesinos, personajes repelentes—cuya influencia trató de evitar cotidianamente en mis cromosomas.

Si debo remontarme hasta el mono, no tengo más remedio que felicitar a este animal, por haber comenzado una generación de la cual soy yo un feliz término. ¡Fué gentil aquel mono que me llevaba potencialmente en sus flancos!

Siento, ciertamente, más respeto por mí mismo cuando pienso que soy un demonio que subo que cuando imagino que soy un ángel caído.

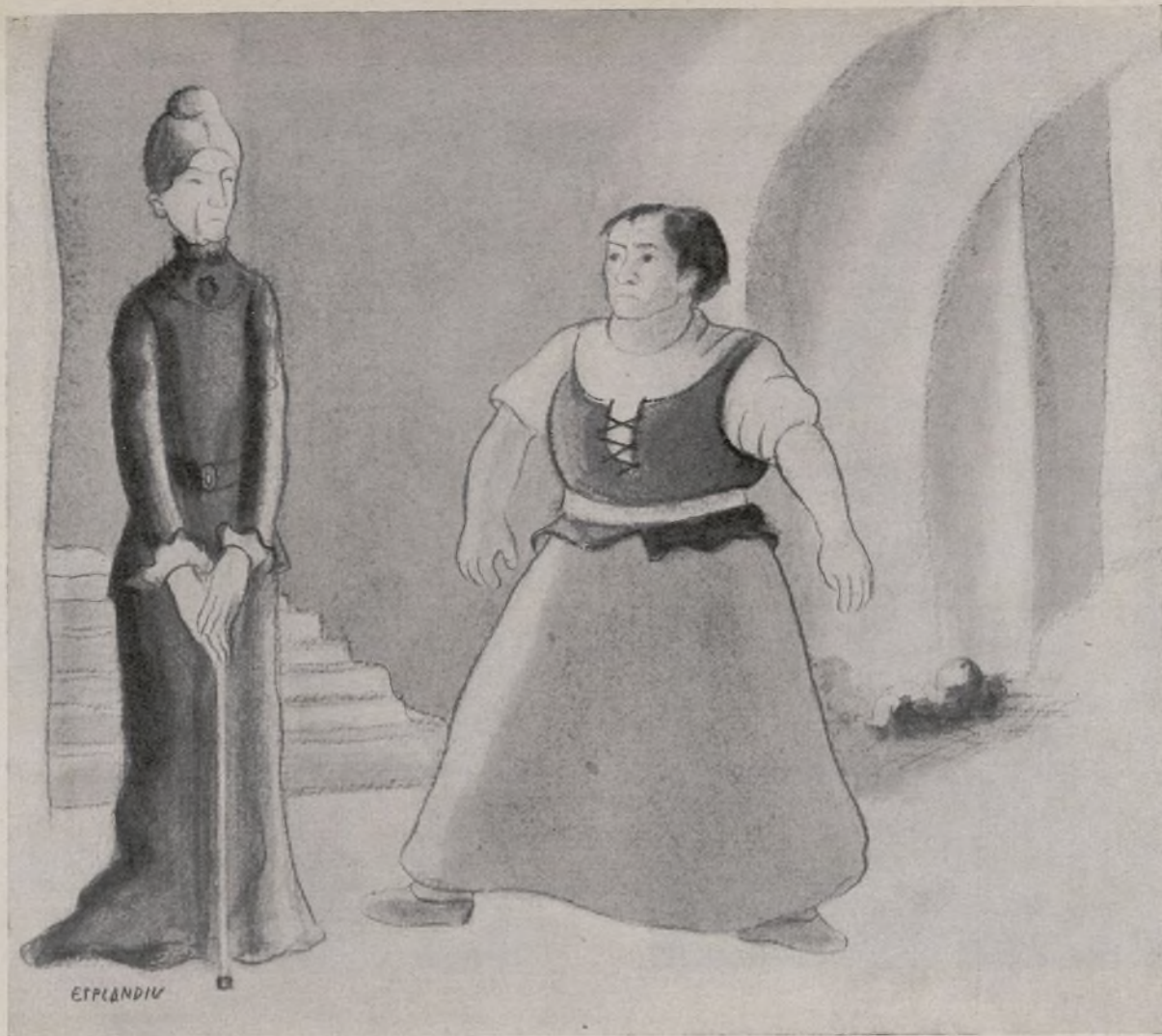
Miles de años han debido transcurrir desde que mi remoto antepasado saltaba entre los árboles. Cuando pienso cuánto tiempo ha empleado el Creador para ponerme a punto, siento un poco de orgullo mezclado de humildad.

Los hay que querían saber en qué momento preciso de la evolución el alma humana ha podido aparecer en nuestro sistema. Piden aclaraciones, fechas. La respuesta es simple: el alma estuvo en él en todo tiempo, y la liberación del alma humana había sido el fin de las aspiraciones mudas e inconsistentes de toda la creación, desde el comienzo.

Tal concepción me parece sublime. Sir Ambrosio Fleming la empujea al no remontarse más que a algunos miles de años atrás y al explicarlo todo por el efecto de un soplo mágico sobre una mezcla de tierra y de saliva divina.

(Star, Londres.)





# EL HEREDERO

POR  
J. DE LUCAS ACEVEDO

DIBUJO DE ESPLANDIÚ

Rara vez abandonaba doña Basilia la butaca en que yacía perenne junto al balcón, si no era para acechar, con morbosos anhelo tirano, al ama Virtudes y achacarle alguna falta en el copioso tráfago de sus cotidianas obligaciones.

La solitaria dama era el último vástago de la nobiliaria familia de los Guzmanes de Olarte, de amplio predominio histórico en la rancia nobleza feudal de la comarca. Había nacido sesenta años antes en el mismo vetusto palacio en que vivía. Su madre, dulce y frágil, como un lirio tronchado por el cierzo, murió al nacer ella. Así creció sin otro afecto que el del padre, hosco y severo, invadido de tristezas y achaques, cuyas caricias tenían la helada austeridad de aquel ambiente conventual.

Tratóse que su educación alcanzara altura y solidez; pero ni el sacerdote que la enseñara Gramática y Francés, ni el organista de San Joaquín, que la aleccionara en solfeo y piano, lograron otra cosa que pasar el tiempo y cobrar por su aburrimiento pingües mesadas.

No podía faltar en su día a la rica heredera el petimetre doctorado en Derecho, hijo del íntimo hacendado noble de la casa. Y llegó el desposorio para la melancólica niña, al cumplir sus veinte años, como la sucesión fortuita de las cosas, pero sin una emoción, sin una alegría, sin un sueño dorado, sin nada, en fin, que conmoviera su alma y trocara el rumbo monótono de su vida.

No muy tarde marido y padre dejáronla viuda y huérfana. Y así, deslizóse el tiempo, haciéndola vieja, enfureciendo su carácter, tornándole hosco y egoísta el corazón.

De este modo, sin deudos familiares ni amigos vivía sola, sumida en el frío torvo de su antiguo palacio siempre cerrado, como residencia monástica. Las maderas de su hilera de balcones que cubrían la fachada principal aparecían carcomidas y desvencijadas; y por los intersticios de sus muros verdegueaban vetas de musgo. La gravedad eclesiástica del edificio con aspecto ruinoso no era violada siquiera por el regocijo retozante de la chiquillería, que huía de allí con intuitiva repulsión hacia las vegas ubérrimas y el río espejeante.

Pero si al exterior la estampa del caserón era desolada, dentro, aun en medio del tenebroso abandono en que yacían, sabíase de la magnificencia de sus amplios salones de artesonados techos y paredes tendidas de damascos valiosos

donde suntuosos muebles, y cuadros notables, y artísticos bronce, y tapices espléndidos, acumulaban riquísimas bellezas de museo.

Sólo era hollada tanta triste quietud por una reducida servidumbre: Pascual, el hortelano y jardinero; el ama Virtudes, y dos mozas más: Norberta y Beatriz, que se ocupaban en los diversos menesteres cotidianos.

Y achacosa y malhumorada, tétrica y terrible, carcomida y enjuta, veía doña Basilia deslizarse sus días, perennemente ociosa en su sillón, cerca de la misma ventana de la fachada posterior, oteando la entrada y salida de sus sirvientes, y desde donde el brillo siniestro de sus ojos hundidos refulaba como aguda flecha en el remoto horizonte, sin una esperanza, sin un deseo, sin un anhelo...

Cuando doña Basilia hubo abandonado su sitio, fué por la galería abierta a la solana en amplios ventanales; y, al fondo, subió los cuatro peldaños carcomidos, que la dejaron en el comedor. Lo atravesó en la obscuridad, hasta alcanzar la estrecha escalera que conducía a los camaranchones. Fatigada, sin aliento casi, hizo alto en su torpe andar, perdida la aviesa mirada en las tinieblas. Allí parada, sostenida en el bastón, cauta y silente, parecía la sombra vagarosa del mal. Después, el morbosos afán de espiar a la vieja Virtudes le dió bríos, y logró el primer escalón. Pero entonces, súbitamente, algo imprevisto la inmovilizó más. Contuvo la respiración y aguzó el oído. En efecto, percibíanse unos gritos débiles, ahogados, allá en no sabía qué profundos resquicios. Su entereza desmayó al imaginar que hubieran asaltado ladrones la casa y que la servidumbre hubiese sido amordazada. Reprimió el impulso de gritar, y adoptó ocultarse allí cerca, tras una puerta, un cortinaje, un mueble...

Nuevamente sucediéronse los gritos, tenues, imprecisos, remotos... Cerró los ojos para aguzar mejor su oído. Finalmente, descifró que el agudo rumor prolongado era... era el llanto de un niño.

Cuando alcanzó el descansillo último quedó extinguido el eco que la guiara. Vaciló desorientada, sin saber proseguir, como si el camino de su anhelo fuese una senda en el desierto. A derecha e izquierda, extensos desvanes sugerían la idea de caverna tenebrosa; mas ella, doña Basilia, no cesaría hasta descifrar el enigma, que no era quimera vana de

sus sentidos, sino realidad inquietante y viva. Y, con decisión valiente, allá se aventuró.

No precisó hacer heroico su esfuerzo, porque a los pocos pasos, en un recodo a la derecha, a la opaca luz de una tronera, descubrió el hallazgo. En el suelo, sobre una colchoneta improvisada con paja, en la misma pobre humildad que el nacido en un pesebre de Belén, otro niño también aparecía allí, con rostro sonrosado y ricitos negrísimos, braceando compungido.

El asombro ante lo inaudito la paralizó. Y cuando, al cabo, pudo ahuyentar la impresión, la acometió instintivamente el furioso deseo de tomar en sus manos al monigote y arrojarlo por una ventana.

Pero unos pasos tras ella la contuvieron.

—¡Señora! ¡Señora!

Era la anciana Virtudes, que, intranquila por no hallarla en su sitio de siempre, anduviera toda la casa en su busca. Jadeante llegaba:

—¿Qué hace usted aquí, doña Basilia? ¿A qué ha subido?

Esta, en silencio, escrutándola a lo hondo, señaló el lugar en que el niño se hallaba.

—¡Ah!... ¿Qué es esto, Dios mío?

Y, aspaventera, llevóse las manos a la cabeza, queriendo expresar así su asombro.

—¿Tú no lo sabes?

—¿Yo, señora?

—¡Pues de las nubes no habrá caído!

—¡Vaya usted a saber!

Virtudes intentó explicar lo imposible: cosa de brujería..., algo impreciso y sobrenatural, que exacerbaba a su oyente. Y cuando cortó su discurso escuchó, horrorizada:

—Por si es algo de eso, hay que tirarlo por la ventana.

—¡Jesús!... ¡Qué espanto!...

—Haz lo que te mando. Así escarmentará quien quiso hacer burla de mí y de esta casa.

La pobre Virtudes, despavorida, aterrada, con los brazos abiertos y los ojos desorbitados, colocóse entre la mujer y el niño, como una muralla inexpugnable que hubiese de defender aquella tierna vida en peligro.

Pero no hizo falta por el momento, porque doña Basilia dijo:

—Bien. Si ahora no, mandaré esta noche echarlo al río...

Y salió, apoyada en su bastón, pasito a paso, bajando escalón tras escalón, como impulsada su sombra por el siniestro pensamiento.

Mas Virtudes, cuando la supo abajo, cerró de golpe la puerta del desván, dió las dos vueltas a la cerradura y guardóse la llave en lo hondo de la faltriquera.

Poco después, en la semiobscuridad de la cocina, junto al hogar llameante y tibio, hubo un cuchicheo prolongado y misterioso entre el ama vieja y las dos mozas jóvenes.

Conspiraban...

Pensaréis ahora, incrédulos, que es cosa de cuento. Pero, ya, ya... Pasad por el palacio, y veréis...

La puerta principal, de par en par; las fallebas de los balcones, descorridas; los salones, abiertos; el sol y el aire han conseguido, al cabo, colarse a sus anchas por aquellas paredes. Y la chiquillería pueblerina retoza y grita, confiada, en los alrededores. Hasta las golondrinas se arriesgaron este año a formar nidos en los aleros de sus tejados.

Y ello es que ha florecido la ternura en un corazón: en el corazón duro y egoísta de doña Basilia Guzmán de Olarte. El enviado del cielo, sin duda, cayó en un desván; pero luego, en vez de ir río abajo, como Moisés en el Nilo, esta mujer le acogió en su regazo, conmovida por una divina emoción.

Cuna de oro le mece; tenues sedas le envuelven; halagos le rodean, y cuidados le vigilan. ¡Es como el Príncipe de la Ilusión!

Y hay también, además del regazo de la señora, unos brazos juveniles que le toman para cantarle y dormirle a la luz de la luna.

Y cuando aquella voz canta, hay tal ansioso anhelo en el pecho, y tal dulzura celestial en el acento, que el pequenuelo parece sentirse feliz y dichoso como nunca... Es cuando la moza Beatriz, encendida en rubor, conmovida y trémula, acude a su llanto...

Y más cuando a hurtadillas, con su secreto en el fondo del alma, pone en los labios en flor del querube sus besos apasionados, tiernos, ansiosos...





## TIERRAS DE JAÉN

Por LUIS GONZALEZ LOPEZ

ESPECIAL PARA «CIUDAD»

Vamos andando, cansados, maltrechos, camino adelante. Solsticio de junio. Los caminos y veredas españoles son iguales en una y otra latitud: iguales el surco aldeaniero, la trocha franciscana, el sendero de pastores; reptan hacia las cumbres, descienden de los alcornoques y collados, se internan en las llanadas. Alma viajera, el caminante, el peatón, sigue su vagar del orto al véspero, con luz de alba, al encenderse la hoguera solar, tal vez cuando la noche se "enreda" en las viejas espadañas de los casales. Apenas si es turbado el silencio por el flechazo de un automóvil o por las pisadas de escuálido rocín, sobre el que cabalga, desde siglos, un labrantín de la paramera castellana. De ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo. "¡Arre, burro!" Queremos meter los ojos en los campos fértiles, en las lejanías. Siempre existe algo más allá de la monotonía circundante. Atrás quedan, a uno y otro lado del suelo nativo, la vegetación norteña, el prado astur, la montaña santanderina, las rías y pazos gallegos, las huertas y naranjales valencianos, el sequeal de Castilla, las pizarras de Extremadura. No hemos podido ver aún el olivo bético ni las serranías y cortijos andaluces.

Se comprende que Ceferino Sanjurjo, "poeta descriptivo"—según reza en la famosísima, archicelebrada novela de Palacio Valdés—, no pudiera reprimir un movimiento de alborozo al descubrir "el pueblecito de Vilchez, pintorescamente colgado entre dos montañas no muy lejos de la vía"; y que algunos viajeros de calidad—Gautier, Víctor Hugo, Merimée, Maupassant—llegaran a España, tramontando los Pirineos, y sintieran esta íntima avidez espiritual que nosotros, menos andariegos, sentimos ahora, proa al sur mediterráneo en nuestra pobre nave iluminada.

Al entrar por la puerta antigua de Andalucía, la brusca sacudida del paisaje bravo, la turbonada de luz en los campos de olivas, sacuden el hartazgo del migajón castellano: viñedos y viñedos en los que picotean urracas y alcotanes; las aspas de los viejos molinos condenados a inmovilidad en las pardas eminencias. Experimentamos un goce completamente inédito, porque, en súbita aparición, surge ante la vista, tras la tristeza panorámica de Castilla, la ingencia montañera de Despeñaperros; encinas y jarales, por entre los que huye el jabalí al acoso de la jauría; cortaduras trágicas que se precipitan sobre el abismo, en el que espejean las aguas de humildes regatos, y el recuerdo del bandido generoso en la guarida inaccesible.

Llegamos a la provincia de Jaén y se nos hace patente aquello de Ford en su libro "Gathings from Spain": "Sería más conveniente, en todo caso, al turista estudiar cada provincia aislada y analizarla en detalle, prosiguiendo las observaciones de sus particularidades, sus características sociales y naturales, o la idiosincrasia de cada región, en particular, que la dis-

tinga de sus vecinas." Variedades étnicas, geográficas, folklóricas; tipismo, anecdotario, historia. Cada provincia es evidente que tiene personalidad propia derivada de ésta. La diferenciación regional y provincial obedece, sin embargo, a un criterio restricto, a medidas en cierto modo convencionales tradicionalmente observadas.

Tierras de Jaén...

La leyenda de un lagarto, sierpe o dragón, aparecido en un venero antiquísimo del Cadiato. Aceitunas... y un cantar gracioso:

"Cogiendo la "asituna",  
gané un "bestio";  
me lo puse tres "veses":  
ya está "rompfo".

Tierras de Jaén...

Un ronquido característico, popular, sin expresión gramatical, un poco de piconero cordobés y galana jaenera. El Castillo de Santa Catalina. La cruz, índice de religiosidad. Vientos, frutas, campanas... Barrios morunos en los que vive la jornalera. La Catedral, joya del Renacimiento. Mujeres de belleza impar. Guardados en los archivos, cricones en los que se funda la historia de un pueblo entre andaluz y castellano.

Para nosotros, el alma de una ciudad tiene su más íntima expresión en el paisaje, "atribución exclusiva de un valor estético", "estado permanente de sensibilidad en lo accidental de las formas", "emancipación decidida de cualquier obscura consideración utilitaria". Y Jaén es todo un paisaje, un ancho campo de contemplación. Nos salva de la monotonía del "¡Arre, burro!"—tan dolorosamente observado por Eremburg en ese hiriente libro en que se llama a los andaluces "los actores cómicos de España", en "España, República de trabajadores"—, el deleite de estos olivares interminables. Vamos andando, y según abre la carretera en las montañas y los valles, en las huertas y cañadas, el paisaje se nos presenta con su belleza inencontrable, múltiple. Aquí está al alcance de nuestra mirada el prado asturiano; están los helechos y castaños, las colinas aterciopeladas; están la llanura manchega, los vergeles levantinos, la vegetación húmeda del Norte. Y sobre todas las diferencias de luz y color, tonalidades y matices..., el paisaje austero, clásico, de las olivas providentes, fecundas—"La Sultana del "Cantar de los Cantares", para encomiar al Esposo, requébrabale así: "Oleum effusum nomen tuum", ¡...y aceite derramado es tu nombre!—que parecen consejos de ancianos deliberantes, que ascienden de las lindes del camino a las cúpulas de la serranía.

Jaén: una ciudad que siempre tiene los brazos abiertos y el corazón en surco de humildad y de trabajo. Dicen que se entra en ella llorando... ¡y se sale llorando también!



## ¿Sufrimos una crisis económica o un atascamiento de riquezas?

Por ISAÍAS TABOAS

Presidente del Comité P. R. de Jornada

La crisis espantosa que sienten por igual todos los pueblos del mundo tiene que preocupar a quien tenga sensibilidad. Llevamos varios años estudiando el problema. Vamos a decir algo sobre él.

Hay crisis económica. Pero, ¿estamos seguros de que es crisis? ¿Se perdieron las cosechas? ¿No alumbró el Sol? ¿Le entró la polilla al dinero?

La realidad (no hemos de insistir en ello, porque es de todos conocida) nos indica que es todo lo contrario de las preguntas que acabamos de formular. No sólo no se perdió cosecha alguna, sino que, además, sobra de todo. Luego, ¿sufrimos una crisis o un atascamiento de riquezas?

Sin duda, lo último.

Nadie duda del origen de la crisis: el paro forzoso. Si entendemos lo que es un parado, ya habremos dado con la solución del problema.

Parado es un ser que no tiene trabajo, porque su esfuerzo para nada hace falta. No se necesita que labore en la producción de naranjas, ni de conservas, ni de café, ni... ¿a qué seguir? Ya dijimos que sobra abso-

lutamente de todo. Y es eso precisamente la misma crisis.

Se infiere, entonces, que el parado es un ser que no debe trabajar.

Tal es el triunfo que este discutido régimen capitalista, con sus imperfecciones, como toda obra humana, presenta a la faz de la tierra.

Repetimos: el parado no necesita trabajar. Agregamos: no causa el menor perjuicio con que no trabaje. Todos los perjuicios que ocasiona son por no consumir. Dénsele posibilidades de consumir, y ese gran triunfo del capitalismo, ya existente, pero oculto, se mostrará.

Para dar a todos posibilidades de consumir sólo hay dos caminos: o reducir las horas de trabajo para que todos tengan salario, o, si se mantienen las ocho horas, buscar en qué emplearlas.

Todo lo que sea apartarse de esas dos fórmulas es perder el tiempo.

Hasta ahora, los técnicos discurrieron sobre balanzas de pagos, valor de divisas, déficit presupuestario, etcétera.

Esas cuestiones son accesorias, sin valor alguno. Por eso los técnicos no sólo nada resuelven, sino que todo lo empeoran.

Ambas fórmulas: reducción de horas o buscar en qué emplearlas, son lógicas. Las practica el ilustre Presidente de los Estados Unidos, Mr. Roosevelt. Es el único estadista que merece la atención del mundo.

En España hay mucho que hacer. Faltan carreteras, ferrocarriles, escuelas, hospitales, embalses de agua, etcétera, etc.

Pongámonos a construir todo eso, de golpe, y nuestra crisis estará solucionada. España pasará a ser una de las naciones más ricas del mundo.

¿Dinero? Todas las naciones tuvieron siempre, tienen y tendrán, cuanto dinero les venga en gana. El dinero es el resguardo o común denominador de las riquezas. Mientras las riquezas existan...

El tener riquezas, como tienen hoy todas las naciones, y pasar necesidades por falta de dinero, es exactamente igual que tener una prenda de vestir o una herramienta cualquiera y no usarla...

Todo Estado que tiene riquezas (bienes materiales: edificios, productos agrícolas, industriales, etc.), y no sabe crear dinero para movilizarlas, es pobre de verdad, como si las riquezas no existieran. No usa la prenda de vestir ni la herramienta: no existen.

¿Por qué hay pueblos ricos y pueblos pobres en el mundo, en la misma posición geográfica, o sea con los mismos elementos naturales? Porque unos usan las riquezas, y otros, no.

¿Por qué España no es tan rica, proporcionada a su extensión, habitantes, etc., como Norteamérica? Porque los norteamericanos se echaron a lo rico. Las riquezas existían. Las usaron. Los españoles se echaron a lo pobre. Las riquezas las tenían. No las usaron. Fué y es lo mismo como si no existieran.

¿Petróleos? ¿Maquinaria? ¡No! ¡Cerebros!! Los norteamericanos eran ricos antes del uso del petróleo. En España tenemos materiales, ingenieros y obreros para hacer las mismas máquinas que hacen los norteamericanos.

¿Grandes cerebros? ¡No! Ponerse a ello solamente. Coger la prenda de vestir o la herramienta y usarla. Las riquezas las brinda gratuitamente la naturaleza.

¿Cómo aprovechar esas riquezas? Lanzando dinero a montones. Cuando el Estado pregunte: "¿Cómo he de dar dinero si no lo tengo?" Repliquémosle: "¿Cómo lo has de tener si no lo has dado?" La iniciativa en la circulación del dinero corresponde siempre al Estado. Todo el dinero que hay en el mundo fué dado o lanzado por los Estados. El Estado más rico, Norteamérica, por ejemplo, fué aquel que dió o lanzó más dinero.

Dos medios hay para lanzar dinero: el aumento de la circulación fiduciaria o los empréstitos. En España sobra dinero. Es preferible el empréstito.

Nadie se preocupe por las deudas de la nación. La de España, proporcionada a sus riquezas, es microscópica. ¿Qué pasaría si multiplicásemos por diez nuestra deuda? Tendríamos diez veces más ricos que hoy. Eso, ¿sería un mal o un bien? Sería un bien. Son ricas aquellas naciones que tienen mayor porcentaje de rentistas.

El dinero de los empréstitos, al circular, se multiplica y se paga a sí mismo.

Machaquemos en nuestras teorías. Por obra de la naturaleza, el hombre es inmensamente rico. Los progresos actuales lo enriquecen más. Basta saber desentendernos dentro de tanta riqueza. Para ello es indispensable la circulación de dinero a raudales, siguiendo la ruta de la naturaleza que da a raudales y sin tasa todo. Y no olvidemos que el dinero es un ingenioso artefacto inventado por el hombre para servirse de él a su antojo y paladar: nunca un dios monstruoso ante el cual deba ofrendar su vida la Humanidad.





Su vientre es como un plato; el hombro, mondo; la cadera, lironda; monda lironda, pura, fina curva...

## CUENTO DE HADOS POR ANTONIO PORRAS

Los hombres entraron. Habían hecho un largo viaje. O quizá no se movieron de sus sillas de junco. Pero entraron de vuelta, animosos y alegres, porque su totería nativa se había empapado, en el viaje, en eso que el supremo andaluz inventó para ceñirse al flanco la embestida de la muerte, a saber: la curva tangencial, que es siempre la mejor coraza.

Los señores *serios* les rodearon llenos de autoridad y Reales órdenes. Les hicieron muchas preguntas de esas suficientes que no tienen respuesta. Y las muchachas les miraban buscándoles instantáneas en los ojos. Ellos se dejaban contemplar con garbo, ¿eh?

En representación tácita de los demás señores avanzó a ellos el señor Presidente de la Gran Liga para la Definitiva Regeneración. Se cubría con una sonrisa protectora; a su retaguardia, sus leales; y más atrás, con un espacio entre la constelación viva de los ojos de las muchachas.

(El señor Presidente se yergue en capitán. Se cree el centro de la escena, y lo demás, su adorno. Se cree el depositario de la idea gobernadora madre, y lo demás, pamplinas. Es un punto de vista.

Pero los recién llegados, aunque él no lo conciba, tienen otro: no ven al señor Presidente sino desdibujado en primer plano y entre lo pardo de sus secuaces, porque los llegados miran más allá, al brillante puntillismo astronómico de los vivaces ojos. El señor Presidente es como una rama desenfocada en el primer término de una fotografía.

Menos mal que se ha salvado por decorativo.)

El señor Presidente habla:

—¡Ejem! Y bien, pollos, ¿cómo encuentran, a su regreso todo esto? ¡Ejem!—volvió a carraspear en coda altpolítico-pomposuficientísima.

Sus palabras y su carraspeo fueron como un tiro a una bandada de gorriones sin matar ninguno: vuelo y silencio súbitos.

El tiempo había formado como una charca espesa en su claro correr. La pregunta había parentesiado el discurrir. Todo adquirió un aire momio.

Allá suspiró una de las muchachas y acá respondió, al fin, uno de los llegados:

—Bien, bien; la gente sigue entreteniéndose en jugar... al tresillo.—Y suspiró, descansando.

El señor Presidente apagó, tendiendo un brazo, el amago de risa que floreció en el coro de muchachas al oír la respuesta; se retorció el bigote; se cardó suavemente la barba; se alzó sobre la punta de los pies y se dejó caer sobre los talones dos, tres veces, en gesto habitual y magnífico de retupir y asentar su alta suficiencia, y replicó:

—¿Es malo, pollo, el juego del tresillo?—y guiñó, pícaro, a su escolta.

El aludido, en un aprieto. Verdaderamente no sabía qué responder. Al cabo habló con tímida naturalidad:

—Por causa de un codillo reveló un cura el secreto—y se quedó como turulato.

En el coro de muchachas, los ojitos relucieron ávidos: ¿cuento?

El que habló sonríe. El señor Presidente carda su barba. Sus leales se menean.

El que habló cuenta el cuento, sin saber por qué:

—Jugaban tres curas al tresillo...

Tres curasal,

Tresi.

Tres.

Trestres.

Trescu,

Tresras.

Trescurasal

Tresi

llojugaban.

Uno de los jugadores dijo:

—Si me dais otro codillo revelo el secreto.

Y los otros dos le contestaron:

—¿Ehm?

—¡Que si me dais otro codilloooo, revelo el secreto!

Y los otros dos:

—¿Ehmm?

—¡Que si me dais otro ;;;codilloooooo!!!, lo revelo!

—¡Zas! ¡Codillo! ¡Ja, ja, ja! ¿Cuál es el secreto?

—¡Pues que no hay infierno!

El narrador sonríe vital y amable. Allá, entre ellas, y entre una clara nube multicolor, se alza una exclamación, llena de gracia:

—¡Jesús!

Ellos sonríen y avanzan flanqueando a los señores:

—Pues que lo haya.

Ellas y ellos rien, brincan; dientes blancos y apretados, labios que se abren jugosos, aire que se remueve y bate en las aspas cristalinas de la risa.

El señor Presidente de la Gran, probando a digerir la bola de billar, se da su habitual masaje en el abombado estómago, decorado con una cadena de dos ramales y un dije en medio de los dos arcos en pabellón. Luego, con suprema elegancia, prende sus pulgares en las sisas del chaleco y se retira, seguido de sus leales.

Al jardín regresan los colores y los pájaros.

En toda reunión de hombres y mujeres hay siempre, y.



Ayuntamiento de Madrid

En las azoteas de la ciudad en noche hay mujeres mudas, quietas, limpias, solas, silenciosas.



por lo menos, un El y una Ella. A veces, ni él ni ella se dan por enterados, hasta el punto de acrecer las es al tamaño mayúsculo. Pero eso no importa.

El mira. Ella se deja mirar. El dice tras una pausa:

—¡Eso de comer a lo avestruz, que no haberte visto nunca hasta ahora, eso de tragarse el amor de sopetón y entero, eso no lo haré yo nunca conmigo, nena!—le dice, mirándole bien mirada.

Y ella le contesta:

—Habrás querido decir contigo.

—Eso he dicho: conmigo. ¿No lo oíste?

—Tonto, retonto: al hablarme tú a mí, habrás querido decir conmigo, o sea contigo; esto es, conmigo—y su dedito índice, como un tallo del que va a salir ya mismito una flor, iba indicador señalando a él y a sí misma.

—¿Migo? ¿Tigo? ¡Ay, ay! la culpa del enredo la tuvo esa forma pronominal en *igo*—y cortando la risa que ella iba a ofrecer, él prosigue, rápido ya:

—¿Que no te comería yo así, así, nena?

Requilorios y caracoleos son antes necesarios, porque el amor es lujo. El hombre haga arabescos, círculos elegantes de radio cada vez corto, y ella fije la posición marcando el centro. Alta geometría del espacio es el amor desde este punto de vista; del espacio y espaciosos, porque el amor, que es lujo, requiere tiempo ocioso. También el arte y el filosofar. Séneca, el cordobés, supo hablar de esa magnífica poltronería.

El parlanchín se deja caer en un sillón:

—Siéntate aquí, a mi vera, y puesto que ello no se refiere en modo alguno a nosotros mismos, charlemos sobre esto del amor.

Ella, sentada, saca, burloncilla, la lengua.

—Guárdala, nena.

—Ella, por contrariar—una de las misiones de la mujer—la deja fuera.

El, rápido, le pasa un dedo por la lengüecita y vuelve a gusto la hoja de su libro.

Ella tendría ahora que hacer algo violento, y como suena música, le toma y pone en aptitud de baile. Es una solución.

—Y que eso está bien, mujercita. Y que el hablar ha estado en su punto. Bailar es darse en espectáculo y obliga, cuando se tiene un mínimo decoro, a un control de sí mismo, para no parecer mal. Oigame usted, señorita: un país de bailarines sería un ideal: el bien parecer mandando. ¡Fórmula de arte! Porque el ser en libertad es el reinado del hombre de las cavernas. ¡Cuántas cosas serían imposibles en un país de bailarines puros!

La ve ante sí parada y esperando, y añade:

—Por ejemplo, entronizar la cojera nativa. ¿Qué dices? ¡Ay, señorita! Perdóneme que ahora mismo no baile con usted, porque si bailara no me vería bailar contigo. Baile usted con otro para que yo te vea.

Ella, respedida del tú al usted, y viceversa, se evade tirándole a la nariz una bolita que sus manos—oh manos preciosas de mujer!—hicieron, sin darse cuenta, mientras la perorata, con una hojita de este árbol. Y se aleja.

Queda sentado el hombre. Divaga. Busca, floreador, espacios fértiles de ocio. Mariposo, se dice él a sí mismo.

Ella baila. Termina. Le mira y ríe y le burla. Da un brinquito. ¿Ha notado algo placentero al brincar, puesto que vuelve a hacerlo, y luego se queda, en punto seguido, quieta y como escuchante? ¿Ha notado, quizá, la tenue vibración de las manzanas firmes de su pecho?

¿Manzanas? ¡Oh, qué tópico de frutería maravillosa! ¡Ella! ¿No sería mejor decir naranjas? ¿De la China! ¿Y pechos? ¿Senos? Feas, feas palabras y falsas y sin precisión. Los clásicos lo decían con su nombre real; pero esas *tes*, como puntales, que entran en la palabra, son horribles e inaplicables en este caso. Eso le cuadra a lo brujo, péndulo, usado y libidinoso, pero no a lo que es todo gracia y luz, maravillosa nena.

Ella le hace un mohín y él continúa como si no la viera.

Y que no encuentro la palabra graciosa y precisa. ¡Ay, qué de pérdidas por falta de palabra! Son muchos, amigos, muchos, ¡ay!, los momentos bellos que no nacieron por tal causa, y muchos también los muertos o asesinados por nosotros cuando, desnudos y con gozo, se nos entregaron, y nosotros, asesinos, los vertimos con palabra fea de almacén. Los nonatos me duelen, pero cabe el mal consuelo de que no llegué a verlos. Por los otros lloro; se me aparecen en sueños; me miran sin encono; yo quisiera que me mirasen airados, para que su odio, por reacción, me despertasen enemiga contra ellos o, al menos, me sirviera de pretexto a desalojarlos de mi alma: todo lo amable y querido debiera ofendernos gravemente horas antes de morir. Y estos pobrecitos muertos por mi mano incapaz me sonrien desde su otro mundo bobo creado por mi insuficiencia. Los creen vivos, porque sus

ojos se mueven y su color es puro; mas si algo se les cae no pueden recogerlo, porque sus cuerpecitos están rígidos. Me sonrien, les hablo, lloro, y se van, dejando en el muro blanco el molde hueco de su cuerpo.

Ella ha terminado por acercarse al ensimismado, que en las pausas apura copa y copa. El habla:

—Acabo de presenciar un naufragio por falta de palabra, digo, de salvavidas—y se le escapó un suspirillo.

Pareció una consigna. Todos los demás suspiraron. Y ellas hicieron cada una su juego:

Antón, Antón, Antón Pirulero.

—Jesús, qué gente más loca.

Y que él la remira. Y que ella sigue riendo y se deja contemplar la vibración gemela. Bonita, la muchacha, ¡ay! Su vientre es como un plato; el hombro, mondo; la cadera, lironda; monda y lironda, pura, fina curva revolante de gracia.

Unos pasean. Otros forman grupos en reposo. Los que pasan por la calle van con vestidos echados por la sombra de la verja del jardín. Hay árboles verdes. Hay muros lisos, blancos. La golondrina es pez en el agua, sol del viento. Una rosa, abierta en la mañana, recuesta en el aire su languidez jugosa de bella recién parida. El va y la corta y la tira por encima de la tapia.

—Señor: una mujer del harén ha muerto degollada.

Ella señala con el dedito, y por allí, al otro lado de la tapia, emerge una canción. La risa de ella, diabliposa, revoloteó ágil por el horizonte blanco del tapial.

Un viejo, que pasa por la calle, mete las guceras por un espacio del enverjado:

—¡Olé! Eso es reír, y lo demás son pésames! ¡Olé! ¡Y viva la gracia!

—¿La gracia?

—La gracia, ¡ea! La gracia. ¿Están ustedes un poco torpes y supones? La gracia, lo dice cualquier sin gracia. La cuestión es tenerla.

¡Ay! «That is the question».

¿Está beodo el viejecillo?

Se encara con el hombre del jardín:

—Esa es la cosa, caballero, y usted dispense que me metiera en camisa de once varas. Y dispense usted también, madamita, aunque me hago cargo que la de usted no será tan larga, gracias a Dios, y ahora que dispense Isabel la Católica. Caballero, no pude sujetarme y piropeé a la señorita. Y fué que al oír su risa... Porque se va perdiendo el buen reír. Salud, y que ustedes se disfruten muchos años.

El viejo popular alzó su sombrero reverenciosamente y se alejó repitiendo:

—Salud, y que ustedes se disfruten.

¿Qué sorpresa, en ese mutuo disfrute en vaivén como una brisa; esa forma reflexiva en el plural, que guardamos! Disfrutarse uno a través del otro y del otro por uno, el magno ovillo de cristal, la esfera luminosa del buen gozo.

Y como el viejecillo se alejaba repitiendo «que ustedes se... etcétera», no se sabe de dónde salió una dulce voz:

—Y usted que lo vea, amigo.

Punto. Un revuelo de alarma. ¡Que torna el señor Presidente! A modo de preventivo, uno decide dar un beso a una. Husmeado el peligro que se acerca, los demás, unos deciden lo mismo. Luego lo harán ellas. Es lo procedente y más honrado. Pero como el tiempo apremió, ellas y ellos se besaron al par.

Tilín, tilín, en el jardín.

El señor Presidente tiene la palabra.

Dijo lo que quiso.

Para él no había censura.

Ni oyentes.

Porque ellos y ellas se habían ido.

El señor se puso furioso:

—¡Vienen y nos roban los hijos!

«La piadosa noche los cubrió con su negro manto.»

En las azoteas de la ciudad en noche hay mujeres mudas, cuietas, limpias, solas, silenciosas. Abajo, calles de muros blancos. Arriba, la tersura del cielo. Y caminos en la espaciosa tierra.

En los oídos del señor Presidente y sus tresillistas zumba un enjambre volador y áureo, que ellos buscan armados de hisopos.

¿Hisopos? Uno propuso cargarlos con flit, y otro, más práctico, dijo:

—Lo mejor será no cargarlos con nada y dar con el bombón en la cabeza.

## LOS TIGRES DEVORADORES DE HOMBRES

Por el capitán NICK ASKER

Una mañana, apenas el sol comenzaba a aclarar el obscuro cielo de la jungla asiática, cuando un grupo de nativos, formando semicírculo alrededor de mi tienda, exclamaban:

—«Cleu!» «Cleu!»

Este grito se podía traducir por «¡Tigres!»

En una ciudad civilizada no se puede comprender el verdadero terror que encierra este grito. He visto en mis viajes las ruinas de aldeas enteramente abandonadas; todos sus habitantes habían emigrado ante el avance de los tigres devoradores de hombres. En una de estas aldeas, dos muchachas y cinco hombres habían desaparecido en el término de una semana en las fauces de las fieras. Estos animales, después de haber gustado la sangre humana, no abandonan las inmediaciones de la aldea, siempre en busca de alguna otra presa.

Después de haber viajado por el norte de Indochina, donde había estado cazando, me dirigí al este. Allí conocí al Gran Banta, rey de una tribu. Me contó que había tenido que hacer retirar a varios pueblos de las aldeas en que habitaban, porque los tigres cada vez hacían más víctimas. Como el Protectorado francés les prohibía usar armas de fuego, no disponía de muchos medios con qué exterminarlos.

Le pedí que me permitiera cazar los que pudiera, a fin de ayudar a su pueblo. No por una recompensa, sino para proporcionarme un placer de cazador. A todo accedió el rey de la tribu, agradecidísimo.

Después de preparar la expedición para cazar los famosos tigres de Bengala, me puse en camino. Todo hombre tiene una ambición secreta, que pesa más que las otras en su vida: la mía era la de llegar a cazar tigres de Bengala, y he aquí que se me presentaba mi primera oportunidad durante mi expedición inicial en Asia. Atravesamos unas selvas y llegamos a las tierras de Mois, conocidas con el nombre de Bom De Gleh, en la Indochina Francesa.

Nos hallamos cerca de una aldea, cuando oímos los gritos angustiosos de una mujer. Los indígenas que nos acompañaban quedaron inmóviles por el terror, y sólo nos adelantamos mi criado Dah y yo. Por esas regiones se había producido el caso de que un tigre devorara varias mujeres y luego desapareciera. Unos segundos después apareció una joven indígena corriendo presa de pánico; al punto vimos aparecer a un enorme tigre de Bengala, que saltaba para arrojarse sobre su víctima. Mi criado y yo disparamos juntos, y la bestia cayó junto a los pies de la mujer, lastimándole con sus garras las piernas. Un minuto más, y hubiera muerto.

Al llegar a la aldea encontramos que estaban velando el cadáver de un indio muerto por un tigre. Como el pobre hombre estaba destrozado, pedimos su cadáver para que sirviera de cebo. En efecto, por la noche nos colocamos en acecho. Vimos aparecer dos tigres atraídos por el olor, y al momento de aproximarse al cadáver conseguimos matarlos. Otro que los seguía escapó. Los tigres se mueven con mucha cautela, con sus orejas rectas y los ojos escrutadores listos para huir del peligro.

Hay dos métodos muy usados por los cazadores de tigres: uno es marchar sobre un elefante y con un grupo de nativos, los cuales tratan de hacer ruidos, con el objeto de hacer salir a los animales. Este método tiene sus inconvenientes, y es que puede costar la vida a algunos indígenas. El otro es instalarse sobre una plataforma confortable a cierta elevación, construida a propósito, y cerca de la cual se ha colocado algún animalito atado para que sirva de cebo y a él acudan los tigres.

Yo jamás he usado estos métodos. Lo primero que hago es estudiar al animal. Los tigres de Bengala son unas bestias singulares, con la misma regularidad de un policía o de un conductor de vehículos. Por lo general, hacen sus correrías durante cuarenta o setenta horas, y luego descansan durante unas veinte horas. Luego busco dónde hay huellas de tigres y estudio si éstas son recientes y si es que hay varias, porque cada una de ellas se diferencian a los ojos de un conocedor. Siguiéndolas me han de guiar hasta la guarida de los tigres; claro está que a veces éstas conducen hasta un río.

Acompañado por Dah me interné en la selva, porque los habitantes de la aldea estaban alarmados por la gran cantidad de tigres que decían haber visto en la región. Seguimos huellas durante días y noches. Dah me enseñó muchas cosas, entre otras, cómo diferenciar a un devorador de hombres de cualquier otro tigre. Los devoradores tienen los dientes de un color amarillo oscuro, al contrario de los otros, que los tienen blancos y limpios; además, tienen una raya negra que corre desde la encía hasta la punta de los dientes.

Después de un día de camino vimos nuestro primer tigre. Nos habíamos ocultado con Dah detrás de unas matas, y vimos al tigre antes de que él nos viera a nosotros, porque los dos teníamos camisas verdes que se confunden con los pastos. Dah me explicó que por allí había de haber alguna cueva en la que vivirían varios, y, en efecto, permanecimos ocultos durante un rato, los nervios en tensión por la espera, que se prolongaba, hasta que, por fin, apareció un enorme tigre escrutando los alrededores, con sus fauces abiertas. Hice fuego; el tigre saltó en el aire y cayó, pero volvió a levantarse para tornar a caer a una nueva descarga nuestra. Una vez muerto había que llevarlo a la aldea para mostrárselo a los indios; pero Dah no se atrevía a ir solo, pues tenía dos días de marcha. Juntos emprendimos la marcha con el tigre muerto. No habíamos marchado tres horas cuando sentimos un rugido cercano. Estábamos alerta, cuando aparecieron a nuestra vista dos tigres. Dah, echado a mi lado, estaba nervioso; le recomendé tranquilidad, pues podía errar la puntería. Disparamos juntos. Los tigres no tuvieron tiempo ni de saltar: cayeron fulminados.

Ya cerca de la aldea, los nativos salieron a nuestro encuentro, demostrando gran júbilo al ver los tres tigres muertos.

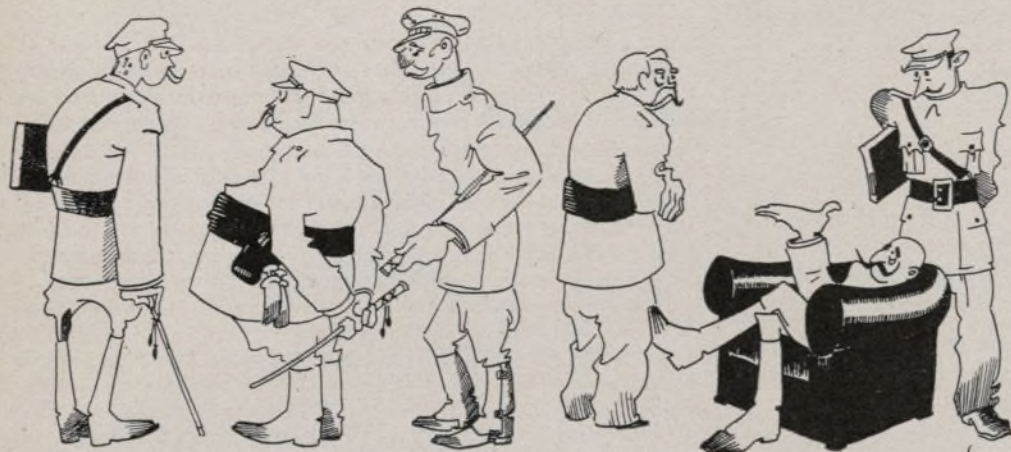
Uno de los momentos más difíciles que pasé fué a los pocos días de estar descansando en la aldea. Habíamos ido Dah y yo a pasear, cuando vimos a un tigre que acechaba a una joven que juntaba frutos; al momento hice fuego; el tigre, herido, fué a caer a unos pocos metros de donde se encontraba la joven, que, aterrorizada, no podía moverse del suelo. Las garras se extendían, cuando una nueva descarga le inmovilizó.



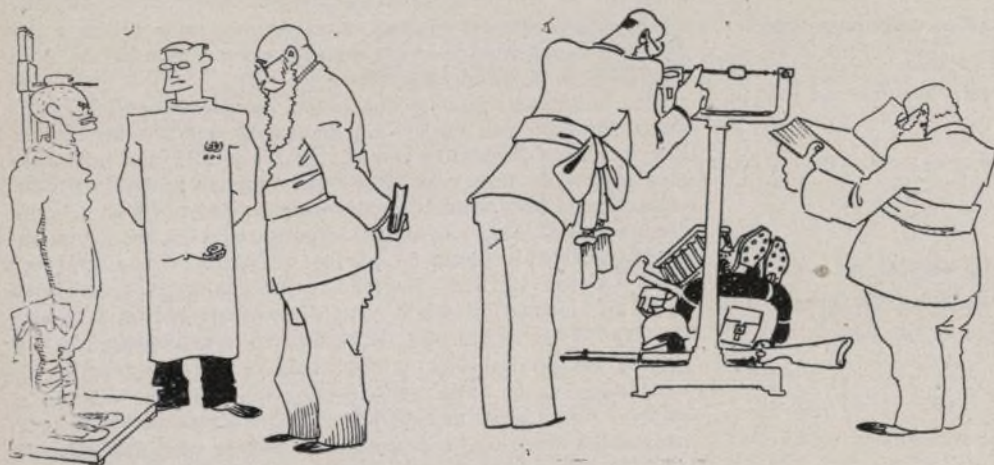
# HISTORIETA MILITAR

Por SILVERIO

ESPECIAL PARA «CIUDAD»



Aquellos jefes de Infantería tenían razón: ¡aquello no podía continuar así! El que fuesen destinada Infantería los soldados más pequeños, teniendo que llevar más equipo que los de las otras Armas y tomar en el combate una parte más activa, no era lógico; y reconociéndolo así, se reunieron los generales y jefes de Infantería—cada uno llevando su gran bigote—para pedir un remedio a esa anomalía...



...elevaron un detallado estudio a la Junta de Clasificación; ésta lo pasó al Estado Mayor—calvas relucientes, espesas barbas y las imprescindibles gafas para tener aire de intelectual—, que, detalladamente y con muchísima calma, estudió el asunto: tomó medidas, pesó el equipo, tuvo en cuenta las condiciones del recluta, el terreno, clima, alimentación, clase de cédula que pagaban, número de cuello, si jugaban o no al tute sustao, etc., etc... y, ¡por fin!...



...encontró la razón poderosa para que las cosas siguiesen como estaban y la justificación del estado anterior: "Mientras más pequeños fuesen los soldados de Infantería, ¡menos tendrían que cavar al hacer sus trincheras!..."

## CINCO DIAS DE ANGUSTIAS

Por W. G. H.

Era el mes de enero cuando la goleta «Richard Warbrick» partió de Runcorn con un cargamento de carbón para Plymouth. Tenía veinte años y poco más de cien toneladas. Su tripulación estaba compuesta de cinco hombres, entre los que me contaba yo. Nada de particular nos había acontecido hasta que entramos en el canal de Bristol, donde se levantó un gran viento del levante.

Nos salvamos, sin embargo, de esta borrasca y de las dos o tres que la siguieron, hasta que una mañana nos hallamos entre la isla de Shilly y la costa de Cournailles. Hacía un tiempo nebuloso, con viento de popa. Yo había terminado mi tarea y me iba ya a descansar cuando oí un grito sobre el puente, y en el mismo momento sentí una sacudida terrible. Salté de mi cabina y me enteré de que la goleta se hundía. Mis compañeros estaban echando al agua el único bote que teníamos.

No veíamos más que agua; pero, con toda seguridad, habíamos chocado contra algún escollo sumergido.

No hay ninguna sensación más horrible que la que experimenta un hombre cuando la nave que acaba de abandonar en semejantes circunstancias desaparece en el mar. Al hundirse la goleta, el océano se nos antojó más grande y el mundo entero nos pareció hecho de agua. El viento nos empujaba velozmente hacia el Atlántico, y permanecimos como insensibles, enloquecidos de miedo.

Al revés de otros que han atravesado desastres tan terribles como el que estábamos pasando, nuestros sufrimientos comenzaron en el mismo instante en que entramos en el bote.

Jamás, ni en las más altas latitudes, he sentido un frío tan horrible como en aquella ocasión. Una fuerte nevisca nos azotaba con violencia.

Para luchar contra la tempestad no teníamos más que los remos. Era un lunes. Durante toda la jornada se cansaron nuestros ojos de girar en vano por el ilimitado horizonte que nos dejaba la niebla, con la esperanza de avistar una nave.

La noche comenzó a caer. No podíamos habituarnos a las tinieblas. El viento nocturno era peor que el diurno, pues su frío penetrante nos cortaba las carnes. Nada veíamos a nuestro alrededor, como si estuviéramos ciegos. La violencia de las olas se hacía más grande también. Estábamos mudos. Al despuntar el alba, parecíamos viejos. Uno de los muchachos, Burke, estaba como agonizante, tendido en el fondo del bote.

Las olas eran muy altas y se volvía peligroso el tenerse en pie, porque podía darse vuelta el bote. Estábamos cansados de mirar por todos lados, pues no divisábamos más que olas y olas. De repente, Burke empezó a gritar que le diéramos un poco de agua, seguro de que la teníamos y no queríamos dársela. El capitán trató de calmarlo, hablándole con dulzura. Pero Burke continuaba clamando por el agua. Después hundió la cara en el fondo del bote y se puso a tomar agua salada. De pronto yo observé un objeto que brillaba en el mar a poca distancia de popa y llamé la atención del comandante.

Este dijo que era uno de los barrilitos de manteca que teníamos a bordo de la goleta. Lo recogimos con la ayuda de un remo y, como estábamos muertos de hambre, comimos la manteca. Pero estaba tan salada, que hizo crecer nuestra sed.

El cuchillo que habíamos utilizado para abrir el barril estaba en el fondo del bote, y en un descuido nuestro, Burke se apoderó de él y se arrojó sobre el capitán. Lo golpeó una vez, pero el grueso impermeable del capitán soportó el golpe, y antes de que tuviera tiempo de alzar nuevamente su mano armada, lo volteamos y le mantuvimos bien sujeto.

Al final, entre todos sujetamos nuevamente a Burke. Pero estábamos débiles, y cuando el pobre diablo empezó a calmarse, lo dejamos.

Después cayó la segunda noche. Pensé que no veríamos la luz de un nuevo día. Mi sed no era tan aguda, pero sentía un latido sordo en la garganta y un dolor que me contraía las mandíbulas, haciéndome sufrir como un condenado.

Cuando se levantó el día, miré hacia mis compañeros y vi a Burke con los ojos cerrados. —¡Muerto!—grité.

—Es el primero—dijo el capitán—. Dios tenga misericordia de nosotros.

Luego de recitarle una plegaria, que nunca nos salió tan profunda ni tan dolorosa, arrojamos el cadáver al mar.

La sed empezó entonces a enloquecer a Pearsons y a Daly, y lamieron, como Burke el día anterior, el agua salada del fondo del bote.

Yo no sé cómo pasamos, semiinconscientes, tantas horas semejantes a siglos. Llegó, por fin, el jueves, y el tiempo se aclaró, disminuyó el viento, y el mar se puso tranquilo. Retiramos los remos, sostuvimos levantado uno a manera de mástil, y con nuestros impermeables fabricamos una especie de vela. El viento, transformado en liviana brisa del sur, nos empujaba hacia la costa irlandesa, según pensábamos.

La caída de la noche fué como el ultimátum de la misma muerte. Al encontrarnos frente a frente con las tinieblas nos sentimos perdidos para siempre. Llevábamos noventa horas en un bote abierto, sin más alimento que manteca salada y sin beber. Sin embargo, cuando brilló la mañana del viernes, estábamos vivos todavía. ¿Tendríamos que sufrir otra noche? Pearsons, que estaba apoyado con el pecho sobre uno de los bordes, se levantó de pronto, indicando algo con la mano. Tenía la boca llena de espuma y no pudo decir ni una palabra. Miramos todos en la dirección que apuntaba y vimos un gran velero que se dirigía directamente hacia nosotros. ¡Cómo lo miramos! Estábamos todos de pie sin pronunciar una frase.

Era la goleta «Buena Esperanza», dirigida por un capitán tan humano, que cuando lo recuerdo me dan ganas de llorar. Esta es la historia, o al menos, la parte de la historia que vale la pena referir.



FRASCO, 2,50  
LITRO, 15 PTAS.  
TAMBE APARTE



Y PARA REACCIONAR DESPUES  
FRICCIONES DE COLONIA AÑEJA

PERFUMERIA GAL • MADRID • BUENOS AIRES



# Cine

Por  
GABRIEL  
GARCIA  
ESPINA



Un film nacional

## "Nuevas rutas", película de Obregón y Goyanes, realizado por Trotz

El pasado viernes, y en sesión especial, se dió a conocer en un primer salón de cine de Madrid la película «Nuevas rutas», que presenta Intercambio Cultural Iberoamericano.

«Nuevas rutas» se ha dicho que es un gran film nacional, y nada más cierto. Ha sido creada para dar una visión documental de España en todos sus aspectos: histórico, monumental, artístico, industrial, agrícola, deportivo, militar; pero todo ello a través de un original argumento, lleno de optimismo y de juventud.

Los escritores Antonio de Obregón y Joaquín Goyanes, colaboradores nuestros, conocidos en el mundo literario y periodístico, se han incorporado al cine, comenzando por escribir «Nuevas rutas», que ha sido realiza-

da por el gran director alemán Adolfo Trotz, el ya famoso autor de «Rasputín», «Isabel de Austria» y otras películas históricas de gran alcance.

«Nuevas rutas» es un film lleno de contenido literario y nacional. El diálogo se refiere alternativamente a nuestras glorias del pasado y a nuestros esfuerzos del presente. Los personajes son jóvenes, y alrededor de ellos va fluyendo España, hasta terminar en una apoteosis brillante, con gran movimiento de masas que resume el canto cinematográfico, que es el film.

Adolfo Trotz, Antonio de Obregón y Joaquín Goyanes forman ya una alianza artística que va a influir notablemente en el cine nacional.



## Los gustos cinematográficos del público inglés

Todo el mundo sabe que en Hollywood se establece cada año una clasificación de los mejores actores de la pantalla.

Londres, a su vez, ha invitado a los espectadores de sus cines a una encuesta semejante. Y las contestaciones son de un gran interés, porque indican el grado de popularidad de los films americanos en Inglaterra.

Entre los artistas masculinos que han logrado más sufragios, aparecen por orden de preferencia los siguientes: George Arliss, Clark Gable, Wallace Beery, Olive Brook y Robert Montgomery. Es curioso observar que Maurice Chevalier ocupa el lugar número 19.

Los cinco primeros puestos para las actrices han sido obtenidos por Norma Shearer,

Marie Dressler, Greta Garbo, Kay Francis y Marlene Dietrich. Madeleine Carroll, inglesa, aparece en el décimosexto lugar, y no hallamos ninguna artista francesa entre los 20 primeros nombres.

Se le ha preguntado también al público inglés el género de films que prefiere, a elegir entre comedias mundanas, vodeviles; films de guerra, de aventuras, de viajes, de amor, operetas, y films sensacionales.

Casi todos los espectadores de veinte a sesenta años optan por la comedia mundana y la opereta; las películas de guerra figuran en último lugar.

Los menores de veinte años gustan, por este orden, de films sensacionales y de aventuras,

y prefieren las producciones de guerra a los films sobre viajes. Dato curioso... y amargo.

Nuestros amigos británicos nos hacen saber también sus gustos acerca de los programas dobles o sencillos: un 84,5 por 100 de votantes reclama dos grandes películas, contra el 15,5 por 100, que desea un solo film grande y varios cortos, de complemento.

En fin, señalemos que en una proporción de más de un 40 por 100, los espectadores ingleses van más de dos veces por semana al cine...

Aquí todavía no se ha hecho un escrutinio por el estilo; pero la proporción—según nuestro modo ver—sería, seguramente, bastante menos considerable.



CONTROL

CINEMATOGRAFICO

- "ALTO" Deténgase usted y lea: la película merece la pena.
- ⊕ "CUIDADO" Un film con determinadas debilidades artísticas.
- "SIGA" Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

Así ama la mujer.—Los públicos de nuestro matiz espiritual no pueden estar de acuerdo con ese raro concepto del amor que se lleva por allá, según parece. Es posible que «así ame la mujer» en Norteamérica, con una evidente falta de formalidad; pero nosotros no llegamos hasta esos hondos problemas morales. Bueno. La película es frágil de concepto y de una extraña singularidad para nuestro gusto. Clarence Brown, su ilustre realizador, se metió con el tomavistas a revolver este complicado argumento psicoanalítico, y tuvo que salir del lío bastante maltrecho y sin la dulce compañía de la fortuna y del éxito. Joan Crawford, Estehr Ralston, Franchot Tone y Gene Raymond, bien en sus atormentados papeles.

El signo de la muerte.—Un buen film de Jacques Feyder que llega a nuestras pantallas precedido por una ilustre mención honorífica. Es otro asunto sobre la Legión Extranjera—vivero hasta hoy de tantas obras cinematográficas—, llevado al celuloide con excelente maestría. El nudo dramático está constantemente ante la cámara, acaso perseguido por ella con demasiada asiduidad. Pesa un poco la película, por su longitud y por esa insistencia temática a que aludimos. Decorados y ambiente, admirables. Y muy acertadas y expresivas las interpretaciones de Marie Bell—en dos tipos humanos opuestos—, Pierre Richard-Willm y Francois Orsay. Un buen film.

Anny-Anny.—Película graciosa a base de las consabidas piruetas de la gentil y vivaracha Anny Ondra. Ciertamente es que en todos sus films hace lo mismo, pero esto no tiene nada que ver para que ustedes se sigan divirtiendo con ello. La menuda actriz corre, salta y grita, sin tener en cuenta para nada la formalidad elemental que debe corresponder a toda una señora esposa de Max Schemeling, su ilustre y contundente cónyuge. Pasarán ustedes, en fin, un buen rato, sin otras complicaciones de mayor importancia.

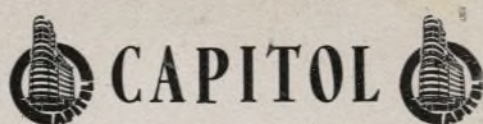
## Quien pierde, gana

Es curioso observar que los films cuya realización fué señalada por accidentes trágicos, lograron después un gran éxito de público. Ejemplos: «Ben Hur», «Alas», «Trader Horn», «Los ángeles del infierno».

¿Pasará lo mismo con «Los tres lanceros de Bengala»? Porque durante los tres años que ha durado su filmación ocurrieron las calamidades siguientes:

Sir Guy Stainding fué mordido por una araña negra y tuvo que guardar cama tres semanas.

Franchot Tone, que había reemplazado a Henry Wilcoxon, tuvo una grave caída de caballo. Más adelante se cayó—esta vez de una



inicia, a partir del lunes 18, su

## Tercera semana triunfal

de

## La Dama de las Camelias

Todos los días, tres sesiones

A las 4, 6,30 y 10,30

plataforma—, pero con tan mala suerte, que estuvo varias horas sin sentido.

Gary Cooper fué atacado de un dolor de cintura que le obligó a permanecer inmóvil durante varios días.

Hay que citar también la fractura de la pierna de Jack Pagen y las heridas de tres «dobles» a causa de una explosión.

Y, en fin, durante una carga de caballería, un caballo tropezó, provocando la caída de 70 jinetes, algunos de los cuales sufrieron lesiones graves.

Pero... ¡ah!... En cuanto lograron la presencia permanente de un médico durante las tomas de vistas, cesaron por completo las desventuras.

## Lo que se filma...

En América...

«Los tres mosqueteros», con Francis Lederer en el papel de Artagnan. Film en colores.

«Mañana, tarde, noche», de Marcella Burke, con Herbert Marshall y Sylvia Sidney en los principales papeles.

«El rey del Ritz», con William Gargan y Patricia Ellis, que ha reemplazado a Ann Dvorak.

«Murder Song», con Wheeler y Woolsey.

«Corazones rotos», con Katharine Hepburn y Francis Lederer. Dirige estas películas Phillip Moeller.

«Hairaut», con la nueva pareja Jean Muir-George Brent.

«Diez dólares de aumento», con Edward Everett Horton y Karen Morley.

«El vampiro de Praga», el nuevo film de Tod Browning, interpretado por Lionel Barrymore, Elizabeth Allan, Jean Hersholt, Bela Lugosi y Leila Bennett.

En Alemania...

«La viuda solterona», con Margaret Temple y Etchepare.

«Un marido ideal», con Brigitte Helm.

«Kean», de Kurt Bernhardt, autor de «El túnel» y «Oro».

En Francia...

«Vel d'Hiv», film deportivo de Jacques Chabannes, con Albert Préjean, Raymond Cordy y Perchicot.

«Divine», de Colette, con Simone Berriau, Yvette Lebon, Gina Manes, Philippe Heriat, Georges Rigaud, Catherine Fontenay y Marcel Vallée.

«L'amour gagne», interpretado por Miss France 1934, Mlle. Simone Barillier, que hace su debut en el cine con esta película.

«Pariez-moi d'amour», de Louis Verneuil, con Germaine Aussey de protagonista.

«Pasteur», con Sacha Guitry, que ha empezado a rodar este film en Dole, ciudad natal del gran sabio.

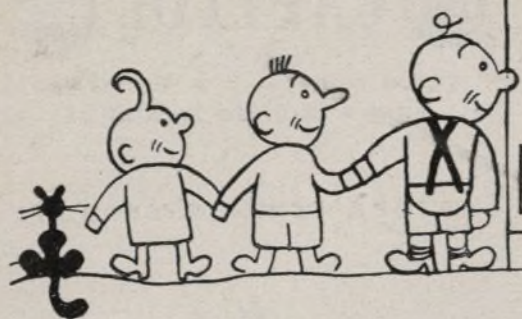
En Inglaterra...

«El previsor», con Fay Wray y Claude Rains.

«Soldiers Three», de Kipling. Los técnicos están ya preparando en la India la realización de numerosos exteriores para esta película.

«Jubilado real». Film que nos enseña todas las vicisitudes por las que pasa un «penique» con la efigie de Jorge V.





# EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



## EL LEGADO

Por ANTONIO ORTIZ VILLATORO

Los gnomos se fueron al bosque, sus blancas barbas se alegraron de ser argentadas por la luz hermana de la luna, gorda y bobalicona.

El sendero era muy estrecho, tapizado de hierbecillas tenues; por allí trotaron y piafaron enormes ratas, cabalgadas por los más traviesos, hasta que el monarca, de rojas chinelas puntiagudas, ordenó el silencio. Y de la explanada, por el sendero estrecho y tapizado, fueron al bosque y se pusieron a jugar con las manos cogidas, rodeando al cedro de ensueño, de cuyas ramas observaban, atentos, buhos y lechuzas de grandes ojos y corvos picos.

Un grillo curioso asomó la cabeza por su agujero, y cantó con sus hilitos, chirriante y banal.

Un sapo, con andar trabajoso, ascendía, pausado y grave, hasta el montículo, desde donde el rey de los gnomos presenciaba las evoluciones de sus súbditos.

—¿Dónde vas, hijo de la humedad? ¿Qué me quieres que osas presentar tu rugosa figura ante mí, todo vestido de seda?

—Voy a morir, poderoso señor, y quisiera legarte lo único bello que tengo, de lo que estoy orgulloso, yo,

feo y rastrero, de lo que admiré un día reflejado en las aguas del arroyuelo que canta y que es claro, terso y limpio: son mis ojos, ¡míralos qué verdes!; de ellos podrás hacer dos piedras preciosas. Serán inmortales y sus reflejos llevarán la esperanza a cualquiera de esos vanidosos, que tan grandes como arbustos tienen tu figura, aunque no tus vestidos ni tus barbas.

—Acepto, son bellos y buenos; los transformaré en esmeraldas y conmigo vendrán al fondo de la tierra. Cuando los gusanos quieran roerlos encontrarán su superficie tersa y dura, y cuando un hombre los encuentre los hallará hermosos.

Llamó con un silbato de plata, que de su cuello colgaba. Los gnomos dejaron de jugar; todos, atentos, comparecieron ante él como niños buenos con la servilleta de sus barbas.

—Vosotros dos acompañad al viejo sapo hasta la orilla del arroyo, donde va a morir; cuando haya muerto arrancadle los ojos y, envueltos en pétalos de rosa, traedmelos. Los enterraréis en el barro más fino que encontréis. Después de haber llorado perlas sobre su tumba durante media hora, desviaréis el arroyo, para que, pasando sobre ella, la conserve húmeda siempre.

—Adiós, marcha con ellos, anciano sapo, y muere en paz.

—Gracias, poderoso señor.

—Y ahora, vosotros, los demás, corred alegres por el bosque, forjando cuentos bellos, que escribiréis en pétalos azules de lirios y que leeréis despacito al oído de los niños buenos y obedientes, mientras duermen en sus camas.

—Otros, corred a las violetas, tirad de ellas hasta que su flor se abra y derrame su aroma discreta con profusión en los campos.

—Otros, subid despacito a los árboles y poned en su sitio al parajillo que, a punto de caer, cuelga fuera del nido. Traed como pago dos plumas del buche de la madre para mentar sobre ellas ilusiones y lanzarlas al viento.

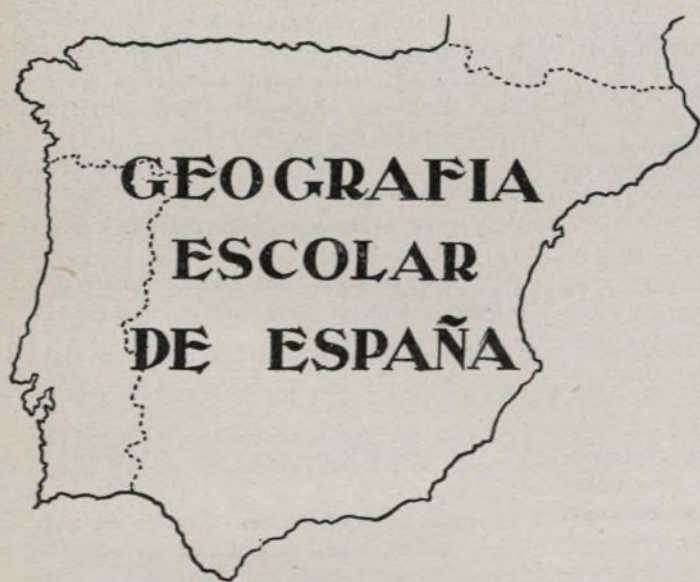
—Y otros, venid conmigo a la ciudad y gozaremos del espectáculo de candelitas encristaladas sobre las farolas de las avenidas, de camino que hacemos que los novios se besen y que las niñas suspiren tras las ventanas enrejadas. Cantaremos en las chimeneas y jugaremos junto a los leños rojos, mientras otros, por la lana

húmeda de la nieve, se deslizarán veloces, subirán hasta los campanarios más altos tomando como trampolín los aleros de los tejados y ayudarán, colgados de las cuerdas o agarrados al badajo de las campanas, a tocar al alba.

—Después volveremos a nuestro bosque y pasaremos contando nuestras aventuras en el fondo de la tierra hasta la noche próxima.

Los gnomos volvieron al bosque después de sus correrías. Uno de los más traviesos imitó, sobre la rama de un árbol, el sonido de un claxon, para anunciar que el último de los rezagados llegaba llevando en su carpeta, de cuero de dragón, el brillo para los ojos del sapo que fuera a coger de una estrella, a la que llegó cabalgando en una libélula azul de grandes ojos y transparentes alas.

El anciano monarca tocó con sus labios pequeños el silbato de plata, que se confundió con los últimos trinos del eterno cantor de las noches románticas, y a la vez que cerró el ruiseñor su pico, desaparecieron en la tierra los gnomos del bosque, con el presente póstumo de la esperanza, cristalizada en dos ojos verdes, que respetó la tierra y abrigó en su seno el tesoro fulgurante de los microscópicos señores de la noche de ensueños.



(CONTINUACION)

### Sevilla

La provincia de Sevilla la constituye en gran parte una llanura muy extensa, y en la parte montañosa hay riqueza minera y buena agricultura; tiene fundiciones metalúrgicas, fábricas de tejidos, curtidos, conservas y perfumería. Son poblaciones importantes la capital, Sevilla, con bellísimos monumentos; Morón, Constantina, Marchena, Lora del Río, Lebrija, Cazalla, etc.

### Córdoba

Córdoba es provincia de suelo muy feraz, que rinde frutos, cereales, vinos, aceites y buenos pastos que alimentan mucha ganadería; minas de hierro y cobre; fábricas de conservas y fundiciones de hierro. Sus poblaciones más

importantes son la capital, que conserva la famosa Mezquita, hoy catedral; Lucena, Cabra, Baena, Montilla, Bélmez, Castro del Río, etc.

### Jaén

La provincia de Jaén es montañosa, criadero de hierro, cobre, plomo, plata, que constituyen gran riqueza, como sucede en Linares, Las Navas y La Carolina; produce aceite, vino, cereales y frutas. Son poblaciones notables: la capital, Linares, Andújar, Alcalá la Real, Martos, Marmolejo, Puelblonuevo, etc.

*Andalucía.—Notas históricas.*—Granada fué tomada a los árabes por los Reyes Católicos en 1492; constituyó un reino moro de 1238 hasta su rendición. En las Navas de Tolosa (Jaén) los cristianos infligieron una gran derrota a los árabes en 1212. En Bailén (Jaén), el general Castaños derrotó a los franceses en 1808.

Córdoba fué la capital del Califato y del Emirato en tiempo de los árabes. En el puente de Alcolea tuvo lugar en 1868 una batalla, a la cual siguió la caída de la reina Isabel II. Se fundó en 1502 la Universidad de Sevilla. En tierras de Cádiz tuvo lugar la batalla de Guadalete, que franqueó las puertas de España a los árabes en 711. En 1805 tuvo lugar en aguas de esta provincia la batalla de Trafalgar. Durante la invasión francesa se reunieron Cortes en Cádiz, que elaboraron una Constitución. En 1492 salió del puerto de Palos de Moguer (Huelva) la expedición que, mandada por Colón, descubrió el Nuevo Mundo.

### CASTILLA LA NUEVA Y EXTREMADURA :: :: ::

#### Castilla la Nueva

Castilla la Nueva comprende cinco provincias, cuyas capitales llevan, respectivamente, los nombres de las mis-

mas: Madrid, Toledo, Ciudad Real, Cuenca y Guadalajara.

Tiene de extensión 72.200 kilómetros cuadrados, y una población de unos tres millones de habitantes.

Esta extensa región, que ocupa la meseta principal de la Península Ibérica, correspondió, en otro tiempo, al Reino de Toledo; en ella tiene asiento el maravilloso Monasterio de El Escorial.

#### Aspecto y producciones

En el centro de esta región se levantan los Montes de Toledo, y en el NE. el Guadarrama. El resto es llano, y la parte S. y SO. constituye la Mancha. Produce cereales, vinos, frutas y maderas.

(Continuará.)

## La zorra y el jabalí

(FÁBULA)

Cierto jabalí, que es una especie de cerdo salvaje, afilaba sus colmillos en el tronco de un árbol. Viéndole una zorra en tal ocupación, le preguntó por qué aguzaba sus dientes no teniendo en qué incarlos.

—Lo hago—respondió el jabalí—porque teniendo siempre mis armas preparadas, puedo defenderme cuando me ataquen; de lo contrario, me hallaría a merced de mis enemigos.

—Admiro tu celo y tu precaución—respondió la zorra, burlona.

—Más valiera que en lugar de aplaudirme me imitaras—le aconsejó el jabalí.

Nos enseña esta fábula que siempre debemos estar prevenidos, para evitar muchas contrariedades.



# ACEITE "EL COCINERO"

PUREZA ABSOLUTA  
CALIDAD SELECTISIMA

Para fritos y guisos. } Aceite blanco (refinado)  
en lata blanca.

Para ensaladas y usos } Aceite amarillo (natural)  
análogos. . . . . } en lata amarilla.

Lata de 10 litros. . . . 20,50 pesetas

Lata de 5 litros. . . . 10,75 —

Para venta al detalle: Teléfono 51800

Al por mayor: Teléfono 22558

## BOLETIN DE SUSCRIPCION A

### "CIUDAD"

(Recórtese este cupón por la línea de puntos)

Sr. Administrador de "Ciudad"

Palacio de la Prensa

MADRID

D. \_\_\_\_\_

domiciliado en \_\_\_\_\_

(localidad)

calle de \_\_\_\_\_

número \_\_\_\_\_

provincia de \_\_\_\_\_

Se suscribe a CIUDAD por UN AÑO (52 números) y  
adjunta la suma de DIEZ PESETAS, CUARENTA CENTI-  
MOS (10'40 ptas.) importe de la referida suscripción anual  
en \_\_\_\_\_

(giro postal o cheque)

FECHA Y FIRMA

## La electricidad a la conquista del infinito

Por DESIDERIUS PAPP

En el "Neues Wiener Journal", Viena

Las grandes invenciones llamadas a revolucionar el mundo suscitan raras veces a su nacimiento una sensación general. El gran público no lo advierte casi en la mayoría de los casos... Ocurre así que en numerosos laboratorios, en varios puntos del globo, existe desde hace poco un instrumento milagroso: el microscopio electrónico, que, de pura utopía, ha pasado a ser una realidad, sin que este importante acontecimiento haya llegado al conocimiento de los profanos. A primera vista, este objeto, de curioso aspecto, no tiene nada de instrumento óptico. Y, sin embargo, es el ojo más agudo que el hombre haya creado para ayudarse a penetrar en el misterio de las cosas infinitesimales: una linterna mágica de una potencia jamás alcanzada hasta ahora, y destinada a esclarecer al hombre que estudia el mundo de lo infinitamente pequeño.

### LOS MICROSCOPIOS DE AYER Y DE HOY

La capacidad del microscopio ordinario tiene límites inmutables; permite ver objetos cuyo diámetro no sea inferior a dos diezmilésimas de milímetro. Pero de allí no puede pasar: ese es su límite extremo. Por poderoso que sea su objetivo, le será siempre imposible el estudio de los objetos de dimensiones inferiores a la expresada. ¿Por qué? Porque las ondas luminosas saltarán en cierto sentido por encima de ellas. Los objetos más pequeños que las ondas luminosas extremadamente cortas no proyectan, en efecto, ninguna sombra, y escapan así al control del microscopio corriente.

Sin embargo, gracias a la invención del sabio austriaco Zsigmondy, este límite, que por mucho tiempo pareció infranqueable, acaba de ser echado por tierra, y la capacidad de los instrumentos ópticos ha sido ampliada considerablemente. Su principio es, no obstante, tan sencillo como el huevo de Colón. Se atraviesa un objeto, por tenue que sea, con rayos ultravioletas de la luz, cuyas ondas son mucho más cortas que las de los rayos visibles. Estas ondas trazan una imagen agrandada del objeto infinitesimal en una placa fotográfica, cuya sensibilidad es, como se sabe, muy superior a la del ojo humano. Gracias a este nuevo microscopio, los esporos de los microbios y las partículas de materias de 20 a 30 veces más pequeños que los objetos visibles en el microscopio ordinario aparecen visibles al ojo humano.

### EL MICROSCOPIO DE MAÑANA

Pero he aquí que el microscopio electrónico permite de repente al hombre descender hasta lo más profundo del mundo de los microorganismos, quizá hasta las mismas moléculas, puesto que hace visibles las partículas de materias que midan una millonésima de milímetro. Se sabe que los electrones son corpúsculos que llevan una pequeñísima carga de electricidad negativa. Por su naturaleza, que ha sido objeto en las últimas décadas y en todos los países civilizados de áridos estudios que reclamaban a un tiempo una tenacidad y una lucidez sobrehumanas, los electrones tienen toda la apariencia de las ondas luminosas. Como éstos, aquéllos se quiebran, se propagan, se concentran. Una idea ha nacido entonces en el espíritu de más de un sabio: ¿no podría ponerse a esos átomos de electricidad al servicio de la óptica? Este sueño fué realizado el día en que el microscopio electrónico, instrumento maravilloso, si los hay, estuvo listo y batió todos los records de aumento. La superioridad del microscopio electrónico, sobre el que utiliza las ondas luminosas, reside en el hecho de que las ondas de los electrones son 200.000 veces más cortas que las de la luz. Apenas descubierto, y ya este maravilloso instrumento nos da imágenes agrandadas 20.000 y hasta 25.000 veces.

### ¿LIBRARÁ, POR FIN, SU SECRETO EL UNIVERSO?

Desde el momento que se ha conseguido extender el control sobre lo infinitamente pequeño, ¿no podría intentarse también el estudio de lo infinitamente grande? La invención del microscopio electrónico sugirió a los sabios, como es natural, la idea de un telescopio electrónico. Casi al mismo tiempo, el gran físico Henriotaux tuvo la visión completa, hasta en sus menores detalles, de este instrumento. Su proyecto ha sido patentado, y ya existe un pequeño modelo construido por el inventor. La ejecución del primer telescopio electrónico no es, pues, cuestión más que de algunos meses. No podemos aquí intentar una descripción detallada de este recién nacido de la óptica. Basta con que digamos que el aparato de Henriotaux, construido según principios totalmente nuevos, hará dar a la ciencia un salto tan grande como el que hace tres siglos, cuando se estudiaba el cielo a simple vista, le hicieron dar los aparatos ópticos de los holandeses Jansen y Lippersyhn. En el telescopio electrónico los fenómenos de la vista son transformados en fenómenos eléctricos. Lo que se ha realizado en el plan de la acústica en esta maravilla de la técnica, que es nuestro pan cotidiano: la radiotelegrafía y el micrófono serán transportados al plan de la óptica.

El telescopio electrónico hará posible observaciones que marcarán en un porvenir, sin duda, muy próximo, un progreso tan grande sobre los resultados del más poderoso aparato construido en la actualidad—el telescopio gigante de Norteamérica—como el que este objetivo formidable, que aumenta 5.000 veces los objetos, realizó sobre el primer largavista de Galileo, que no reducía las distancias más que en una cuarentava parte de su longitud. La tierra poseerá así ojos eléctricos que escrutarán el infinito de los espacios interestelares en procura de milagros que el ojo, y aun el espíritu humano, están lejos de sospechar.

## C O R R E O

**N. F. (Sevilla).**—Los versos no están mal, ya que a usted le interesa nuestra opinión. Pero es el demasiado tono de "intimidad romántica" lo que no va bien con nuestra publicación.

**A. P. S.**—¿Más "nostalgias románticas" y, por añadidura, con "tapas de jardín que nos ofrecían sombras cómplices y enigmáticas"? No, no, aunque tenga usted que perdonarnos esta ruda franqueza.

**G. B. (Majadahonda).**—Estudie y no tenga prisa por publicar. Tiene usted mucha vida y muchos libros por delante. ¿Quién pudiera decir otro tanto!

**L. G. A. (Madrid).**—Esto no. Otra cosa, puede ser, pero a condición de que no muera tanta gente.

**R. N. N. (Madrid).**—Su "Lánguida tristeza otoñal", ahora, que empiezan a barruntarse los oros de marzo, nos parece anacrónica. Si estuviésemos en noviembre, tampoco la publicaríamos. ¡Palabra!

**L. B. J. (Valencia).**—Irán en el próximo número, si usted nos manda, a correo vuelto, una foto con la perspectiva del río.

**Querido C. (Palma).**—Recibidas sus cosas. Iremos publicando algunas. ¿Por qué no intercala usted entre lo literario algo más periodístico? Se lo digo porque ese es el criterio de la Dirección.—B.





# Sin interrumpir su juego

podrá Vd. purgar a su nene evitándose enfadosas contrariedades y a ellos muchas lágrimas, si lo hace con la nueva y maravillosa pastilla Purgante Yer.